

Bianca

Seducción e inocencia

Anne Mather

Seducción e Inocencia

Anne Mather

Seducción e Inocencia (2006)

Título Original: The virginś seduction (2001) **Editorial:** Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Bianca 1682

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Jake Romero y Eve Robertson

Argumento:

¿Cuánto tiempo podría resistirse a su exótico poder de seducción?

Eve Robertson llevaba una vida tranquila en un pueblo aislado porque era lo único que podía hacer si quería alejarse de su turbulento pasado. Pero su estabilidad iba a verse amenazada por la llegada de Jake Romero…

Jake era alto, moreno y… peligroso. Además, deseaba a la virginal Eve.

Cada vez que la rozaba, Eve quería más, pero sabía que estar con él sería jugar con fuego. Y había algunas cosas que jamás podría contarle…

Capítulo 1

ELLIE fue a ver a Eve mientras ésta se ocupaba de limpiar el establo de Storm.

El trabajo ya tendría que haber estado acabado, pero Mick no se había presentado aquella mañana y Eve se había ofrecido para hacerlo.

—Sal un momento, por favor —dijo la anciana—. Tengo que hablar contigo.

Eve no discutió. Uno no discutía con su abuela, y el bastón de la anciana resonó en el establo mientras salía. Eve la siguió en cuanto dejó la horca en la carretilla.

Era noviembre y el aire fresco del exterior alejó rápidamente el olor procedente del establo.

—Cassie viene mañana.

Eve sintió que se le encogía el estómago al escuchar las palabras de su abuela, pero, consciente de que no convenía que mostrara su reacción, se limitó a encogerse de hombros.

—¿Te refieres a Cassandra?

—No, me refiero a Cassie —dijo la anciana secamente a la vez que se cubría los hombros con el chal que llevaba—. Bauticé a mi hija como Cassie, no como Cassandra. Si ella quiere utilizar esa tontería de nombre, yo no tengo por qué hacerlo.

Eve asintió, aunque pensó que era revelador que su abuela llevara el chal que Cassie le había regalado hacía unos años. ¿Significaría aquello que por fin había perdonado a su hija?

—¿Cuánto tiempo va a quedarse? —preguntó en tono desenfadado, consciente de que, dijera lo que dijese Ellie, no iba a ser una situación precisamente cómoda para nadie. Cassandra y ella nunca podrían ser amigas y, probablemente, la mejor solución sería que ella se trasladara a un hotel durante un par se semanas.

—No lo ha dicho —contestó Ellie—. Como de costumbre, se supone que tengo que adaptarme a sus necesidades. Además, va a venir acompañada de un hombre.

No sé quién es, pero, conociendo a Cassie, lo más probable es que se trate de alguien que pueda servirle para avanzar en su profesión.

—Si va a venir con un novio no creo que tenga intención de quedarse mucho tiempo —dijo Eve—. ¿Qué quieres que haga yo?

Ellie entrecerró los ojos, muy parecidos a los de su nieta.

—¿Y por qué iba a querer que hicieras algo? Sólo quería...

—¿Advertirme?

—Sólo quería decírtelo —insistió Ellie, tensa—. Si hubiera podido librarme de ella, lo habría hecho.

—No lo habrías hecho, abuela. En realidad te encanta que venga a

verte, aunque vaya a utilizar este lugar como su hotel privado. Como de costumbre.

—Eve...

—Te aseguro que te entiendo, Ellie. Así que, ¿te gustaría que buscara un lugar en que alojarme mientras Cassie está aquí? Estoy segura de que Harry...

—Vamos a dejar el nombre del reverendo Murray fuera de esto —Ellie pareció escandalizada ante la sugerencia de su nieta—. No puedes alojarte en su casa. No sería correcto. Además, ésta es tu casa. No quiero que te traslades.

—De acuerdo —dijo Eve, pero, al parecer, su abuela no había terminado.

—Esto es Northumberland, no el norte de Londres. Ya no estás viviendo en un cuchitril.

Aquello fue un golpe bajo. Ellie casi nunca solía mencionar dónde había estado viviendo Eve cuando acudió a rescatarla y, por su expresión, parecía que ya se estaba arrepintiendo de haberlo hecho. Pero no podía haber olvidado que la última vez que Cassie fue a verla, Eve y ella apenas cruzaron dos palabras.

Como si necesitara asegurarse, añadió:

—¿Estás diciendo que no quieres coincidir aquí con Cassie? —la ambivalencia que la anciana sentía respecto a la cercana visita quedó de manifiesto en la ansiosa expresión de su rostro—. Porque si es así...

—Sólo he pensado que las cosas serían más fáciles si no estuviera por aquí —

murmuró Eve. No quería herir a Ellie, que, además de su pariente más cercana, era su amiga.

—No lo serían —declaró su abuela con un golpe secó del bastón en el suelo—.

Así que no volveremos a mencionar a Harry Murray. Además, hace demasiado frío para seguir aquí cotilleando. Hablaremos más tarde de esto. Durante la cena, tal vez.

Pero Eve sabía que no lo harían. Su abuela ya había hablado y, a su modo, era tan egoísta como Cassie. Ella nunca habría abandonado a su hija al nacer, desde luego, ni habría ignorado su existencia durante los primeros quince años de su vida, pero le gustaba hacer las cosas a su modo y Eve no solía sentirse lo suficientemente fuerte como para discutir con ella sobre nada.

—Supongo que no vas a tardar en terminar, ¿no? —preguntó Ellie, y Eve asintió.

—Iré a casa en cuanto termine con Storm.

—Bien.

Eve tuvo la impresión de que su abuela habría querido decir algo más, pero, en lugar de hacerlo, giró sobre sí misma y se alejó hacia la

casa.

El Aston Martín alquilado avanzaba veloz hacia el norte. A Jake le gustaba conducir por la autopista, sobre todo porque así el viaje sería más breve. No había querido ir y, cuanto antes acabara aquello, mejor.

—¿Paramos a comer algo?

Cassandra se estaba mostrando especialmente animada, pero Jake no respondió como solía hacerlo. Aquello no estaba bien. El no debería estar allí. El hecho de ir a conocer a la madre de Cassandra sugería una relación entre ellos que simplemente no tenían.

Llevaban seis meses viéndose de vez en cuando, pero la relación no iba en serio.

Al menos por su parte. No tenía intención de volver a casarse, ni de formar un hogar con alguien como Cassandra. Le gustaba estar con ella de vez en cuando, pero sabía que le desquiciaría vivir con ella.

—¿Has escuchado lo que he dicho, querido?

—Sí, pero no veo por aquí ningún sitio para comer.

—Vamos a llegar enseguida a un área de servicio —Cassandra señaló un cartel al que se acercaban—. ¿Lo ves? Sólo faltan cinco kilómetros.

—No estoy de humor para unas patatas fritas recalentadas y una hamburguesa

—dijo Jake mientras miraba la hora en el reloj del salpicadero—. Es sólo la una menos cuarto. Llegaremos en menos de una hora.

—Lo dudo.

Cassandra pareció repentinamente malhumorada y Jake volvió un momento el rostro para mirarla.

—Dijiste que sólo eran unos trescientos kilómetros, y ya hemos hecho doscientos.

Cassandra se encogió de hombros.

—Supongo que calculé mal.

Jake apretó con fuerza el volante.

—¿Supones?

Cassandra se volvió hacia él con expresión de disculpa.

—Sabía que no habrías aceptado acompañarme si te hubiera dicho que teníamos que hacer más de cuatrocientos cincuenta kilómetros desde Londres —

murmuró a la vez que deslizaba una mano por la manga de la chaqueta de Jake hasta detenerla en su muñeca.

Pero él no respondió a la intimidad del contacto. Cuatrocientos cincuenta kilómetros. Aquello significaba que aún les quedaban más de dos horas de viaje.

También significaba que iban a tener que parar para que Cassandra jugueteara con una ensalada y bebiera un café. Aunque apenas comía

adecuadamente, insistía en beber café cada vez que tenía oportunidad.

—Me perdonas, ¿verdad, cariño? —añadió Cassandra a la vez que apoyaba la cabeza sobre el hombro de Jake—. Así que... ¿podemos parar? Necesito ir al baño.

Enfrentado a aquella petición, Jake supo que no tenía otra opción que parar. Sin decir nada, encendió el intermitente izquierdo y salió en el área de servicio, que estaba llena de coches.

—Esto es divertido, ¿verdad? —dijo Cassandra cuando se sentaron tras haberse servido en el buffet de la cafetería. Como de costumbre, se había servido tan sólo un poco de ensalada—. Así podemos estar más rato juntos.

—Podríamos haber estado todo el rato juntos si nos hubiéramos quedado en la ciudad —le recordó Jake mientras echaba un vistazo a su delgadísimo sándwich.

¿Cuándo aprenderían los ingleses a rellenarlos adecuadamente?, se preguntó con una oleada de nostalgia por su tierra. Habría dado cualquier cosa por estar en aquellos momentos en el Caribe.

—Lo sé, pero te prometo que nos divertiremos —dijo Cassandra.

Jake lo dudaba. Por lo que le había dicho Cassandra, su madre tenía más de setenta años. Ella había sido una hija tardía y su único hermano era quince años mayor.

Jake no estaba seguro de la edad que tenía Cassandra, pero suponía que se acercaba a los cuarenta. Ello suponía que tenía unos seis años más que él, aunque eso nunca había sido un problema. Además, en el mundo de la televisión y el teatro las actrices y los actores tenían la edad que aparentaban.

—Háblame de Watersmeet —dijo, tratando de mostrarse positivo —. ¿Quién vive allí además de tu madre? Dijiste que es una propiedad grande, así que supongo que tendrá gente trabajando en ella, ¿no?

—Está la señora Blackwood, que es la encargada de la casa, y el viejo Bill Trivett, que se ocupa del jardín y de los terrenos. Tuvimos varios mozos de cuadra cuando mamá criaba caballos, pero ahora los animales se han vendido, así que supongo que ya no hacen falta.

Jake frunció el ceño.

—¿Supones?

Cassandra se ruborizó ligeramente.

—Hace tiempo que no voy a casa —dijo, a la defensiva. Al ver la expresión de Jake, añadió rápidamente—: He estado ocupada, querido. Y, como estás comprobando, Northumberland no está precisamente cerca.

—Hay aviones.

—Los billetes son caros, y no quiero andar pidiendo dinero a mi madre.

—Si tú lo dices.

Jake no iba a discutir sobre algo que no era su problema. Si Cassandra había decidido descuidar a su madre, allá ella.

—¿La señora Wilkes no tiene alguien que le haga compañía? —preguntó y vio que Cassandra volvía a ruborizarse.

—Está Eve —contestó, reacia—. Y el apellido de mi madre es Robertson, no Wilkes.

—¿En serio?

—Yo me cambié de nombre cuando me trasladé a Londres —explicó Cassandra, tensa—. Muchos actores hacen lo mismo.

Jake asintió, pero, intrigado por su aparente reticencia, preguntó:

—¿Y Eve? ¿Es una vieja amiga de tu madre?

—No —la irritación de Cassandra empezaba a ser evidente, y Jake se preguntó qué habría hecho para provocarla—. Eve es... una pariente lejana. Mamá la llevó a vivir con ella hace unos diez años.

—¿Para tener compañía?

—En parte. De hecho, trabaja como maestra en el colegio del pueblo.

Jake no dijo nada, pero, por la actitud de Cassandra, dedujo que no le hacía mucha gracia la presencia de aquella mujer en su casa. Tal vez estaba celosa de la relación que tenía con su madre. En cualquier caso, él agradecía su existencia. Al menos habría alguien más para diluir la ambivalencia de su propia situación.

Llegaron a Falconbridge a última hora de la tarde. A pesar de sus recelos respecto al viaje, Jake tuvo que reconocer que el paisaje de la zona era precioso, con sus verdes colinas y cierto aire de misterio que permitía imaginar perfectamente a las legiones romanas aún acampadas por la región.

Cassandra se estremeció en su asiento.

—No entiendo cómo alguien puede querer vivir aquí. Prefiero mil veces las luces y la animación de la civilización.

—Yo creo que es un lugar precioso. Conozco mucha gente que vive en Londres a la que le encantaría dejar atrás sus ajetreadas vidas para venir aquí. Pero no todo el mundo puede permitirse ese lujo.

Cassandra lo miró con expresión de incredulidad.

—¿Me estás diciendo que preferirías vivir aquí a hacerlo en San Felipe?

—No —contestó Jake sinceramente. Por mucho que le gustara viajar, no había ningún lugar que le atrajera más que su tierra natal—. Me refería a Londres. Debes admitir que es un lugar con demasiada gente.

—A mí me gusta. Además, cuando trabajas en los medios de comunicación necesitas estar en el centro de la acción.

—Supongo que tienes razón —dijo Jake, aunque lo cierto era que desde que conocía a Cassandra ésta no había tenido más que un papel

para anunciar una crema hidratante.

—La casa de mi madre está a las afueras —dijo Cassandra—. Sólo tienes que seguir la carretera para encontrarla. Se halla tras una hilera de árboles.

Unos minutos después, llegaban a la casa. A un lado del sendero había unos bancales de lustrosos rododendros mientras al otro crecían unos altos álamos.

Watersmeet parecía una edificación sólida y bien asentada. Como las demás casas del pueblo, estaba construida en piedra y tenía tres plantas. Los altos ventanales de la primera flanqueaban una puerta central cuya luz iluminaba el sendero de entrada.

—Aquí estamos —dijo Cassandra innecesariamente, sin aparente intención de salir del coche—. Me pregunto si sabrán que hemos llegado.

—Hay una forma de averiguarlo —dijo Jake, y a continuación salió del coche.

Se estaba poniendo la cazadora cuando se abrió la puerta principal. Una mujer alta y delgada, de pelo moreno, apareció en el umbral. Evidentemente, no se trataba de la madre de Cassandra, pensó Jake mientras ésta salía del coche y dejaba escapar un suspiro de impaciencia. ¿Se trataría de la pariente lejana? Desde luego, parecía demasiado joven como para ser la encargada de la casa.

—Eve —dijo Cassandra a modo de saludo, y Jake percibió en su forzada sonrisa la evidente hostilidad que sentía hacia aquella mujer —. ¿Dónde está mi madre?

Suponía que vendría a recibirnos.

Eve bajó los escalones de la entrada para acercarse a ellos. A la luz de la entrada Jake pudo distinguir el tono aceitunado de la piel de la joven mujer, muy parecido al suyo. Y aunque no pudo verlos con claridad, dedujo que sus ojos también eran oscuros. Eve apenas le dedicó una breve mirada y luego fijó su atención en Cassandra. Su boca se tensó un momento antes de hablar. Parecía sentir tan poco entusiasmo por el encuentro como la propia Cassandra.

—Me temo que Ellie está en cama —dijo, sin molestarse en saludar —. Ayer por la tarde sufrió una caída y el doctor McGuire cree que puede haberse roto uno de los huesos del tobillo.

—¿Puede? —repitió Cassandra—. ¿Por qué hay dudas al respecto? ¿No deberían haberle hecho una radiografía?

—Sí, pero quería estar aquí cuando llegarais, y si hubiera tenido que ir al hospital de Newcastle... —Eve se encogió de hombros—. He pedido una ambulancia para llevarla mañana.

—¡Una ambulancia! —repitió Cassandra, escandalizada—. ¿No puedes llevarla tú?

El rostro de Eve era una máscara de frialdad.

—Tengo que ir al trabajo —respondió, y a continuación miró a Jake fijamente por primera vez—. ¿Por qué no pasáis?

Capítulo 2

UNA hora más tarde, Eve pudo escapar a su cuarto para cambiarse para la cena.

Había llevado a Cassandra a ver a su madre y luego había conducido a Jacob Romero a la habitación que iba a ocupar a solas, pues Ellie había dejado bien claro que Cassie no iba a dormir con su amante en su casa.

Después había hecho lo posible por mantenerse alejada tanto de Cassie como de Jacob Romero, con sus intensos ojos negros y sus atractivos rasgos. Desde el primer instante en que lo había visto había sentido una extraña e inexplicable aprensión.

Lo cierto era que esperaba encontrarse con alguien mayor. Después de todo, Cassie tenía cuarenta y seis años, y era evidente que Romero era bastante más joven.

Alto, de un metro ochenta o más, con un pecho musculoso y unas estrechas caderas, parecía un hombre fuerte y viril, una impresión acentuada por su pelo corto.

Resultaba... peligroso, pensó. Peligrosamente atractivo, al menos. Y sexy, un adjetivo que en su caso no resultaba exagerado. Era fácil comprender lo que Cassie veía en él. Lo que preocupaba a Eve era que ella también podía verlo.

Hizo una mueca a su reflejo en el espejo. Después se desnudó y fue a ducharse.

Estaba siendo demasiado imaginativa, se dijo. Diez años atrás, no le habría afectado tanto sentir la mirada de un hombre. Pero entonces había sido más dura y estaba más espabilada. Se había suavizado mucho a lo largo de los años que llevaba viviendo con su abuela. Había bajado la guardia que alzó desde que tuvo edad suficiente para comprender.

Un rato después, mientras se secaba el pelo, pensó en el contenido de su armario. Aparte de la ropa que usaba para el colegio tan sólo tenía los vaqueros y las blusas que utilizaba en casa. Su abuela le había comprado un sencillo vestido de terciopelo negro para las raras ocasiones en que salía, pero no tenía intención de llamar la atención de Cassie poniéndose algo totalmente inadecuado para cenar en casa.

Sintió la tentación de dejarse el pelo suelto, algo que hacía a menudo después de lavárselo, pero decidió que tampoco quería llamar la atención con aquello, de manera que se hizo la trenza habitual.

Tras mucha deliberación se puso un top con escote en forma de V hecho de algodón elástico. Su color verde jade complementaba el tono de su piel.

Pero estuvo a punto de quitárselo al ver lo bien que le quedaba. Lo había comprado en uno de sus infrecuentes viajes a Newcastle y

después lo había abandonado en el fondo de un cajón porque no le había parecido adecuado para el colegio. Al verlo de nuevo pensó que no se había equivocado. Era un prenda más adecuada para la adolescente que su abuela había encontrado subsistiendo en un cuchitril que para la joven en que se había convertido.

Pero ya era demasiado tarde como para andarse con dudas. Además, no creía que fuera a comer con los invitados de su abuela. No tenía intención de dejar comer a ésta sola ni de hacer de carabina para Cassie.

Tras ponerse unos pantalones de pana, maquillarse apenas y calzarse, salió rápidamente del dormitorio para no volver a cambiar de opinión.

En primer lugar fue a la cocina para ver cómo se las estaba arreglando la señora Blackwood. La anciana encargada de la casa no estaba habituada a tener invitados, pero había muy pocas cosas que la alteraran a aquellas alturas. En aquellos momentos estaba preparando unas croquetas de jamón acompañadas de una salsa de su especialidad elaborada con aguacate.

—Su excelencia no probará la salsa —dijo la señora Blackwood cuando Eve comentó lo rica que solía estar. Eve sabía que se refería a Cassie, pues a su abuela ya le daban igual las calorías de más—. Pero espero que le guste la lubina. Se la encargué ayer al señor Goddard porque sé que casi nunca come carne.

Eve sonrió.

—Seguro que la comida estará deliciosa. ¿Qué tenemos de postre?

—Pudro de pan con helado. Sé que engorda, pero es el postre favorito de la señora Robertson. He pensado que se merecía algo especial después de la caída.

¿Crees que le parecerá bien lo que he elegido?

—Creo que le encantará —le aseguró Eve—. Lo que me recuerda que más vale que vaya a ver cómo se encuentra. Espero que no haya sucedido nada que pueda haberla disgustado.

—Yo no me preocuparía —dijo la señora Blackwood mientras Eve se encaminaba hacia la puerta—. Tu abuela es una mujer fuerte. No le ha quedado más remedio que serlo. No digo que no quiera a su hija, pero la conoce lo suficiente como para no alterarse por lo que pueda decirle a estas alturas.

—Espero que tengas razón.

Eve salió de la cocina y se encaminó hacia las escaleras. Acababa de empezar a subir cuando notó que alguien bajaba. Al alzar la mirada vio que Jacob Romero descendía hacia ella.

Notó que se había cambiado de ropa, pero bajó la mirada de inmediato y se apartó para dejarlo pasar antes de empezar a subir. Cassie debía haberle dicho que no necesitaba vestirse formalmente

para la cena, aunque el elegante jersey color camello y los pantalones negros que vestía le habrían hecho quedar bien en cualquier circunstancia.

Supuso que se debía a que eran caros. Todo en él rezumaba dinero, algo que a Cassie no debía molestarle en absoluto. Y tampoco debía molestarle que fuera tan atractivo. Eve ya había notado cómo lo miraba.

Esperaba que él le dedicara una sonrisa y siguiera su camino, pero se detuvo junto a ella. Eve se hizo inmediatamente consciente de su altura. Ella era bastante alta y estaba acostumbrada a mirar a los ojos a los hombres que conocía, pero Jacob Romero era varios centímetros más alto.

Y también estaba más cerca de ella de lo que le habría gustado.

—Quería darte las gracias por tenerme alojado en tu casa —dijo él.

Eve notó que tenía un ligero acento. ¿Sería estadounidense? Si era así, la entonación era muy suave... y hacía que resultara aún más atractivo.

—No es mi casa —dijo rápidamente, en un tono más áspero del debido.

—Pero vives aquí —dijo él sencillamente—. Cassandra me ha dicho que das clases en el colegio del pueblo. ¿Es un trabajo interesante?

—Es un trabajo —replicó Eve a la vez que apoyaba una mano en la barandilla para dejar claro que, en lo que a ella concernía, la conversación había acabado.

Pero él no pareció captar la indirecta.

—Entonces... ¿te gusta vivir aquí? Parece un lugar muy remoto.

—¿Te refieres a que está muy alejado de la civilización? —preguntó Eve, consciente de que estaba siendo innecesariamente grosera.

—Me refiero a que no debe de ser fácil vivir con una anciana por única compañía —con una sonrisa, Jake añadió—: ¿Pero a quién trato de engañar? Es obvio que no te gusta que estemos aquí.

—Yo no he dicho eso. Cassie siempre es bienvenida aquí. Ésta es su casa.

—Sí, claro —Jake sonrió al percibir la incomodidad de Eve—. Pero no es la mía, lo sé.

—No pretendía decir eso —Eve bajó la mirada—. Estás malinterpretándome deliberadamente.

—Trato de no hacerlo —murmuró él, y su ronca voz fue como una caricia para Eve.

Aquel hombre estaba demasiado cerca y era demasiado varonil, y tuvo que hacer un esfuerzo para recordar lo que iba a hacer antes de su encuentro.

—Tengo que… irme —dijo rápidamente a la vez que trataba de pasar junto a él

—. La señora Robertson se estará preguntando dónde estoy.

—¿La anciana?

Eve dio un paso atrás cuando sus pechos chocaron de lleno contra el brazo que Jake había extendido para detenerla.

—No está en su cuarto —añadió él—. Cassandra ha dicho que ha insistido en bajar a cenar con nosotros.

Eve trató de no mostrar su incomodidad, pero lo que acababa de pasar le había provocado una tensión que realmente no necesitaba.

¿Pero qué había pasado en realidad?, se reprendió. Era obvio que no había significado nada para él. ¿Y tanto le asustaba a ella la atención masculina que convertía el mero hecho de haberle rozado el brazo con los pechos en todo un acontecimiento?

En otra época ni siquiera se habría parado a pensarlo. En otra época habría frenado en seco cualquier intento de aproximación, y cualquier hombre que hubiera intentado saltar las barreras habría acabado con un intenso dolor en la entrepierna.

Se estaba ablandando, pensó, consciente de que él la observaba con una expresión extrañamente especulativa en su moreno rostro.

—¿Dónde está mi…? ¿Dónde está la señora Robertson? —se corrigió.

—Tu señora Robertson está en la biblioteca —contestó Jacob Romero, cuyo ceño se frunció sobre su recta nariz, casi aquilina—. ¿Te encuentras bien?

Eve dio un paso atrás.

—¿Por qué no iba a estarlo? —exclamó, logrando sonar sorprendida—. Si me disculpas, voy a ver cómo está.

Si creía que así se iba a librar de él se llevó una decepción, pues Jake la acompañó hasta la biblioteca.

La chimenea estaba encendida y su abuela estaba sentada en un sillón junto al hogar, con el tobillo dañado sobre un taburete y un vaso de vino en la mano. Cassie también estaba allí, sentada en otro sillón frente a ella. A su lado había otro estratégicamente colocado, obviamente con Jacob Romero en mente, pensó Eve cínicamente.

—Sírvete un poco de vino —sugirió Ellie cuando Eve fue a sentarse en una rígida silla.

—Yo se lo sirvo —dijo Jake rápidamente a la vez que señalaba el sillón que había junto a Cassie—. Y siéntate ahí, por favor.

—Gracias —dijo Eve e, ignorando la irritación que sintió emanando de la mujer que estaba a su lado, se volvió hacia Ellie—. ¿Cómo te sientes?

—Esta tarde me siento mucho mejor —dijo la anciana, a pesar de que estaba más pálida de lo habitual—. No me mires con cara de

reproche, Eve. No he bajado las escaleras por mi cuenta. El señor Romero me ha traído en brazos.

Eve estuvo a punto de dedicar una mirada de admiración a Jake. Su abuela no era precisamente un peso ligero, y él debía de estar en plena forma para haberla bajado hasta allí desde su dormitorio.

—Ha sido… todo un detalle —murmuró a la vez que aceptaba el vaso de vino que le ofrecía.

—Jake es muy fuerte —dijo Cassie a la vez que dedicaba una íntima y cálida sonrisa a su amigo—. Supongo que se debe a todo el ejercicio que hace.

El doble sentido de sus palabras fue inconfundible, pero el objeto de su insinuación no pareció darse por aludido.

—Mi familia es dueña de una compañía chárter de navegación en San Felipe —

explicó Jake—. Me he pasado la vida izando velas y tirando de mástiles, de manera que alzar un peso ligero como usted, señora Robertson, no ha supuesto ningún esfuerzo.

Ellie pareció complacida.

—¿San Felipe? —murmuró—. ¿Ese lugar se encuentra en España?

—Es una isla del Caribe —contestó Jake, y en la mente de Eve apareció de inmediato una imagen de palmeras, playas y mar azul. No era de extrañar que fuera tan moreno. Debía de tener todo el cuerpo moreno…

—La familia de Jake es dueña de la isla, mamá —dijo Cassie, ufana —. Su padre ya está retirado y Jake dirige la compañía.

—Qué bien —a Eve le agradó que su abuela no se mostrara excesivamente entusiasmada—. ¿Y qué está haciendo en Inglaterra, señor Romero? Imagino que ésta es una época del año en que mucha gente visita el Caribe.

—Lo es, pero no me queda más remedio que pasar parte del año en Europa —

dijo Jake con evidente pesar.

—Jake tiene intereses comerciales por todo el mundo —dijo Cassie, que parecía empeñada en impresionar a su madre—. Nos conocimos el año pasado en una exposición de barcos en París, ¿verdad, querido?

—No sabía que te interesaran los barcos, Cassie —dijo Ellie—. Cuando eras pequeña y tu padre te llevaba en barco siempre te mareabas.

—Cassandra era una de las azafatas de la exposición —explicó Jake—. Y hacía muy bien su trabajo.

—Sólo fue algo eventual —protestó ella—. Normalmente no hago esa clase de cosas.

—Ah, ¿no? —Ellie pareció captar que de pronto tenía la sartén por

el mango—.

Recuérdame cuál fue el último papel que interpretaste, Cassie, por favor.

A pesar de sí misma, Eve se apiadó de ella.

—Tuviste un papel en la nueva versión de Orgullo y Prejuicio, ¿no, Cassie?

Creo que interpretaste el papel de una de las hermanas Bennett.

—Sabes muy bien que no interpreté a una de las hermanas Bennett —siseó Cassie a la vez que dedicaba una mirada asesina a Eve.

Su madre se limitó a sonreír.

—¿Fue tal vez el papel de la señora Bennett? —sugirió, disfrutando del momento—. No creo que te fuera precisamente el papel de ingenua.

—¿Y el señor Romero y tú pasasteis mucho tiempo en París? —preguntó Eve rápidamente, y en aquella ocasión notó que Cassie agradecía la intervención.

—Sólo unos días. Pero Jake prometió buscarme cuando fuera a Londres, y eso fue hace seis meses, ¿verdad, querido?

—Más o menos.

Eve notó que Romero no respondía a los frecuentes apelativos cariñosos de Cassie... y se sorprendió cuando se volvió hacia ella.

—Y me llamo Jake. 0 Jacob, si lo prefieres.

—Sí —consciente de que todas las miradas se habían vuelto hacia ella, Eve se vio obligada a ser educada—. Sí, claro —añadió y logró sonreír a la vez que miraba a su abuela—. Voy a ver cómo van las cosas en la cocina. ¿Necesitas algo?

—Sí, puedes servirme otra bebida —dijo Cassie de inmediato a la vez que alargaba su vaso hacia Eve—. Si hay whisky, tomaré uno —miró a su madre—. El vino que tienes no es de mi gusto.

—Tampoco son de mi gusto tus modales, Cassie —replicó Ellie, y Eve lamentó haber dicho que iba a la cocina. El ambiente reinante no era precisamente agradable y temía lo que pudiera decir su abuela a continuación.

—No soy ninguna niña, mamá —dijo Cassie en tono gélido—. Y resulta que no me gusta el vino tinto. Pero eso ya lo sabías.

—Lo había olvidado —replicó Ellie—. Pero tus visitas son tan infrecuentes que no puedes esperar que lo recuerde todo.

Eve vio cómo se tensaban los labios de Cassie y supuso que se estaba mordiendo la lengua para no contestar.

Con la esperanza de evitar una discusión, dejó el vaso de Cassie en la bandeja y fue al mueble bar, de donde retiró disimuladamente la botella de whisky para guardarla en el armario que había debajo.

—Lo siento —dijo mientras se volvía—, pero me temo que no queda whisky, Cassie. Creo que hay otra botella en la cocina. ¿Por qué

no vienes a la cocina a por ella?

La mirada que recibió no fue precisamente amistosa, pero era evidente que Cassie quería impresionar a su amigo y no le convenía una discusión.

—Disculpa —dijo Cassie, dirigiéndose a Jake.

Luego se levantó y se reunió con Eve en la puerta. Cuando se hallaban a una distancia prudencial de la puerta de la biblioteca volvió a hablar.

—¿A qué crees que estás jugando? —preguntó agresivamente—. He visto la botella de whisky antes, cuando la señora Blackwood nos ha servido ese insípido clarete que mi madre insiste en servir. Y he visto cómo la guardabas en el armario.

¡Estoy segura de que todo el mundo lo ha visto!

—Debería haber supuesto que nada de lo que hiciera te parecería bien —replicó Eve—. ¡Y yo que creía que te estaba salvando de meterte en un lío!

—¿A qué te refieres?

—¿No te das cuenta de que tu madre está esperando cualquier oportunidad para echar por tierra el mito que has creado sobre ti misma? Te equivocas si crees que ha olvidado... algo.

—Con tu complicidad, sin duda.

Eve se encogió de hombros.

—Si quieres pensar eso, allá tú.

—¿Y qué más puedo pensar? —Cassie abandonó su tono agresivo al añadir—: Pero no sería capaz de decir nada... ¿no?

—Si insistes en fastidiarla, no sé lo que podría hacer.

—¡Pero es ella la que me está fastidiando a mí! —exclamó Cassie, frustrada—.

¿Se supone que debo aceptar todo lo que diga sin defenderme?

Eve avanzó hacia la cocina.

—No puedo responder a eso. Supongo que depende de cuánto quieres que averigüe tu amigo sobre ti.

—¿Me estás amenazando?

Eve se volvió a mirar a Cassie con expresión de incredulidad.

—¡No! ¿Por qué iba a amenazarte? Me da lo mismo lo que hagas. El cómo vivas tu vida es cosa tuya.

Cassie rió burlonamente.

—La pequeña señorita repipi —dijo en tono despectivo—. Me pregunto si mi madre tiene idea de la clase de vida que llevabas antes de que apareciera como un hada madrina para librarte de ella.

—Tu madre sabe muy bien cómo vivía —dijo Eve y, sin esperar respuesta, entró en la cocina. Cassie la siguió.

—¿En serio? —preguntó, decidida a atormentar a Eve, ya que no

podía atormentar a su madre—. No te hagas la buena conmigo. Ambas sabemos que serías capaz de cualquier cosa por ser mantenida por un hombre como Jake.

Eve tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por contenerse. Estaba acostumbrada a que Cassie hablara como si la señora Blackwood no existiera, pero en aquella ocasión se había excedido.

—Te equivocas —espetó—. Yo jamás me he prostituido para conseguir un hombre, Cassie. Y a menos que quieras que empiece a airear tus trapos sucios, ¡más vale que lo dejes!

Capítulo 3

CUANDO Jake se levantó de la cama apenas había amanecido y hacía frío, pues la calefacción no se encendía hasta más tarde. Se acercó a la ventana a contemplar el exterior. Había dormido solo, para disgusto de Cassandra. Sabía que uno de los motivos por el que lo había invitado a ir allí era que pretendía que su relación avanzara. Pero él no estaba interesado en ello, y el hecho de que la madre de Cassie hubiera organizado las cosas para que durmieran separados resultaba bastante revelador.

Un destello de luz en el patio trasero, al que daba su dormitorio, llamó su atención. Vio una figura que se encaminaba hacia un grupo de establos apenas visibles en la semipenumbra reinante.

Eve.

Su alta y esbelta figura resultaba inconfundible. Vestida con vaqueros y un grueso jersey, y con su gruesa trenza de pelo moreno colgando entre sus hombros, se movía con una gracilidad natural que le hacía sentirse muy consciente de ella. Lo que era una locura. Eve no era bella del modo en que Cassie lo era. Sus rasgos eran demasiado irregulares, su boca demasiado grande, su nariz demasiado larga... Sin embargo, poseía un exótico atractivo que parecía indicio de algún antepasado latino, y en sus brumosos ojos grises parecía existir todo un pozo de sabiduría.

Había tratado de hacerle sonreír, pero sin ningún éxito. Al menos de momento.

Sabía que, por algún motivo que desconocía, le había caído mal desde el principio, y no había logrado que se relajara. Eve se había visto obligada a mostrarse amable con él durante la tensa cena del día anterior, pero él no había dejado de sentir ni por un momento su rechazo.

Tendría que esforzarse más, pensó, sin comprender realmente por qué. Fue al baño, se lavó rápidamente y tras ponerse sus vaqueros más viejos y el jersey que llevaba el día anterior tomó su cazadora y salió del dormitorio. Una vez abajo dudó un momento, sin saber a dónde dirigirse. Entonces recordó la dirección en que se hallaba la cocina y se encaminó hacia allí. Al entrar se encontró con la señora Blackwood, que acababa de sacar unos bollos del horno y no ocultó su sorpresa al verlo.

—¡Señor Romero! —exclamó mientras dejaba la bandeja con los bollos en la mesa—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Jake sonrió con expresión compungida. El tampoco había esperado encontrarse con nadie.

—Yo... iba a dar un paseo —dijo de manera poco convincente—. Había pensado salir por la puerta trasera.

—En ese caso iba en la dirección correcta —la señora Blackwood señaló una puerta—. Esa puerta da al almacén. Una vez dentro verá otra que da al exterior —

tras una pausa añadió—: ¿Pero está seguro de querer salir tan temprano? Hace mucho frío.

Jake estaba seguro de ello, y se alegró de haber llevado su cazadora.

—No hay problema —dijo, y a continuación hizo un gesto con la cabeza hacia los bollos—. Tienen un aspecto estupendo. ¡Ya estoy deseando que llegue la hora del desayuno!

—Si quiere puede llevarse uno —ofreció la señora Blackwood con timidez.

Aunque Jake estaba impaciente por salir, tomó uno.

—Está buenísimo —dijo tras probar un bocado y casi quemarse la boca.

Una vez fuera comprobó que la cocinera no había estado bromeando. Hacía mucho frío y tuvo que abrocharse rápidamente la cazadora mientras se encaminaba hacia donde había visto a Eve.

Cuando llegó al patio en que estaban los establos no tardó en localizar la luz que surgía de uno de ellos. Nada más entrar vio a Eve, que estaba llenando una carretilla de paja. Se había arremangado el jersey y estaba inclinada hacia los fardos de paja amontonados junto a una de las paredes del establo. La fuerza con que hincó la horquilla en uno de los fardos hizo que Jake se encogiera.

—¡Vaya! —dijo con suavidad, y tuvo la dudosa satisfacción de ver su reacción.

Eve se irguió automáticamente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, y Jake percibió de nuevo la impaciencia apenas reprimida de su tono.

—He salido a echar un vistazo —replicó él con calma, y se frotó las manos para librarse de las migas tras terminar el bollo—. ¿Qué estás haciendo? Cassandra me dijo que su madre había vendido todos los caballos.

—Todos menos uno —dijo Eve, que, resentida por el hecho de que Jake pareciera creerse con derecho a preguntarle cualquier cosa, añadió—: ¿Dónde está Cassie?

Jake se encogió de hombros y luego se apoyó contra la pared del establo.

—Supongo que en la cama —respondió a la vez que se desabrochaba la cazadora.

Eve apretó con fuerza la horquilla que sostenía. No había podido evitar fijarse en que sus ceñidos vaqueros estaban gastados en la zona de sus partes más íntimas.

Se preguntó por qué un hombre con tanto dinero utilizaría una

prenda tan gastada.

Cuando alzó la mirada hacia sus ojos se dio cuenta de que la había estado observando y, en un esfuerzo por demostrar que no se había sentido afectada, añadió:

—¿No lo sabes?

—Te refieres a que pensabas que dormiríamos juntos, ¿no? —sugirió él, disfrutando evidentemente de su confusión—. Siento decepcionarte, pero he dormido solo. Y muy bien, por cierto.

—Oh —Eve carraspeó—. Bien... —a continuación se volvió hacia los fardos de paja y blandió la horquilla con renovado vigor—. Tengo que seguir trabajando.

—Deja que te eche una mano.

Eve miró a Jake con expresión incrédula.

—No... no creo que sea buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque tú... Este es un trabajo sucio.

—¿Y?

—Seguro que no querrás sentirte acalorado y sudoroso.

—Me paso casi todo el tiempo acalorado y sudoroso —dijo Jake y, al ver lo que parecía estar pensando Eve, añadió—: Me refiero a cuando trabajo en los barcos, por supuesto.

—Lo supongo —dijo ella, ruborizada.

La sonrisa de Jake reveló a las claras que no la creía.

—No quería que tuvieras una impresión equivocada.

Eve frunció los labios.

—Creo que en realidad era exactamente lo que querías —murmuró en un tono apenas audible. Luego suspiró—. ¿Por qué no te vas a dar un paseo y me dejas acabar esto?

—Porque quiero ver al caballo para el que estás haciendo todo ese trabajo —

Jake se quitó la cazadora, la dejó sobre un viejo bidón y se acercó a Eve para quitarle la horquilla de las manos—. ¿Lo ves? No ha sido tan difícil.

Eve suspiro y dio un paso atrás, reacia.

—A Cassie no le va a gustar esto.

—¿Y eso te importa? —dijo Jake mientras empezaba a llenar la carretilla de paja con sorprendente energía—. Creo que voy a disfrutar de esto. Llevo demasiado tiempo sin hacer ejercicio.

—Creía que estabas acostumbrado al trabajo manual.

—Y lo estoy. Pero llevo seis semanas viajando por Europa firmando contratos y la única herramienta que he utilizado ha sido la pluma.

Eve dudó. Quería saber si Cassie lo había acompañado, aunque no entendía bien por qué quería saberlo.

—¿No tienes alguien que pueda ayudarte con ese tipo de cosas?

Jake se irguió y la miró con expresión sonriente.

—¿Por qué no me preguntas directamente si Cassandra me ha acompañado?

Porque eso es lo que quieres saber, ¿no? ¿Te ha pedido su madre que trates de averiguar cuáles son mis intenciones?

—¡No! —contestó Eve, indignada—. Y no es asunto mío si Cassie te acompañó o no —añadió a la vez que se volvía, apabullada por el absurdo magnetismo que parecía atraerla hacia aquel hombre.

—Para tu información, Cassie se quedó en Londres —dijo Jake.

—Me da igual —dijo ella, sin volverse—. Ya hay suficiente paja en la carretilla.

Si quieres ver a Storm, es por aquí.

Jake volvió a ponerse la cazadora, ligeramente irritado por el hecho de que Eve lo estuviera tratando con tanta brusquedad desde que había llegado, y la siguió al exterior.

Storm ocupaba una casilla en el establo contiguo, y cuando oyó que entraban, los recibió con un relincho de bienvenida. Eve sacó una manzana del bolsillo y dejó que Storm la tomara de su mano. Jake pensó que no parecía un caballo especialmente joven, aunque se notaba que aún era fuerte y estaba en forma.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó.

—Es una yegua de veintiocho años. Su nombre completo es Storm Dancer. Mi...

la señora Robertson solía utilizarla para criar cuando era joven —dijo Eve mientras abría la puerta del establo.

Jake se apartó para dejarle sacar a la yegua, que aprovechó la oportunidad para mordisquearle la oreja. No le mordió. De hecho, fue muy delicada, y Jake vio la expresión de sorpresa de Eve.

—Parezco gustarle —dijo sonriente.

—Supongo que eso es algo que suele pasarles habitualmente a las mujeres —

replicó Eve, que se puso roja como la grana al darse cuenta de lo que acababa de decir.

—Pero no a ti —dijo Jake en tono irónico mientras la seguía a ella y al caballo a lo largo de la hilera de casillas vacías del establo.

—Ni me gustas ni me dejas de gustar —replicó ella por encima del hombro, pero Jake notó que su aparente indiferencia era forzada.

—Me alegra escuchar eso. Al menos deja una puerta abierta a la esperanza.

Eve se volvió a mirarlo.

—¿Esperanza... de qué?

—De llegar a gustarte alguna vez —contestó Jake, que a continuación miró a su alrededor—. ¿Adónde vamos ahora?

—Yo voy a llevar a Storm al prado, pero creo que tú deberías volver a casa.

Cassie querrá saber dónde estás.

Jake miró su reloj.

—¿A las siete y diez de la mañana? Lo dudo.

—Supongo que conoces bien sus costumbres —dijo Eve en tono irónico.

—¿Porque me he acostado con ella? —sugirió Jake, y vio que había vuelto a desconcertarla.

Pero también vio cómo trató de disimularlo.

—Lo has hecho, ¿no? —preguntó ella casi con ferocidad.

En lugar de sentirse enfadado, Jake sintió el impulso de tomar su rostro entre las manos y besarla.

Su boca parecía suave y vulnerable, y se preguntó cómo sabría. Ya sabía cómo olía. Probablemente no se había duchado antes de ir al establo a atender a la yegua, y el limpio aroma de su cuerpo de mujer quedaba ligeramente oculto por un delicadísimo olor a sudor. Jake encontró aquello increíblemente excitante, pero no le agradó el sentimiento. Había acudido allí con una mujer y estaba deseando a otra.

¿Qué diablos le pasaba? ¿Cómo era posible que se excitara por el mero hecho de estar con ella?

Pensar que no había querido acudir allí supuso cierto consuelo, pero ni siquiera quería imaginar lo que podría hacer Cassie si llegara a sospechar que se sentía atraído por la acompañante de su madre. Cassandra llevaba más de seis meses tratando de hacer que se comprometiera en una relación seria, y sólo gracias a sus reuniones de negocios en Europa había logrado evitarlo.

Cassandra le gustaba, y era una compañera agradable cuando no se empeñaba en seducirlo. Pero aquello...

—¿Acaso tiene alguna importancia? —preguntó desapasionadamente. Luego, tratando de vaciar su expresión de todo significado, añadió—. Pero supongo que será mejor que vuelva para hacerle saber que no me he olvidado de ella.

«Como si eso fuera probable», pensó Eve mientras contemplaba cómo se alejaba. Tenía la sensación de que, sintiera lo que sintiese Jake por ella, Cassie se aseguraría de que no la olvidara con facilidad.

Lamentó haberlo hostigado. Pero, aunque sabía que sólo podía traerle problemas, no le quedaba más remedio que reconocer que Jake Romero la atraía. Y, a pesar de su determinación para impedirlo, había disfrutado de aquel intercambio verbal con él ...y de su compañía.

Capítulo 4

JAKE subió a su cuarto, se duchó, se cambió de ropa y volvió a bajar. Ya estaba desayunando en la cocina cuando apareció Cassandra. Llevaba puesto un kimono rojo que, según le había contado, le había regalado un admirador de Hong Kong.

Jake dudaba que fuera lo suficientemente abrigado para Watersmeet en pleno noviembre, pero sabía que le gustaba la prenda porque pensaba que le favorecía y, ya que no parecía llevar nada más debajo, adivinó dónde podía acabar aquello...

—¿Dónde has estado, querido? —preguntó Cassie, enfurruñada—. He ido hace un rato a tu cuarto y no estabas. Y ahora te encuentro aquí comiendo huevos con beicon tan tranquilo.

—Y estoy tan tranquilo —Jake se había levantado cuando Cassie había entrado, pero volvió a sentarse. Normalmente no solía desayunar tanto, pero la señora Blackwood parecía pensar que necesitaba engordar—. Además, el desayuno está realmente bueno.

—Por muy bueno que esté, seguro que es malo para tus arterias —dijo Cassandra, irritada—. Así que... ¿dónde has estado?

—¿Cuándo?

—Hace un rato. Cuando he ido a tu cuarto. Y no me digas que estabas en la ducha, porque he ido a mirar.

Jake terminó el beicon que tenía en el plato y dejó el tenedor y el cuchillo.

—He salido —dijo y, con intención de distraerla, añadió—: ¿Por qué no te vistes y vas a ver qué tal está tu madre?

—¿Para qué? —preguntó ella con amargura—. Es evidente que no le importo nada. ¿Viste cómo se burló de mí anoche, de mi trabajo de actriz? Sólo porque tuve el sentido común de no conformarme con la vida que llevaba en éste páramo provinciano aprovecha cada oportunidad para meterse conmigo.

Jake se encogió de hombros. No podía negar que la señora Robertson se había mostrado bastante provocadora. Pero no conocía la historia de la familia, de manera que no podía formarse una opinión. Pero lo sentía por Eve, que estaba atrapada entre dos mujeres aparentemente empeñadas en meterse la una con la otra.

—Además aún es demasiado temprano —continuó Cassandra, que parecía tener otras cosas en mente. Rodeó la mesa hasta donde estaba Jake a la vez que aflojaba el cinturón de su kimono. El pudo comprobar que había acertado en sus sospechas. No llevaba nada debajo—. ¿Por qué no subimos?

Jake se puso en pie, tomó las solapas del kimono y, aunque sabía que Cassandra esperaba que la atrajera hacia sí, lo que hizo fue cerrarlas.

—Ve a tomar una ducha de agua fría, Cassandra —dijo cansinamente—. Quiero ver los paisajes de la zona. Si quieres acompañarme, tienes cuarenta minutos para vestirte.

Tuvo la impresión de que Cassandra mascullό una maldición, pero no podía estar seguro de ello.

—Necesitaré al menos una hora —dijo mientras se volvía para encaminarse hacia la puerta—..¿Crees que podrás entretenerte solo todo ese rato?

No fue un buen día. Los viernes solían serlo, pero Eve estaba teniendo verdaderas dificultades para concentrarse en su trabajo. Los niños se habían dado cuenta y, como era de esperar, tuvieron un comportamiento más travieso del habitual.

La cosa no mejoró precisamente cuando fue convocada para una reunión del profesorado. Nunca tenían aquellas reuniones los viernes, cuando la mayoría de los profesores estaba deseando volver a casa con su familia. Pero la seria expresión de la directora hizo sospechar a Eve de inmediato que no tenía noticias precisamente buenas.

Y no se equivocó. Al parecer, la señora Portman acababa de enterarse esa tarde de que el colegio iba a fusionarse con una escuela más grande de East Ridsdale. Las autoridades locales habían decidido que su escuela no tenía los suficientes alumnos como para que mereciera la pena el gasto que suponía mantenerla abierta y, aunque iban a hacer todo lo posible para conseguir nuevos puestos de trabajo a los profesores, el colegio se cerraría definitivamente a finales del siguiente trimestre.

Cuando la directora terminó de hablar, se produjo un tenso silencio. Las profesoras que trabajaban en Falconbridge, sólo había profesoras, se consideraban casi una familia, y la idea de que fueran a separarlas resultaba tan perjudicial para ellas como iba a serlo para los niños.

—¿Pero pueden hacerlo? —preguntó Jennie Salter, cuyos niños acudían a la escuela con ella—. Creo haber leído en algún sitio que los padres están luchando contra ese tipo de medidas.

—Así es, pero dudo que los padres de los niños que vienen a esta escuela estén preparados para luchar contra las autoridades, sobre todo si la alternativa es una subida espectacular de los impuestos.

—De manera que la escuela cerrará en Semana Santa —dijo Eve, descorazonada ante la perspectiva de tener que buscar otro trabajo.

—Oficialmente —asintió la directora—. Pero, lógicamente, no pretendo que esperéis hasta entonces para buscar otro puesto. Además, en cuando los padres se enteren, empezarán a buscar escuelas alternativas para sus hijos. No todos estarán dispuestos a que sus hijos tengan que viajar a diario hasta East Ridsdale.

—Eso lo hará quien pueda permitirse mandar a sus hijos a un

colegio privado

—murmuró Jennie, desilusionada.

Eve apoyó una mano en su hombro con expresión afectuosa.

—Nunca se sabe. Es posible que consigas un trabajo en Ridsdale y puedas llevar a tus hijos contigo.

—Lo dudo mucho.

Eve no parecía tener intención de mostrarse optimista y Eve no podía culparla.

No era precisamente fácil encontrar trabajo en aquella zona.

Consecuentemente, no se hallaba precisamente del mejor humor cuando, al regresar a casa aquella tarde, el Aston Martín en que habían viajado Cassie y Jake cruzó la verja de entrada por delante de ella. Romero iba al volante, por supuesto, y Cassie, que iba a su lado con expresión orgullosa, alzó una lánguida mano a modo de saludo, casi como si perteneciera a la realeza y Eve no fuera más que una criada.

Pero no se sentía celosa, se dijo Eve casi con rabia. Nunca había obtenido nada de Cassie en el pasado y no quería nada ahora. Pero ocasionalmente lamentaba que fuera incapaz de aceptar sus responsabilidades.

El sonido de un frenazo la hizo salir de su ensimismamiento. El coche se había detenido y se dirigía marcha atrás hacia ella. Iban a ofrecerle llevarla, pensó, agobiada.

El coche se detuvo junto a ella y Romero asomó la cabeza por la ventanilla.

—Podemos llevarte hasta casa.

—No es necesario.

—Te había dicho que se negaría —dijo Cassie en tono aburrido—. Vamos, cariño. Cierra la ventana. Me estoy enfriando.

La mandíbula de Jake se tensó visiblemente. Había pasado todo el día siguiéndole la corriente a Cassandra y no estaba de humor para seguir haciéndolo.

Pero Eve tampoco le estaba facilitando las cosas. Parecía tener frío. Sus exóticos rasgos parecían especialmente pálidos a la luz de las farolas del sendero. Ignorando las protestas de Cassie, salió del coche.

—Hay casi un kilómetro hasta la casa.

Eve dio un involuntario paso atrás y arqueó las cejas.

—¿Y?

—Hace frío y pareces cansada —Jake la miró un momento antes de añadir—.

Supongo que has tenido un día ajetreado en el colegio.

Eve apretó los labios mientras se preguntaba por qué se sentía tan reacia a entrar en el coche. No era sólo por Cassie, aunque sabía que ésta la estaba observando atentamente. Pero intuía que no iba a

hacerse precisamente un favor a sí misma permitiendo que aquel hombre se acercara.

—Necesito dar un paseo —dijo finalmente—. Pero… gracias de todos modos.

—Ojalá pudiera creerte —murmuró Jake, aunque sabía que, aparte de obligarla a entrar en el coche, no podía hacer nada.

Entonces recordó algo y abrió la puerta trasera del coche para sacar una bufanda que había comprado aquella misma mañana y que le había venido muy bien cuando había visitado las ruinas romanas de Housesteads… mientras Cassie permanecía el coche alegando una molesta jaqueca.

—Toma —dijo a la vez que se la ofrecía a Eve—. Hazte un favor y póntela. Nos vemos luego.

Eve asintió mientras Jake volvía a entrar en el coche. Cuando éste se alejó, se puso la bufanda en torno al cuello. Jake tenía razón. Hacía rato que sentía frío, pero era un frío más interno que externo. La bufanda era gruesa y agradable pero, desafortunadamente, tenía impregnado el aroma de Jake, una mezcla de suave loción de afeitado y calor varonil. A pesar de sus recelos, enterró la nariz en ella y aspiró con fruición. Luego se encaminó con paso decidido hacia la casa.

Afortunadamente, cuando llegó, encontró a su abuela sola en la biblioteca. La señora Blackwood le dijo antes de que fuera a verla que se había empeñado en llamar al hospital de Newcastle para cancelar la ambulancia que habían encargado.

—Ha dicho que se sentía mucho mejor del tobillo y al cabo de un rato la he encontrado abajo sacando álbumes de fotos del armario. Cuando le he preguntado qué estaba haciendo, me ha dicho que trataba de recordar el aspecto que tenía Cassie a tu edad.

Eve reprimió un gemido.

—¿Y ha dicho por qué?

—No. Supongo que se siente un poco sentimental teniendo aquí a la señorita Cassie.

Cuando Eve entró en la biblioteca y vio a su abuela con expresión distraída, supo que se traía algo entre manos.

—Hola —saludó, aprensiva—. La señora Blackwood me ha dicho que has decidido no hacerte la radiografía. ¿Cómo te sientes?

La señora Robertson parpadeó y miró a su nieta como si acabara de darse cuenta de que estaba allí.

—Estoy bien, cariño. ¿Acabas de llegar?

—Hace unos minutos. La señora Blackwood también me ha dicho que has pasado abajo todo el día. Si insistes en ignorar el consejo del médico, al menos deberías descansar.

—¿Lo dices porque hoy no he contado con la ayuda de ese atractivo joven? —

preguntó la anciana con aspereza—. Me las he arreglado con las muletas.

—De todos modos…

—De todos modos, nada. Deja de rezongar, Eve —tras un suspiro de evidente cansancio, la señora añadió—. ¿He oído un coche hace un rato?

Eve dedujo que Cassie no se había molestado en ir a visitar a su madre al llegar.

¿Acaso no le importaba nada? ¿Y no se daba cuenta de que estaba jugando con fuego? Por algún motivo, tal vez a causa de su edad, la señora Robertson parecía dispuesta a decir todo lo que pensaba y la incomodidad del día anterior podía muy bien ser tan sólo la punta del iceberg.

—Supongo que era el coche del señor Romero —dijo, tratando de sonar desenfadada—. Han pasado a mi lado cuando estaba llegando a casa.

—¿Cassie está en casa?

—Supongo que sí —Eve no quería seguir hablando de aquello y miró a su alrededor—. ¿Has tomado el té?

—No me apetecía —replicó la anciana, malhumorada—. ¿Dónde está ahora?

—¿Cassie?

—¿Y quién si no?

Eve suspiró.

—Supongo que habrá subido a cambiarse. No tardará en bajar.

—Imagino que él también habrá subido —Eve no dijo nada y la señora Robertson asintió lentamente—. ¿Qué piensas de él?

—Yo… parece que… está bien.

—¿Que está bien? —repitió la anciana—. ¿Qué clase de respuesta es ésa? ¿No te parece que es demasiado joven para Cassie? Mi hija ya tiene cuarenta y siete años.

—Cuarenta y seis —corrigió Eve.

—Da igual. ¿No te parece que es demasiado mayor para él?

—Muchas mujeres se casan con hombres más jóvenes —Eve se esforzó por buscar un ejemplo—. ¡Mira a Joan Collins!

—Cassie no es Joan Collins —dijo su abuela en tono mordaz—. Y no creo haber mencionado el matrimonio. ¿Por qué iba a casarse Jake con Cassie si puede obtener lo que quiere sin necesidad de comprarle un anillo?

—Mientras sean felices juntos… —murmuró Eve, deseando que aquella conversación no hubiera empezado—. ¿Quieres que guarde estas cajas?

—Ya sabes lo que hay en ellas, ¿no? Te la he enseñado antes. Están llenas de fotos, algunas sueltas y otras en álbumes. Tu abuelo era muy

aficionado a la fotografía. He pensado enseñárselas a Jake.

—¡No! —exclamó Eve, horrorizada—. No hagas eso, Ellie. Sería malicioso hacerlo, y lo sabes.

—¿Por qué? ¿Qué tienen de malo algunas fotos? Puede que a Jake le apetezca ver el aspecto que tenía Cassie a tu edad.

—No puedes hacer eso —Eve tomó un par de cajas y las llevó al armario en que solían estar guardadas. Luego dijo—: Además, tengo algo que decirte.

—¿Sobre Cassie, o sobre Jake?

—Sobre ninguno de los dos —Eve ocultó su rubor tomando otras dos cajas para guardarlas mientras seguía hablando—. Según la señora Portman, el colegio va a cerrarse a partir de Semana Santa.

Aquello pareció captar la atención de su abuela.

—¿Por qué? —preguntó, preocupada.

—Todo forma parte de los planes del gobierno para hacer que las escuelas sean más eficientes. Falconbridge tiene cada vez menos alumnos, y los que quedan serán trasladados a East Ridsdale, que es un colegio más grande y más viable desde el punto de vista económico.

—¿Desde cuándo es necesario que la educación sea económicamente viable? —

protestó la señora Robertson—. ¡Estamos hablando de niños, no de robots !

—Lo sé, y estoy de acuerdo, pero me temo que voy a tener que buscarme otro trabajo.

—No pensarás trasladarte, ¿no? —preguntó la anciana con evidente ansiedad.

Eve se acercó a ella y pasó un brazo por sus hombros.

—Ni hablar. No vas a librarte de mí tan fácilmente. Éste es mi hogar.

—Eres una buena chica —la señora Robertson cubrió con su mano la de Eve—.

Una nieta mejor de lo que yo o Cassie merecemos.

—Eso no es cierto —protestó Eve.

Afortunadamente, el teléfono sonó antes de que la anciana pudiera replicar y tuvo que ir a contestar.

—¿Hola?

—¿Puedo hablar con la señorita Wilkes, por favor?

Por un momento, Eve sintió que la mente se le quedaba en blanco, pero entonces recordó que aquél era el nombre que utilizaba Cassie profesionalmente.

—Oh, sí. Un momento. Voy a avisarla.

—¿Quién es? —preguntó Ellie cuando Eve se encaminaba hacia la puerta. Eve se detuvo y susurró que una mujer quería hablar con la

señorita Wilkes—. ¡Cassie! —

exclamó su abuela en voz alta—. ¿Para qué quiere hablar con Cassie?

Eve movió la cabeza con expresión de impotencia y salió al descansillo. Se planteó la posibilidad de dar una voz a Cassie desde abajo, pero decidió subir.

Al no encontrarla en su habitación dedujo que estaría en la de Jake. Pero no le quedaba más remedio que avisarla, de manera que, con un profundo suspiro, se encaminó hacia la puerta del dormitorio de Jake.

Su primera llamada provocó una estridente protesta, y el corazón de Eve se contrajo ante la perspectiva de lo que fuera a encontrar cuando la puerta se abriera.

Pero, para su sorpresa, la puerta se abrió de inmediato y se encontró frente a Jake.., que estaba completamente vestido.

—Hay... una llamada para la... señorita Wilkes —balbuceó, sintiéndose estúpida, sobre todo cuando Cassie apareció tras Jake y pasó un posesivo brazo por sus hombros. No llevaba puesto el jersey y su blusa estaba parcialmente desabrochada, dejando expuesto una generosa porción de escote.

—¿Una llamada? ¿Para mí? —preguntó Cassie, extrañada—. ¿Estás segura?

—Tú eres la única señorita Wilkes que hay por aquí —dijo Eve mientras se alejaba de la puerta—. Si quieres intimidad, puedes hablar desde el vestíbulo —dijo por encima del hombro—. Tu madre está en la biblioteca.

—¿Intimidad? ¿En el vestíbulo? —murmuró Cassie, irritada—. ¿Cómo es posible que en una casa tan grande no haya un teléfono en la planta alta?

—Estoy seguro de que eso no le preocupa a tu madre —replicó Jake secamente

—. Ve a contestar. De todos modos, yo necesito ducharme.

—Oh, pero estábamos a punto de...

—Tu estabas a punto de volver a tu habitación —interrumpió Jake en un tono que no admitía discusión.

Cuando Cassie salió del dormitorio, cerró con más fuerza de la necesaria.

Capítulo 5

JAKE tomó la precaución de cerrar su puerta antes de ir a tomar una ducha. Por un lado, no creía que Cassandra estuviera dispuesta a respetar las reglas de su madre en la casa y, por otro, desde que habían salido de Londres, su relación había decaído definitivamente y no sentía deseos de prolongarla.

Tal vez se debía a la poca consideración con que le había visto tratar a su madre.

En cuanto a Eve, su situación era realmente ambigua. Había una conexión entre la anciana y ella que no podía entender con exactitud, pero notaba que entre ellas había afecto y comprensión.

Lo que más le desconcertaba era su propia reacción ante ella. Era evidente que no le caía precisamente bien, de manera que no entendía por qué sentía la insistente necesidad de demostrarle que no era el miserable que aparentemente creía que era. Y

tampoco entendía por qué era consciente de ella de un modo que hacía arder su sangre...

Se estaba secando cuando creyó oír que llamaban a la puerta, pero hizo caso omiso. Si era Cassandra, no le estaría haciendo ningún favor abriéndole la puerta, y si era Eve... Pero no creía que Eve hubiera acudido por segunda vez. Ya había quedado bien clara su opinión sobre lo que se había encontrado antes.

Tras vestirse, salió al descansillo y bajó directamente al cuarto de estar. Entró sin ceremonias... y sorprendió a una desconcertada Eve sentada con las piernas cruzadas ante el fuego.

Se puso en pie de inmediato y encendió una lámpara mientras Jake cerraba la puerta a sus espaldas. Cuando se volvió a mirarla, Jake pensó que, a pesar de la decisión de ignorarla que había tomado hacía unos momentos en la ducha, no iba a ser capaz de hacerlo.

Llevaba los mismos pantalones de pana negros del día anterior y un jersey negro que apenas sugería los turgentes pechos que había debajo. La luz de la lámpara daba a sus ojos grises una tentadora opacidad. Contemplando sus pálidos y exóticos rasgos, y su pelo, del color de la noche, sintió el instintivo afán de experimentar lo que sería enterrarse en ella, abrazarla y tomar su dulzura...

Jake casi gimió en alto cuando ella le devolvió la mirada mientras se quitaba algo que llevaba al cuello. Reconoció la prenda cuando la alcanzó. Era su bufanda.

—He tratado de devolvértela antes —dijo Eve mientras daba un paso hacia él—, pero no me has oído.

Jake pensó que, si hubiera sabido que era ella la que había llamado a su puerta, habría abierto.

Pero tal vez fuera mejor que no lo hubiera hecho.

—Probablemente estaba en la ducha —dijo, y, por la expresión de Eve, comprendió que no lo había creído. Evidentemente, pensaba que Cassandra y él habían seguido con sus supuestas actividades.

Quiso decirle que estaba equivocada, que no había abierto precisamente creyendo que era Cassandra. Pero no lo hizo. En lugar de ello tomó la bufanda y la dejó sobre la mesa.

—¿Cómo se encuentra la señora Robertson? Suponía que estaría aquí.

—Espero que baje más tarde —Eve no sabía qué hacer con sus manos y las metió en los bolsillos de su pantalón.

—¿Crees que le gustaría que...?

—¿Que la bajaras en brazos? —interrumpió Eve—. No, no creo que sea necesario.

—¿Sueles tomar decisiones por ella?

Eve se movió incómoda bajo la intensa mirada de Jake.

—Claro que no —dijo, tensa, y a continuación se encaminó hacia la puerta—. Y

ahora, si me disculpas, voy a ver si...

—¿Y si no lo hago?

Eve contuvo el aliento.

—¿Si no hago qué?

—Si no te excuso —dijo Jake con suavidad—. Vamos, Eve. ¿Tanto te costaría hacerme compañía un rato?

Eve movió la cabeza, indecisa.

—¿Y para qué ibas a querer que te hiciera compañía?

—Puede que simplemente quiera saber algo más sobre ti. ¿Habría algún mal en ello?

Eve se estremeció a pesar del calor reinante.

—Cassandra bajará enseguida. Ella puede contarte todo lo que quieras saber.

—Lo dudo —dijo Jake, y señaló una silla que había tras Eve—. ¿Por qué no te sientas y me lo cuentas tú misma?

—Puede que no quiera hacerlo.

—Eso ya lo he notado, y me pregunto por qué.

Con un suspiro de frustración, Eve se volvió y se sentó. Al ver que Jake no ocupaba la silla que había frente a ella sino que permanecía en pie ante ella como un oscuro depredador, se obligó a mirarlo al rostro.

—¿Y bien?

Jake estaba intrigado a pesar de la evidente irritación de Eve. Parecía casi a la defensiva, y la atracción física que había sentido por ella hacía unos momentos se transformó en un interés que poco tenía que ver con el sexo.

—Háblame de ti misma —dijo mientras se sentaba—. ¿Has vivido

siempre en el norte de Inglaterra?

—No —respondió Eve sin añadir nada más.

—¿Tus padres vivían en otra parte del país?

—No tengo padres —replicó Eve secamente—. ¿Eso es todo?

—No, no es todo —dijo Jake, molesto a pesar de su empeño en no dejarse afectar por la actitud de Eve. Era evidente que trataba de dar la conversación por zanjada, pero no iba a permitir que se saliera así como así con la suya—. Todo el mundo tiene padres. ¿0 aún crees que a los niños los trae la cigüeña?

Al ver el ligero rubor que cubrió las mejillas de Eve, Jake se sintió conmovido por su vulnerabilidad.

—Sé de dónde vienen los niños —replicó ella—. Aunque admito que puede que no tan bien como tú.

Jake frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

Eve parecía un poco nerviosa y Jake supuso que se debía a que había dicho aquello sin pararse a pensar en las consecuencias.

—Yo... no tengo hijos —dijo remilgadamente—. Pero puede que tú sí.

Jake estaba bastante seguro de que no era aquello lo que había querido decir, pero decidió no contradecirla.

—No —contestó—. No tengo hijos. Al menos que yo sepa.

Eve asintió y bajó la mirada.

—Ya que quieres saberlo, te diré que nunca conocí a mis padres biológicos.

—¿Fuiste adoptada? Eve suspiró.

—¿Qué interés puedes tener en todo esto?

—Te aseguro que estoy interesado.

Eve permaneció un momento en silencio.

—Fui adoptada durante una temporada —respondió finalmente—, pero me escapé a los doce años. No tardaron en encontrarme, pero volví a escapar, de manera que las autoridades decidieron que estaría mejor bajo la custodio de los servicios sociales.

—¿No eras demasiado joven para eso?

—Era lo suficientemente mayor —replicó Eve, tensa—. Pero todo eso sucedió hace tiempo y ya casi lo había olvidado.

Por su expresión, Jake supo que no era cierto. Estaba deseando preguntarle cómo había acabado viviendo en el noreste de Inglaterra con una anciana que no parecía precisamente una asistente social. Entonces recordó algo que le había dicho Cassandra.

—Estás emparentada con los Robertson, ¿no? —dijo, y se sorprendió al ver la repentina palidez de su rostro.

—¿Quién te ha dicho eso?

Jake se encogió de hombros.

—Cassandra —dijo con cautela—. ¿Acaso no es cierto?

Eve estaba a punto de decir algo cuando de pronto se abrió la puerta.

Cassandra apareció en el umbral y no hizo ningún esfuerzo por disimular la rabia que experimentó al verlos juntos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, mirándolos alternativamente.

Jake se puso en pie con actitud desenfadada.

—Veamos... Eve me ha devuelto la bufanda que le había dejado y luego le he preguntado por la señora Robertson. Me he ofrecido a bajarla en brazos hasta aquí, pero Eve me ha dicho que no creía que fuera necesario. Luego hemos hablado de...

—No quiero enterarme de toda la conversación —interrumpió Cassandra secamente.

Jake arqueó las cejas.

—¿No? Creía que eso era lo que querías. A fin de cuentas, has preguntado qué estaba pasando.

Cassandra le dedicó una mirada iracunda.

—Sabes perfectamente a qué me refería. ¿Cuánto tiempo llevas en compañía de Eve?

Jake se encogió de hombros.

—¿Acaso tiene eso alguna importancia?

Cassandra frunció los labios.

—¿Por qué no me has dicho que ibas a bajar?

—Lo siento —dijo Jake, que estaba haciendo esfuerzos por contener su irritación—. No sabía que tuviera que informarte de mis movimientos. Supongo que has estado buscándome y por eso estás tan... irritada, ¿no?

Cassandra apretó los dientes y se volvió para cerrar la puerta.

—Pensaba que querrías saber quién había llamado —dijo, y al volverse se apoyó contra la puerta—. Normalmente sueles hacerlo.

Jake podría haberle dicho que aquello no era cierto, pero decidió no hacerlo.

Había notado que la actitud de Cassandra había afectado claramente a Eve y no le sorprendió que saliera alegando que iba a ver si la señora Blackwood necesitaba ayuda.

En cuanto se quedaron a solas, Cassandra se acercó a él.

—Menos mal que se ha ido —dijo en un tono mucho más cálido a la vez que apoyaba una mano sobre el pecho de Jake—. ¿A que no adivinas lo que ha pasado?

Jake alzó su mano y utilizó el pretexto de tomar la de Cassandra para apartarla de su pecho.

—Cuéntamelo —dijo en tono desenfadado—. ¿Pero qué te parece si antes bebemos algo?

Cassandra suspiró.

—No comprendes. Esto es importante.

—De acuerdo —Jake le soltó la mano y se cruzó de brazos—. ¿Qué ha pasado?

—Me han ofrecido un papel en Evermore —dijo Cassandra, con los ojos brillantes de excitación—. ¿No es increíble?

—¿Qué es Evermore?

—¡Vamos, Jake! ¡Seguro que has oído hablar de Evermore! ¡Es la serie de moda en televisión!

Jake podría haber comentado que, al margen de que no solía ir a Europa a menudo, no era especialmente aficionado a las series de televisión, pero se contuvo.

—¡Cuánto me alegro por ti! Supongo que estarás encantada.

—Desde luego —Cassandra se abrazó a sí misma con evidente satisfacción—. Y

también lo está Amy, mi agente. Era ella la que ha llamado, por supuesto. Hice las audiciones hace semanas y ya no esperaba que me llamaran, pero parece que la actriz que habían elegido no puede hacerlo y me han llamado a mí.

—¿Es un papel importante?

—Para empezar sólo participaré en tres episodios —explicó Cassandra—. Ya sabes cómo van estas cosas. El guionista introduce un personaje nuevo y si cuaja entre la audiencia continúan con él.

—Ah —Jake asintió—. En ese caso, supongo que querrás volver a Londres cuanto antes, ¿no?

—Amy me ha pedido que vuelva mañana —admitió Cassandra—. Hay tantas cosas que hacer, contratos que firmar, ensayos... —movió la cabeza—. Aún no puedo creerlo.

—Vas a estar muy ocupada —dijo Jake, consciente de que cualquier sentimiento de alivio que hubiera experimentado al saber que iba a verse libre de ella había quedado apagado ante la perspectiva de no volver a ver a Eve.

En aquel momento, volvió a abrirse la puerta y la madre de Cassandra entró sin ceremonias en el cuarto de estar.

—Lo siento —dijo mientras apoyaba su peso sobre el bastón que llevaba—. He perdido un poco el equilibrio al abrir —dijo, y, mirando a Jake, añadió—: ¿Qué estabas diciendo sobre estar ocupada?

Jake sonrió.

—Cassandra a recibido una oferta para trabajar en el serial Evermore —dijo a la vez que se acercaba a Ellie—. Permita que la acompañe a sentarse.

La señora Robertson tomó el brazo que le ofreció con evidente alivio. Una vez sentada, miró a su hija con expresión perspicaz.

—Así que para Evermore, ¿no? Vaya, vaya. ¿Quién lo habría

imaginado?

—Parece que tú no, desde luego —dijo Cassandra. Parecía indecisa respecto a lo que hacer a continuación, pero acabó ocupando una silla frente a su madre—. ¿No vas a felicitarme? Esto era exactamente lo que estaba deseando que pasara.

Su madre movió los hombros en un gesto desdeñoso.

—Supongo que esto también significa que vamos a verte aún menos en el futuro, ¿no?

—¿Acaso te importa? —dijo Cassandra con amargura.

—Puede que a alguno de nosotros sí nos importe —replicó Ellie secamente—.

Pero si es lo que quieres...

—Lo es.

—En ese caso, no hay más que hablar. Te deseo toda la suerte del mundo.

Además, ya llevas demasiado tiempo sin trabajo.

—He estado descansando —espetó Cassandra, enfadada—. Soy actriz, mamá, no... ¡no una simple maestra de escuela!

Jake reprimió una inmediata protesta por aquel comentario, y no se sorprendió ante la reacción de Ellie.

—Eve tiene cerebro, Cassie —dijo en tono desdeñoso—, algo de lo que nunca han podido acusarte a ti.

—¿Cómo te atreves a decir eso? —exclamó Cassandra, indignada.

—¿Acaso crees que hace falta inteligencia para aprenderse unas frases y repetirlas como un loro ante una cámara?

—Lo que creo es que no tienes ni idea sobre el tema.

—Ni quiero tenerla.

—¿Os apetece beber algo? —Jake sabía que tenía que poner fin a aquello ante de que madre o hija dijeran algo de lo que luego pudieran arrepentirse—. ¿Un poco de vino, tal vez, señora Robertson? ¿Cassandra?

Sus palabras fueron seguidas de un cargado silencio, pero, al cabo de un momento, Ellie pareció recordar sus modales.

—Sí, un vaso de vino estaría bien. Gracias, Jake.

—De nada —Jake reprimió un suspiro de alivio—. ¿Y tú, Cassandra?

—Un whisky con hielo —dijo sin mirarlo.

Jake fue a servir las bebidas con la esperanza de que la tensión amainara, pero contuvo el aliento cuando Ellie volvió a hablar después de que le entregara su vaso de vino.

—Supongo que te irás mañana por la mañana, ¿no, Cassie? —preguntó y, a pesar de la frialdad de su tono, Jake notó que estaba tratando de mostrarse educada.

Cassandra no respondió de inmediato, pero cuando lo hizo parecía

más calmada.

—Sí. Tengo que estar en Londres mañana.

Ellie pareció escuchar su respuesta con evidente interés.

—Ah. Imagino que los próximos días estarás muy liada con lo ensayos y ese tipo de cosas, ¿no?

Cassandra miró a su madre con cautela.

—Sí, supongo que sí.

—Hmm —Ellie parecía especialmente pensativa—. Como has dicho antes, no tengo ni idea sobre esas cosas, pero supongo que, dadas las circunstancias, apenas tendrás tiempo para dedicarte a Jake, ¿no?

Cassandra se quedó momentáneamente boquiabierta, pero se recuperó enseguida.

—¿Y eso qué más te da? —preguntó, tensa.

La señora Robertson se encogió de hombros.

—No me gustaría que Jake pensara que no es bienvenido en esta casa si quisiera quedarse.

Cassandra volvió a quedarse boquiabierta.

—Supongo que no hablas en serio.

—¿Por qué no? He notado que está bastante interesado en la zona y, a menos que sus ocupaciones se lo impidan, no veo por qué no puede quedarse aquí hasta que terminen sus vacaciones.

—¡No! —exclamó Cassandra a la vez que se ponía en pie—. ¡Jake va a volver a Londres conmigo!

Ellie arqueó una ceja.

—¿No crees que eso debería decidirlo él mismo?

—¡No puede! Hemos... hemos venido en su coche.

—Siempre podría llevarte al aeropuerto de Newcastle. Creo que hay frecuentes vuelos a Londres y el viaje resultaría más rápido.

—¡Bruja! —exclamó Cassandra, temblando de rabia—. Crees que pidiéndole a Jake que se quede arruinarás la felicidad que me ha producido que me ofrezcan ese papel, ¿verdad?

—Y tu felicidad es siempre lo más importante, ¿no? —preguntó Ellie con frialdad—. Da lo mismo a quién hagas daño o quién sufra por tu egoísmo mientras tú seas feliz, ¿verdad? ¿No se te ha ocurrido pensar ni por un momento que es posible que Jake prefiera quedarse? ¿De qué tienes miedo, Cassie? ¿De que te lo robe Eve, tal vez?

Jake no sabía qué habría hecho Cassandra si no se hubiera interpuesto entre su madre y ella. Parecía lo suficientemente enfadada como para arrancarle los ojos, pero, por mucho que su madre pareciera merecerlo, no podía permitir que sucediera.

—En cualquier caso, da igual —dijo con firmeza—. Agradezco su invitación, señora Robertson, pero no puedo quedarme —añadió educadamente—. A mí también me conviene regresar a Londres.

Capítulo 6

SIN embargo, a la mañana siguiente quedó claro que Jake no estaba en condiciones de ir a ningún sitio.

Eve se lo encontró a primera hora bajando las escaleras y le bastó ver un momento su rostro pálido y sus ojos enrojecidos para recomendarle que volviera a la cama.

—Parece que tienes la gripe. ¿Cómo te sientes? Tienes un aspecto... terrible.

—Gracias —a pesar del humor del tono, la voz de Jake sonó totalmente desfigurada por la congestión nasal—. Pero me recuperaré enseguida. Cassandra tiene que estar de vuelta en Londres hoy mismo.

Eve ya lo sabía. Su abuela se lo había contado la noche anterior mientras la ayudaba a acostarse.

—¿Y crees estar en condiciones de conducir más de cuatrocientos kilómetros?

—preguntó, a pesar de saber que se sentiría mucho más tranquila cuando Cassie y Jake se hubieran ido—. Yo podría llevar a Cassie al aeropuerto para que tome un vuelo a Londres.

Después de la reacción de Cassandra cuando su madre le había sugerido algo parecido el día anterior, Jake dudaba que fuera a aceptar, pero lo cierto era que se sentía muy mal. Nada le apetecía más en aquellos momentos que volver a meterse en la cama.

—Vamos a preguntárselo —dijo con un escalofrío, sin comprender cómo era posible sentir frío a pesar de estar sudando.

—Será mejor que vaya yo —el tono de Eve no invitaba a discusiones—. Vuelve a la cama y yo me ocuparé de hablar con Cassie. Estoy segura de que entenderá.

—Yo que tú no cantaría victoria.

Eve movió la cabeza.

—Vuelve a la cama, Jake. No creo que estés en condiciones de discutir.

Sin esperar a ver lo que hacía, Eve volvió rápidamente a la cocina.

—Jake no va a poder irse esta mañana —dijo a la señora Blackwood—. Parece que tiene la gripe. ¿Tenemos bolsas de agua caliente? No deja de temblar.

—Creo que hay un par en el armario —dijo la cocinera mientras seguía ocupándose del desayuno—. ¿La señorita Cassie también va a quedarse?

—Lo dudo. Ya te he dicho lo que me contó Ellie sobre el papel que le han dado en esa serie, y no creo que quiera arriesgarse a perderlo.

—Pero si el señor Romero está enfermo...

—Ya veremos —dijo Eve, que aún tenía que convencer a Cassie de que su mejor opción era tomar un avión de vuelta a Londres.

Unos instantes después, llamaba a la puerta de su dormitorio. Cuando Cassandra abrió y la vio, frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí?. —preguntó desdeñosamente—. Si has venido para tratar de convencerme de que me disculpe con esa bruja, ¡olvídalo! Ésta es la última vez que me ve. No pienso volver aquí.

—No he venido a hablarte de tu madre —replicó Eve secamente—. Jake está enfermo y no va a poder llevarte de vuelta a Londres hoy.

Cassie se quedó boquiabierta.

—¿Jake? —dijo, incrédula—. ¿Qué le sucede?

—Creo que tiene la gripe. Tiene aspecto de estar... enfermo.

—¿Estás segura de que no se trata de algún truco de mi madre para retenerlo aquí?

—¿Por qué iba a hacer Ellie algo así? —preguntó Eve, confundida.

—¿No te ha dicho que ayer sugirió que se quedara unos días más?

Eve frunció el ceño.

—No.

—Pues lo hizo —dijo Cassie, malhumorada—. No me extrañaría que le hubiera echado algo en la bebida. Sería capaz de cualquier cosa con tal de fastidiarme.

Eve suspiró, impaciente.

—Eso es absurdo.

—¿Y cómo sabes que está enfermo? —preguntó Cassie de pronto —. ¿Acaso has ido a llamar a su dormitorio?

—Nos hemos cruzado en las escaleras —dijo Eve, conteniendo su indignación

—. Tenía los ojos rojos y apenas podía hablar. Ve a verlo por ti misma si no me crees.

—Oh, no puedo hacer eso —Cassie se alejó de la puerta como si Eve fuera a tomarla de la mano para arrastrarla por el pasillo—. No puedo correr el riesgo de ponerme enferma ahora. Si caigo con la gripe, podrían darle el papel a otra.

—Lo dudo. La gente no puede evitar ponerse enferma.

—Lo sé, pero no quiero correr el riesgo —dijo Cassandra con firmeza—. Lo siento por él, por supuesto, pero si Jake está enfermo, creo que tendré que buscar algún otro modo de volver a Londres.

—¿Sin ni siquiera ir a verlo? —preguntó Eve, consternada.

—Él lo entenderá —Cassie se encogió de hombros—. Le llamaré a su móvil en cuanto esté de vuelta en Londres —a continuación, con un repentino cambio de humor, añadió—. Me llevarás al aeropuerto, ¿verdad, querida?

—No me llames «querida» —dijo Eve con aspereza, consciente de que no podía negarse—. Y será mejor que llames al aeropuerto para averiguar a qué hora sale el vuelo.

—¡Oh! —la expresión de Cassie volvió a cambiar dramáticamente

—. ¿Cuánto crees que costará el vuelo?

—Supongo que unas cien libras.

—¡Cien libras! —exclamó Cassie, consternada—. No tengo esa cantidad y ya he exprimido al máximo mi tarjeta de crédito.

Eve se volvió a medias.

—Eso no es problema mío —estaba deseando dar por zanjada aquella conversación, pero Cassie no iba a dejarla irse.

—¿No podrías prestarme un poco de dinero, cariño? Te lo devolveré en cuanto cobre. Sabes que lo haré.

—¿En serio? —dijo Eve en tono sarcástico—. ¿Cuántas veces te he oído decirle lo mismo a Ellie?

—Olvídate de Ellie. Esto es entre tú y yo, Eve. Vamos. ¿No estás en deuda conmigo?

Eve se quedó boquiabierta.

—¿Cómo... te atreves a preguntarme eso?

Cassie se encogió de hombros con expresión aburrida.

—¿Aún no lo has superado? Tampoco te va tan mal aquí, ¿no? Ni siquiera tendrías esto de no haber sido por mí.

—Estoy aquí a pesar de ti —replicó Eve con amargura, pero sabía que estaba perdiendo el tiempo. Cassie nunca se había preocupado por nadie excepto por sí misma, y no iba a cambiar a aquellas alturas—. De acuerdo —dijo finalmente—. Voy a dejarte el dinero y te llevaré al aeropuerto, pero sólo porque no quiero que vuelvas a sacarle dinero a Ellie.

—Eres una amiga.

Cassie fue a cerrar la puerta, pero Eve alzó una mano para detenerla.

—Tendrás que volar por la tarde. He prometido ayudar esta mañana al señor Trivett, pero por la tarde estaré libre.

—De acuerdo —dijo Cassie, resignada—. Pero procura no retrasarte.

Eve había prometido a Harry acudir a la rectoría el domingo por la mañana para ayudarle a organizar la feria de otoño. El dinero obtenido de las ventas se utilizaría para restaurar la iglesia en que Harry era pastor y, normalmente, Eve habría disfrutado de aquella visita.

Harry y ella se habían hecho buenos amigos en los últimos meses y Eve sabía que él esperaba que su relación se convirtiera en algo más profundo.

Pero ella no estaba convencida de querer aquella clase de relación con alguien.

Y no ayudaba el hecho de saber que aquella tarde habría preferido quedarse en casa... por si la necesitaban.

Aunque no creía que fueran a necesitarla, pensó mientras se

acercaba a la rectoría. Jake llevaba un día y medio sin moverse de la cama y la señora Blackwood se había ocupado de suministrarle aspirinas, pañuelos y líquidos en abundancia.

—Está exhausto —había comentado la cocinera el día anterior mientras ponía la mesa—. Pero, como solía decir mi madre, dormir es la mejor medicina. En un par de días estará como nuevo.

Harry Murray abrió la puerta antes de que Eve llamara. A pesar de ser un hombre alto y fuerte, tenía la clase de rasgos delicados y refinados que invitaban a las confidencias. Tan sólo tenía treinta y dos años, pero se había vuelto muy popular desde su llegada y la congregación de su iglesia había aumentado considerablemente.

—Hola —saludó, sonriente—. Tienes las mejillas sonrosadas. ¿Hace frío?

Eve sonrió.

—No sé si eso es un cumplido o no —dijo a la vez que le entregaba su anorak—.

Pero sí hace frío. Según han dicho en la tele, es posible que nieve.

—Espero que no, porque eso haría que viniera menos gente a la feria.

—El hombre del tiempo suele equivocarse a menudo —dijo Eve a la vez que miraba a su alrededor con expresión de asombro—. ¡Veo que has reunido cantidad de cosas para la feria!

Harry parecía satisfecho.

—Por eso agradezco tanto que hayas venido a ayudarme.

—Estoy segura de que ya sabes que hay numerosas voluntarias esperando a que las invites a ayudarte. Por si no lo sabes, eres el rompecorazones local.

Harry se ruborizó.

—Me estás avergonzando —dijo, pero Eve notó que no negaba su comentario

—. ¿Quieres que le pida a la señora Watson que nos sirva algo de beber?

—No gracias. Acabo de tomar un té y preferiría trabajar un poco antes.

Harry asintió y durante la siguiente hora estuvieron concentrados ordenando la ropa, los libros y los diversos objetos que los feligreses habían donado para la feria.

Finalmente, Harry se puso en pie y se frotó las polvorientas manos en sus gastados pantalones de pana.

—Creo que ya es suficiente por hoy —dijo, mirando las cajas que habían organizado—. Yo podré ocuparme del resto por mi cuenta. Además, no quiero pasar el resto de la tarde trabajando.

—De acuerdo —Eve se miró las manos y vio que también las tenía llenas de polvo—. Si no te importa, me gustaría ir a lavarme.

—Por supuesto —Harry fue a abrirle la puerta—. Ya sabes dónde está el baño.

Mientras tanto, le pediré a la señora Watson que nos prepare... ¿prefieres té o café?

—Elige tú.

—En ese caso, té —dijo Harry en son de disculpa—. Me temo que no soy amante del café.

A pesar de su inocente implicación, la palabra «amante» sonó incongruente en sus labios, y Eve recordó con inquietud a Jake Romero. Ellie había dicho que Jake era el amante de Cassie...

Necesitó unos minutos para lograr apartarlo de su mente. Le molestaba reconocerlo, pero lo cierto era que aquel hombre la atraía. Lo cierto era que nunca había conocido a nadie como él, y se dijo que no habría sido humana si no le hubiera parecido atractivo. Pero no necesitaba la clase de complicaciones que podía suponer, y lamentaba que no hubiera podido regresar a Londres con Cassie. Así habría podido olvidarse de él definitivamente.

Cuando regresó al estudio, Harry la recibió con expresión preocupada. Eve notó que el servicio de té ya estaba en la mesa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el pastor.

—Por supuesto —Eve hizo lo posible por no ruborizarse—. Supongo que me he entretenido un poco lavándome las manos.

—Has tardado casi quince minutos —dijo Harry mientras señalaba los sillones que se hallaban junto a la mesa—. Siéntate. El té ya debe de estar templado.

—Lo siento —dijo Eve, tratando de controlar su irritación—. No sabía que me estuvieras cronometrando.

Harry chasqueó la lengua.

—No te estaba cronometrando... —dijo con tristeza—. Sólo estaba...

—Impaciente por tomar tu té. Lo sé —dijo Eve con una sonrisa—. Pero ya estoy aquí. ¿Quieres que me ocupe de servirlo?

—Por supuesto —aliviado, Harry ocupó uno de los sillones—. Tendrás que disculparme, pero tiendo a ser bastante posesivo en lo que a ti se refiere.

—¿Posesivo? —repitió Eve, incómoda. No quería que Harry se sintiera posesivo con ella. No tenían aquella clase de relación. Al menos, no todavía.

—Sí, posesivo —Harry dejó en la mesa la taza que acababa de entregarle Eve y se inclinó hacia ella—. ¿No te parece que ya es hora de que nuestra relación se vuelva más... formal?

—Oh, Harry...

—Espera. Escúchame antes. Supongo que ya sabes lo que siento por ti. Lo he dejado bastante claro. Y cuando... bueno, cuando me he

enterado de que hay un desconocido en tu casa, no puedo negar que me he sentido celoso.

—¿Celoso? —repitió Eve, consternada. Nunca habría atribuido aquella clase de sentimientos a Harry. Parecía tan plácido, tan relajado... Además, el único contacto físico que habían tenido era el casto beso que se daban en la mejilla al despedirse.

—¿Te extraña? Llevo toda la tarde esperando que lo menciones y no lo has hecho.

—El señor Romero era el invitado de Cassie, no mío —protestó Eve, asombrada por el hecho de que Harry se sintiera con derecho a cuestionarle aquello.

—Pero la hija de la señora Robertson ya ha vuelto a Londres, ¿no?

—Sí, y el señor Romero sólo se ha quedado porque está enfermo —Eve hizo un esfuerzo por conservar la calma—. ¿Puedo tomar uña galleta?

—Por supuesto... por supuesto.

Harry tomó la bandeja de inmediato, pero, debido a la precipitación con que lo hizo, el contenido cayó al suelo. Ruborizado, se agachó para recoger las galletas a la vez que Eve y sus cabezas chocaron.

—¡Oh! —exclamó, arrepentido—. ¡Qué patoso soy! —añadió a la vez que tomaba a Eve por los hombros para que lo mirara—. ¿Te he hecho daño?

—No mucho —Eve trató de bromear, pero se hizo rápidamente consciente del peso de las manos de Harry en sus hombros... y de cómo se agitaba la respiración de éste mientras la miraba a los ojos.

Debería haber anticipado que iba a tratar de besarla, pero no lo hizo. Sólo se dio cuenta cuando vio que se inclinaba hacia ella y, aunque volvió la cabeza, Harry logró besarla en la comisura de los labios.

—Oh, Eve —murmuró él la vez que la atraía hacia sí—. Sabes que no te haría daño.

Eve se apartó bruscamente de él. Sus pesadas manos y agitada respiración le recordaron demasiado vívidamente los sórdidos intentos de otro hombre por tocarla.

—Tengo que irme.

—¡Eve! —exclamó Harry, ruborizado a causa de la mezcla de excitación y vergüenza que sentía—. No puedes irte todavía. Aún no te has acabado el té.

—No me apetece más —Eve comprendió que debía decir algo para normalizar la situación, o corría el riesgo de que Harry sospechara que le sucedía algo. Y le sucedía, desde luego, pero aquello era asunto suyo—. Acabo de recordar que había prometido a la señora Robertson estar de vuelta a las nueve y ya son menos cinco.

Harry frunció el ceño.

—Antes no has dicho nada al respecto.

—Lo había olvidado —Eve logró sonreír con expresión de disculpa.

Harry no parecía convencido.

—No se deberán tus repentinas prisas a que te he besado, ¿no?

—No...

—Porque, si es así, quiero que sepas que mis intenciones son estrictamente honorables.

—¡Oh, Harry! —Eve comprimió los labios en un gesto de genuino arrepentimiento—. No... no esperaba esto. Eso es todo.

—Pero creía que éramos amigos...

—Somos amigos.

—... que eras consciente de mis sentimientos. ¿No sientes nada por mí?

Eve suspiró.

—Acabo de decirte que te considero mi amigo. Un buen amigo. Pero es demasiado pronto para pensar en... nada más.

—¿Demasiado pronto? —repitió Harry con amargura—. Hace casi un año que nos conocemos.

—Lo sé —dijo Eve, incómoda—. Lo siento, Harry, pero no estoy lista para pensar en ti... de ese modo.

—Es por ese hombre, ¿verdad? —exclamó él con un repentino cambio de actitud—. Por ese tal... Romeo.

—Se apellida Romero.

—¿Romero? —repitió Harry en tono desdeñoso—. ¿Qué clase de nombre es ése?

—Es de una isla del Caribe y su apellido es español —dijo Eve, resentida—. Y no podrías estar más equivocado respecto a tus sospechas.

—Oh, no estoy equivocado. Es precisamente la clase de hombre por el que tú podrías sentirte atraída. ¿Es muy sexy, Eve? ¿Hace que se te acelere el pulso? Debería haber supuesto que no haría falta mucho para que un hombre como él sedujera a alguien con tu pasado.

Eve se llevó una mano a la boca para reprimir el grito de protesta que afloró a sus labios. ¿Cómo era posible que precisamente Harry hubiera dicho algo así?

¿Sabría también que por sus venas corría sangre española?

Capítulo 7

HARRY comprendió su error de inmediato, comprendió que había cometido un error imperdonable. Su grito de angustia aún resonaba en los oídos de Eve cuando abrió la puerta de la rectoría y salió corriendo de allí.

No se detuvo a ponerse el abrigo hasta que estuvo bastante alejada del sitio en que había tenido lugar la escena de su humillación.

Pero siguió temblando a pesar del abrigo y se pregunto si alguna vez volvería a sentir calor. Que precisamente Harry hubiera dado muestras de aquellos prejuicios la hacía sentirse enferma, y no podía creer que pensara que había puesto freno a sus intenciones a causa de Jake Romero. ¿Qué pensaba realmente de ella?

Cuando llegó a la casa, se sentía congelada, de manera que se encaminó directamente a la biblioteca con la esperanza de que la señora Blackwood hubiera dejado el fuego encendido.

Ya que su abuela no se había levantado para cenar y se suponía que Jake seguía en cama, se sorprendió al encontrar a éste en la biblioteca, tumbado en el sofá con una revista sobre el estómago y contemplando el fuego.

—Eve —dijo al verla, con la voz aún un poco ronca, pero no tan congestionada como un par de días antes—. Lo siento. No he oído llegar el coche.

—He venido caminando —dijo Eve y, aunque la idea de calentarse ante el fuego había perdido su atractivo, sentía demasiado frío como para dejar la puerta abierta.

—¿Caminando? —repitió Jake, sorprendido—. Creía que la señora Blackwood había dicho que te traería el reverendo Murray.

—He preferido venir caminando —replicó Eve escuetamente. Luego, por educación, añadió—: ¿Cómo te encuentras?

—Sobreviviré —dijo Jake con un encogimiento de hombros.

—¿Sabe Ellie que estás levantado?

—¿Elite? Oh, te refieres a la señora Robertson —Jake negó con la cabeza—. Lo dudo. Pero me estaba volviendo loco encerrado en la habitación y he decidido bajar un rato. ¿Y tú? ¿Has pasado una tarde agradable?

Enseguida notó que su pregunta había pillado desprevenida a Eve. Viéndola aún junto a la puerta adivinó que él era la última persona que habría querido encontrarse. Por lo visto, las cosas no habían cambiado en ese sentido, pensó con ironía, pero tenía la impresión de que parecía más pálida que de costumbre. Y sus ojos brillaban como si estuviera a punto de llorar.

¿Qué había sucedido? ¿Qué le habría dicho el viejo pastor? Si se le había insinuado, si la había tocado, le...

Jake decidió poner freno a su fértil imaginación. Aquello no tenía nada que ver con él. Incluso aunque el reverendo se hubiera propasado con ella, ¿qué podía hacer él al respecto?

—La señora Blackwood ha dicho que ibas a pasar la tarde organizando las donaciones para una feria que va a tener lugar en la iglesia —comentó.

—La feria de otoño —murmuró Eve.

Jake asintió.

—Parece que tienes frío —dijo al ver que no añadía nada más—. Ven a sentarte en el sofá. Junto al fuego hace más calor.

—Oh… creo que voy a subir a mi dormitorio. Estoy bastante cansada —Eve se volvió hacia la puerta—. Buenas noches.

A pesar de la voz interior que le advertía que no debía meterse donde no le llamaban, Jake no podía dejar que se fuera así como así. Moviéndose a más velocidad de la que habría cabido esperar dado su estado, fue hasta la puerta y apoyó la mano en ella antes de que Eve pudiera salir. La puerta se cerró con un golpe seco, atrapándola en el interior.

Eve se volvió a mirarlo con expresión asustada.

—¿Qué… qué crees que estás haciendo? Si se te ocurre tocarme…

—¡No voy a tocarte! —exclamó Jake, molesto por tener que ponerse a la defensiva—. Estoy preocupado por ti. Corrígeme si me equivoco, pero creo que ha sucedido algo que te ha disgustado. ¿Te ha puesto alguien las manos encima?

—No… y el único que me ha disgustado has sido tú. Quería salir y no me has dejado. ¿Qué se supone que debo pensar?

—No tienes nada que temer de mí —dijo Jake a la vez que se apartaba de ella para darle espacio—. Sólo quería ayudarte.

—¿Ayudarme? —Eve no pudo evitar un matiz de histeria en su tono—. No puedes ayudarme. Nadie puede hacerlo.

Fue una extraña respuesta, pero Jake decidió no entrar en aquello.

—Si tú lo dices —murmuró cansinamente.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Eve.

—No volveré a impedírtelo.

—Bien.

Eve se volvió de nuevo hacia la puerta, pero no la abrió. En lugar de ello, permaneció muy quieta unos segundos. De pronto, un angustiado sollozo escapó de su garganta a la vez que apoyaba la frente contra la puerta y se deslizaba lentamente hacia el suelo.

En cuanto superó su sorpresa inicial, Jake se acuclilló junto a ella y la tomó por la barbilla para hacer que lo mirara. Eve se resistió al principio, como si no soportara que la tocara, y el enfado de Jake contra Murray aumentó considerablemente. Cada vez estaba más seguro de que el reverendo era el responsable del estado de Eve, y si

lo hubiera tenido a mano en aquellos momentos, le habría retorcido el cuello.

Finalmente logró apartar a Eve de la puerta y, al ver las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, no pudo reprimir una maldición.

—Voy a matar a ese miserable —murmuró a la vez que la ayudaba a levantarse.

Al pasar un brazo por sus hombros notó que estaba temblando y que tenía frío a pesar del abrigo que aún llevaba puesto. Casi involuntariamente, volvió el rostro hacia su pelo y aspiró su fragancia cítrica. La tentación de saborear sus labios fue casi irresistible...

¿Acaso no era igual que Murray?, pensó, asqueado de sí mismo. No estaba pensando en los sentimientos de Eve. Estaba pensando en sí mismo.

Lo que tenía que hacer era acompañarla hasta el fuego, se dijo con firmeza. Y

servirle cuanto antes un coñac. Y a él no le sentaría mal un trago de whisky.

Tras dejarla acomodada en el sofá fue hasta el mueble bar.

Eve lo observó disimuladamente mientras frotaba las lágrimas de sus mejillas con un pañuelo. No quería ni pensar en la patética imagen que había dado de sí misma y, por comprensivo que hubiera sido Jake, le había permitido acercarse demasiado. Después de lo sucedido con Harry debería haber tenido más cautela.

Pero no había podido evitar reaccionar como lo había hecho cuando Jake había adivinado que Harry era el causante de su disgusto. Su inmediato enfado, su instintiva creencia de que lo sucedido no había sido culpa suya, había hecho que se desmoronaran las defensas tras las que había ocultado sus emociones a lo largo de todos aquellos años.

Jake regresó un momento después y le ofreció un vaso.

—Me temo que sólo hay whisky. No he podido encontrar coñac.

Eve tomó el vaso a pesar de que odiaba el olor a whisky.

—Gracias.

Jake asintió y tomó un largo trago de su vaso.

—Lo necesitaba —murmuró.

—No creo que beber whisky sea lo más recomendable en tu estado —dijo Eve

—. Se supone que te estás recuperando.

Jake le dedicó una lacónica mirada.

—Estoy seguro de que esto me va sentar mejor que todos los cacaos calientes del mundo. Y tú también deberías beber el tuyo.

Eve olfateó su vaso y se estremeció.

—No puedo beber esto. ¡Sabe horrible!

—Tómatelo como si se tratara de una medicina. Hará que entres en

calor.

—Ya he entrado en calor —dijo Eve, y lo demostró quitándose el abrigo de los hombros.

Jake se quedó momentáneamente paralizado al contemplar la preciosa curva de su cuello emergiendo del cuello redondo de su jersey rosa. Pero apenas se fijó en lo que llevaba puesto. Una vez más, la mera visión de su piel desnuda hizo que se excitara a una velocidad de auténtico récord.

Afortunadamente, Eve estaba ocupada tirando hacia abajo de su jersey y no notó el repentino abultamiento de sus pantalones. Agradecido por ello, Jake se sentó a su lado para ocultar su bochorno.

—¿Vas a contarme lo que ha pasado? —preguntó.

—¿Lo que ha pasado cuándo? —replicó Eve, y Jake supuso que aún tenía la esperanza de evitar el tema—. Debo haberme enfriado más de lo que creía.

Normalmente no suelo desmoronarme de ese modo.

—¡Eve! —Jake ignoró su intento de apartarse y la tomó con delicadeza por la barbilla—. Lo que ha pasado no tiene nada que ver con el frío y todo con el reverendo Murray. Dime lo que ha hecho ese viejo. ¿Te ha hecho daño?

Eve trató de liberar su barbilla y, al no lograrlo, lo miró con expresión desdeñosa.

—Harry no es ningún viejo. Probablemente es más joven que tú.

Jake la soltó al escuchar aquello y se puso en pie con expresión incrédula. Había imaginado a Eve a merced de un viejo verde y resultaba que había pasado la tarde con un hombre que probablemente había esperado una respuesta diferente a sus insinuaciones.

—¿Y qué ha pasado entonces? —preguntó sin poder ocultar su resentimiento—.

¿Habéis tenido una pelea de amantes? ¿Una discusión? ¿0 te ha dejado por alguna otra?

Eve se contrajo como si la hubiera abofeteado, y Jake comprendió que no se había equivocado. Le había sucedido algo, algo malo, y él sólo estaba empeorando las cosas con su actitud.

—Eve... —empezó, pero ella ya se estaba poniendo en pie sin mirarlo—. Eve, lo siento —empezó de nuevo, pero ella pasó junto a él sin mirarlo.

No podía dejar que se fuera así como así. Tenía que hacerle ver que se había sentido traicionado cuando le había dicho que Murray era un hombre joven, cuando su afán de mostrarse caballeroso había quedado en el olvido al saber que estaba, o podía estar, saliendo con alguien.

No quiso recordar que los asuntos de Eve no tenían nada que ver

con él. Sólo sabía que si permitía que saliera de allí sin aceptar sus excusas nunca podría perdonárselo a sí mismo.

—¡Espera! —exclamó a la vez que la sujetaba de una manga del abrigo.

Eve tiró de la manga y, al ver que Jake no la soltaba, dejó caer el abrigo al suelo y siguió avanzando hacia la puerta. Jake soltó una maldición, pasó por encima del abrigo y logró atraparla por la muñeca.

—Eve, por favor —dijo en tono de ruego, obligándola a detenerse —. Tienes que darme la oportunidad de explicarme.

—¿Qué quieres explicarme? —Jake no pudo evitar admirar la fuerza de voluntad que hizo alzar el rostro a Eve para mirarlo—. Supongo que te parece bien que un hombre pueda atacar a una mujer por la que se supone que siente algún respeto, ¿no?

—¡No! —exclamó Jake, consternado—. ¿Es eso lo que ha hecho el tal Harry? ¿Se ha aprovechado de ti?

Parecía que Eve no tenía intención de contestar. Pero de pronto espetó dolorosamente:

—¡Me ha besado!

En cuanto abrió la boca, Eve supo lo que pensaría Jake de aquello. A fin de cuentas, ¿qué era un simple beso entre amigos? ¿Cómo podía explicar la indignación que había sentido cuando Harry la había besado sin parecer una auténtica paranoica?

Jake no sabía nada de su pasado. Y ella no tenía intención de contárselo.

—¿Te ha besado? —repitió Jake y, aunque trató de que no se notara su incredulidad, apenas logró disimularla.

—Sí, me ha besado. Supongo que pensarás que estoy chiflada por ponerme así por algo tan… intrascendente.

Jake entrecerró los ojos.

—Pero para ti no ha sido intrascendente, ¿verdad?

Eve bajó la mirada, nerviosa.

—No ha sido el beso —admitió finalmente—. Ha sido lo que ha sucedido después. Como he protestado, Harry me ha acusado de preferir a otro.

Jake la contempló con cautela. Había imaginado a Eve sin apenas amigos, encerrada en aquella casa con una anciana protestona, pero resultaba que no sólo tenía un admirador, sino varios.

—Comprendo —dijo y, al darse cuenta de que aún la retenía por la muñeca, aflojó la presión de su mano, aunque no la soltó—. ¿Y es así? ¿Prefieres a algún otro?

—No —contestó Eve, ruborizada.

—Entonces, ¿qué sucede? ¿No te gustan los hombres en general?

—¡No! —Eve retiró su muñeca de un tirón y se la frotó

vigorosamente—.

Simplemente no me gusta que me… toquen.

—Eso ya lo he notado. ¿Es así como has reaccionado cuando Murray te ha tocado? Porque debo decir que resulta bastante degradante que alguien se comporte como si uno tuviera una infección.

—No he reaccionado así. No comprendes…

—Pues hazme comprender.

—No puedo.

—0 no quieres.

Eve movió la cabeza, desconcertada.

—¿Por qué te preocupa lo que pueda pasarme?

—No lo sé, pero me preocupa.

El ambiente se volvió repentinamente eléctrico. Como atraído por un imán, Jake se acercó a Eve hasta detenerse a apenas unos centímetros de ella. Luego, contemplando su sorprendido rostro, dijo:

—Tócame. Prometo no morderte

Eve negó con la cabeza, pero no se apartó.

—Esto es una locura.

—Estoy de acuerdo. Pero hazlo, ¿de acuerdo? —Jake hizo una mueca—. Al menos para no herir mis sentimientos.

Eve suspiró.

—No creo haber hecho nada para herir tus sentimientos pero, si ha sido así, lo siento.

—Demuéstralo.

—¿Cómo?

—Acércate más a mí —dijo Jake, confiando en no estar siendo demasiado optimista al creer que podía controlar la situación.

El mero hecho de estar cerca de ella, aspirando el femenino aroma de su cuerpo, resultaba asombrosamente erótico. Las imágenes que surgieron en su mente del ardiente sexo que podrían compartir bastaron para hacer que se sintiera mareado.

—Creo que debería irme —dijo Eve de pronto, y Jake se preguntó si le habría leído la mente—. Gracias por… escucharme. Y tienes razón. Probablemente me he excedido en mi reacción con Harry. Debo decir en su defensa que hasta ahora jamás había hecho nada para disgustarme.

—No recuerdo haber dicho que tu reacción hubiera sido excesiva —dijo Jake, apretando los puños—. Y no sé lo que te ha dicho ese miserable porque no me lo quieres decir.

—Carece de importancia —Eve dio un significativo paso atrás y Jake alzó automáticamente las manos para impedir que se fuera.

—Pero te ha hecho llorar —le recordó y, antes de darse cuenta de lo que hacía, apoyó las manos en su cintura.

Jake no supo quién se sintió más conmocionado, si él o ella. No pretendía tocarla; a fin de cuentas, Eve acababa de dejarle bien claro que no le gustaba que la tocaran. Pero en cuanto sintió bajo sus manos la calidez que emanaba de su cuerpo, toda capacidad de raciocinio abandonó su mente.

—No... —murmuró Eve, y Jake pensó en la inutilidad de su protesta.

En su afán por evitarlo, Eve había empezado a respirar agitadamente y las cimas de sus pechos se hicieron palpables a través de su fino jersey. Jake pensó que era irresistible. Irresistible y accesible. Y, abandonando cualquier intento de hacerse el héroe, inclinó la cabeza y la besó.

Sabía a cielo. Su boca era cálida y deliciosamente vulnerable y, aunque ella no lo tocó, Jake no pudo ignorar el hecho de que sus pechos acabaron presionados contra el suyo. No era la reacción que esperaba. Debía admitir que había imaginado que pelearía pero, aparte de sentir que estaba un tanto rígida, había aceptado su beso sin especial resistencia.

Aquello hizo que se sintiera más lanzado y se animó a deslizar la lengua entre sus dientes para profundizar el beso. Pero de pronto empezó a sentirse mareado y comprendió que aún estaba muy débil a causa de la gripe. De hecho, empezaba a tambalearse, y pensó que, si Eve se hubiera enfrentado a él en aquellos momentos, no habría tenido ninguna oportunidad.

Pero su humillación llegó rápida y devastadora. Cuando pensó en ello más tarde supo que debería haberse dado cuenta de que nada era nunca tan fácil. Eve no se estaba mostrando complaciente; simplemente se estaba tomando su tiempo. En cuanto él mostró su debilidad, se dispuso a atacar.

Y habría tenido éxito si, a causa de su aturdimiento, Jake no hubiera elegido el mismo momento en que ella alzó la rodilla con fuerza entre sus piernas para apartarse. Afortunadamente, la rodilla se limitó a rozar su objetivo, pero bastó para lanzarlo tambaleándose hacia atrás.

Más tarde, Jake recordó que gimió, más debido a la pesadez de sus pulmones que al éxito del ataque de Eve. A pesar de todo, ésta pareció pensar que había logrado su objetivo y, tras recoger su abrigo, abrió la puerta y salió a toda prisa del cuarto de estar.

Capítulo 8

NADA más despertar, Eve vio que la luz se filtraba a través de las cortinas de su cuarto. Al mirar el reloj de la mesilla de noche y ver que eran casi las diez se puso en pie de un salto.

¡Las diez!, pensó, horrorizada. ¡Ya llegaba tarde al colegio!

Tras tomar una rápida ducha y vestirse a toda prisa bajó a la cocina y le dijo a la sorprendida señora Blackwood que no iba a tener tiempo de desayunar.

—Pero el señor Romero dijo que te dejáramos dormir —protestó la cocinera.

—¿Dónde está Jake? —preguntó Eve débilmente, esperando no tener que verlo antes de salir para el colegio.

La señora Blackwood pareció sorprendida.

—Suponía que os habríais despedido ayer. Se ha ido hacia las ocho y media.

—¿Se ha ido? —repitió Eve, confundida—. ¿Qué quieres decir?

—Ha regresado a Londres —le informó la cocinera con evidente pesar—. Le he dicho que no creía que estuviera en condiciones de conducir todo ese trecho, pero él ha insistido en que tenía que irse. Debe de haber recibido una llamada en su móvil, tal vez de Cassie... Pero, sea lo que sea, no es asunto mío.

Eve sintió una repentina depresión.

—Será mejor que vaya a decírselo a Ellie.

—Ya lo sabe. El señor Romero ha hablado con ella un momento antes de irse —

la señora Blackwood hizo una mueca—. No le ha parecido mejor que a mí que se fuera, pero, ¿qué podía hacer? Jake estaba empeñado en irse.

Los hombros de Eve se hundieron visiblemente.

—Comprendo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la cocinera con expresión preocupada—.

Estás muy pálida. ¿Seguro que no tienes lo mismo que el señor Romero?

—Estoy bien. Sólo un poco cansada.

—Deberías cuidarte más —protestó la señora Blackwood—, y no me parece bien que te vayas al colegio sin desayunar.

—Tomaré un café en el colegio —dijo Eve mientras se encaminaba hacia la puerta—. Hasta luego.

Mientras caminaba hacia la escuela no pudo evitar pensar en Jake y en lo sucedido la tarde anterior. A pesar de que la habría avergonzado profundamente volver a verlo, en el fondo le habría gustado poder hablar con él para asegurarse de que no le había hecho

daño.

Pero no entendía cómo podía sentirse así. Comparado con el de Jake, el comportamiento de Harry había sido casi totalmente inocente, de manera que, ¿por qué le preocupaba haberle hecho daño? Si de verdad le había molestado que Jake la hubiera tocado, no debería sentirse tan deprimida ante la perspectiva de no volver a verlo nunca.

Pero en el fondo sabía que, por primera vez en su vida, estaba experimentando unos sentimientos que apenas sabía que existían. Y lo cierto era que, si Jake no hubiera dado muestras de lo débil que estaba, de lo fácil que habría sido hacerle daño, tal vez habría cedido.

¿Pero a qué habría cedido? Después de haber pasado todos aquellos años manteniendo a los hombres a raya, apenas sabía nada sobre el sexo consentido, sobre las relaciones consentidas. En el fondo, debía alegrarse de que Jake se hubiera ido antes de que sucediera algo irreparable.

Pero aquello no le impidió seguir pensando en él durante el resto del día... y durante los días y noches que siguieron.

El recuerdo de lo que había sentido cuando Jake la había besado la persiguió sin cesar y, por muy racional que se sintiera durante las horas del día, su subconsciente no dejaba de recordarle el sensual roce de sus cuerpos, la calidez de sus labios unidos...

Jake fue a pasar las navidades con su familia. Solo.

Desde su regreso a Londres a finales de noviembre había logrado evitar cualquier encuentro íntimo con Cassandra. No tenía una explicación racional para la repentina aversión que sentía hacia su compañía. Era cierto que no le había gustado nada ver cómo trataba a su madre, pero hasta entonces no había considerado las lealtades familiares un prerrequisito en una novia. Su fracasado primer matrimonio le había enseñado que las familias podían ser tanto una bendición como una maldición, y desde entonces había evitado cualquier intento de introducir aquella clase de complicación en sus relaciones.

Pero lo que no había podido evitar había sido pensar en Eve, en cómo habría pasado las vacaciones bajo el frío e inhóspito clima británico con tan sólo dos ancianas por compañía.

Y también había pensado en Harry Murray. Probablemente, Eve pensaría que éste era un santo después de cómo se había comportado él.

Después de sus cortas vacaciones, cuando llegó al hotel en que se hospedaba, encontró un montón de mensajes de Cassandra, pero decidió no leerlos hasta después de haber dormido un buen rato. A pesar de que ya era media mañana, tomó una ducha, corrió las cortinas y se acostó.

Se quedó dormido de inmediato... y no le hizo precisamente mucha

gracia que el teléfono se pusiera a sonar menos de una hora después.

—¿Hmm? —murmuró adormecido tras descolgar el auricular.

—Jake? ¿Querido? ¿Eres tú?

Jake frunció el ceño al escuchar a Cassandra y se dejó caer de nuevo sobre las almohadas. Debería haberle dicho a la recepcionista que no le pasara ninguna llamada hasta el día siguiente.

—Cassandra... Iba a llamarte más tarde, cuando me despertara.

—¿Estás en la cama? ¡Pero si son las once y media de la mañana?

—En San Felipe son las cinco de la mañana —dijo Jake, tratando de contener su irritación—. Acabo de volver.

—Oh, sí. Lo sé. La recepcionista me dijo que esperaba que volvieras hoy.

—¿En serio? —Jake decidió tener unas palabras con la recepcionista en cuanto.

surgiera la oportunidad.

—Sí. Supongo que se apiadó de mí. Llevo días tratando de localizarte. Creía que habías dicho que volverías el día dos.

—Tuve que retrasar el vuelo.

—Comprendo —Cassandra pareció dudar un momento—. Entonces... ¿estás ahora mismo en la cama?

—Acabo de decírtelo.

—¿Quieres que vaya a verte? Podría darte un buen masaje para que te recuperes del...

—¿Para qué me has llamado, Cassandra? —interrumpió Jake—. No creo que lo hayas hecho para decirme lo buena que eres dando masajes.

—Mamá ha sufrido un ataque de apoplejía —dijo Cassandra—. Sucedió en Nochebuena... ¿puedes creerlo? Te lo habría dicho antes, pero estabas de viaje y tenías el móvil desconectado...

Jake se quedó anonadado. Apenas podía creer que la batalladora anciana hubiera sufrido un ataque. Parecía tan dura, tan indomable... ¿Y cómo se sentiría Eve? Había notado el auténtico afecto que sentía por ella.

—¿Cómo está ahora? —preguntó, repentinamente despejado—. Supongo que habrás ido a verla, ¿no?

—No —dijo Cassandra tras un momento de indecisión—. Habría hecho el viaje si hubiera sido necesario, pero va a recuperarse. No se ha quedado paralizada ni nada parecido.

—No puedo creer que no hayas ido a verla —dijo Jake, consternado—. Ese tipo de ataques pueden ser fatales, Cassandra.

—Lo sé. Pero a fin de cuentas ya cuenta con Eve, ¿no? —dijo Cassandra a la defensiva.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que a Eve le habría venido bien contar con tu apoyo?

—Eve no necesita mi apoyo.
—Supongo que te refieres a que nunca se lo has ofrecido.
—¿Qué quieres decir con eso? —Cassandra no ocultó su irritación —. ¿Qué te ha contado?
—Eve no me ha contado nada. Simplemente creo que es mucho esperar de una chica que apenas acaba de salir de la adolescencia y que tan sólo tiene una relación indirecta con tu madre.
—¡Oh! —murmuró Cassandra, y Jake creyó percibir cierto matiz de alivio en su tono—. Puede que tengas razón. Pero no es tan joven como crees. Tiene veinticinco años.
—Sigue siendo muy joven —dijo Jake y, para no despertar las sospechas de Cassandra, añadió rápidamente—: ¿La señora Robertson está en el hospital de Newcastle?
—No está en el hospital. Está en casa.
—¿Y quién la está cuidando?
—Supongo que Eve y la señora Blackwood. Eve ha pedido permiso en el colegio para poder estar en casa —dijo Cassandra sin ocultar su impaciencia—. En cualquier caso, ¿cuándo voy a verte?
—Ya te llamaré. Acabo de volver de San Felipe y voy a estar bastante ocupado.
—Oh. Así que no quieres escuchar mis noticias…
Jake reprimió un suspiro.
—Creía que acababa de escucharlas.
—No —dijo Cassandra, dolida—. Me refiero a «mis» noticias. A mi papel en la serie —al ver que Jake no decía nada, continuó en tono resentido—: Pensaba que te agradaría saber que los productores están encantados con mi interpretación y que me han ofrecido tres meses más de contrato.
—Eso es estupendo —Jake se preguntó cómo era posible que Cassandra pudiera considerar aquello más importante que la salud de su madre—. De manera que vas a seguir trabajando en Londres en el futuro inmediato, ¿no?
—Sí. ¿No es maravilloso? Así podremos vernos cada vez que estés en la ciudad.
«Seguro que sí», pensó Jake con acritud, sin llegar a comprender realmente por qué le afectaba tanto su patente insensibilidad. No podía negar que se había encariñado con su madre, pero él no era responsable de los defectos de Cassandra.
Pero lo cierto era que por quien estaba realmente preocupado era por Eve, sobre cuyas espaldas había caído toda la responsabilidad de la enfermedad de la anciana. Y
fue por ella por lo que decidió ponerse a reorganizar su agenda para poder volar cuanto antes a Northumberland.

Capítulo 9

YA era tarde cuando Jake llegó a Watersmeet. Había logrado conseguir un billete para primera hora de la tarde, pero no había sido fácil conseguir un coche de alquiler y ya eran las seis cuando llamó a la puerta de la casa de la señora Robertson.

Jake miró con cautela al desconocido que abrió tras su llamada.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarlo?

—Mi nombre es Jake Romero. Soy un amigo de... —Jake estuvo a punto de decir

«de la familia», pero no le pareció adecuado—... de la hija de la señora Robertson.

El hombre no pareció impresionado.

—Cassie no está aquí.

—Eso ya lo sé...

—¿Quién es, Adam?

Jake oyó la voz de Eve antes de verla, y se sorprendió de la emoción y la aprensión que sintió. No tenía idea de cómo iba a reaccionar al verlo.

En cuanto la vio pensó que parecía especialmente cansada. Era evidente que no había dormido bien últimamente, sin duda a causa de la preocupación que le habría producido el ataque sufrido por la señora Robertson... no como Cassie.

—¡Jake! —exclamó ella con expresión incrédula al verlo—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Ha venido Cassie contigo?

—No...

El otro hombre intervino sin dar tiempo a que Jake se explicara.

—¿Lo conoces? —preguntó, volviéndose hacia Eve—. Le estaba diciendo que Cassie no está aquí.

—Eso ya lo sé —repitió Jake con toda la calma que pudo—. ¿Puedo pasar?

Eve miró al hombre y se apartó a un lado.

—Claro —dijo con muy poco entusiasmo—. ¿Te ha enviado Cassie?

—No —Jake pasó al interior ignorando la suspicaz mirada de Adam—. ¿Cómo está la señora Robertson?

Eve pareció sorprendida.

—¿Sabías que ha tenido un ataque?

Jake suspiró.

—Obviamente.

—Entonces, ¿sí te ha enviado Cassie?

—No.

—¿Y sabe que estás aquí?

—Tampoco.

—Entonces, ¿cómo...?

—He hablado con Cassandra y me lo ha contado. Eso es todo.

Eve parecía estar teniendo dificultades para asimilar aquello y Adam decidió que merecía saber lo que estaba pasando.

—¿Quién es este hombre, Eve? Pensaba que había dicho que era amigo de Cassie.

—Lo es.

Eve no podía culpar a Adam por sentirse confuso. Ella misma estaba teniendo dificultades para asimilar la llegada de Jake, y le resultaba difícil ser objetiva cuando el mero hecho de verlo había hecho que toda su cuidadosamente conquistada indiferencia se viniera abajo.

Tenía una aspecto magnífico con aquel abrigo de cachemira abierto sobre unos pantalones negros, un jersey a juego y botas negras. Le habría encantado poder decirle cuánto se alegraba de verlo, pero no podía hacerlo, por supuesto. Aparte de que Adam estaba observándolos, Jake seguía siendo propiedad de Cassie.

—Si es amigo de Cassie y dice que sabe que Cassie no estaba aquí, ¿a qué ha venido?

—Puede dirigirse directamente a mí —dijo Jake con toda la amabilidad que pudo. Después volvió a mirar a Eve—. ¿Cómo está la señora Robertson? Aún no me has contestado.

—Mi madre está bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias —contestó Adam por ella, y Jake sintió un absurdo alivio al comprender que no era un admirador de Eve sino el hermano de Cassandra—. ¿Pero eso a usted qué más le da?

—Adam, no comprendes...

—Pasé aquí unos días en noviembre —interrumpió Jake—. Con Cassandra.

Entonces conocí a su madre. Me cayó muy bien y cuando Cassandra me dijo que...

—¿Quién?

—Cassandra —repitió Jake pacientemente—. Cuando me dijo que su madre había sufrido un ataque de apoplejía me preocupé.

—No como Cassie —dijo Adam, tenso—. Ese es su verdadero nombre, por cierto. Cassandra es sólo el sobrenombre que utiliza cuando actúa.

—Adam...

Eve trató de intervenir de nuevo, pero Adam no se lo permitió.

—Sigo sin entenderlo —dijo, mirándola de reojo—. ¿Pasa algo de lo que debería estar enterado?

—¡No! —exclamó Eve con énfasis. A continuación, tratando de recuperar la compostura, añadió—. ¿Por qué no pasamos a la biblioteca? Hará más calor que aquí y así podremos ofrecer una

bebida a Jake.

Adam se encogió de hombros sin protestar, algo que impresionó a Jake. Al parecer, la opinión de Eve tenía más peso en aquella casa del que imaginaba.

Al entrar en la biblioteca no pudo evitar recordar la escena que tuvo lugar cuando cometió el imperdonable error de besar a Eve. Había creído que podría consolarla… y había acabado con su hombría por los suelos.

—¿Te apetece un whisky? —dijo Eve desde el mueble bar.

Jake le dedicó una sonrisa de ánimo.

—Sí, gracias —dijo, pero al recordar que tenía que conducir, añadió—: Sólo un poco, por favor. Con hielo, si tienes.

Adam soltó un bufido.

—¿A quién se le ocurre estropear un buen escocés con hielo?

—A mí —replicó Jake, decidido a no dejarse afectar—. ¿Vive en el pueblo, señor Robertson?

—No. Tengo una granja en el valle. ¿No se lo ha contado Cassie?

Lo cierto era que Cassandra había contado muy pocas cosas a Jake sobre su familia, aunque era posible que hubiera mencionado que tenía un hermano en la zona.

—¿Has venido conduciendo? —preguntó Eve, con la evidente intención de calmar las cosas.

—No. He venido en avión y he alquilado un coche en el aeropuerto.

—¿Para venir aquí? —pregunto Adam desagradablemente—. ¡Qué detalle!

Jake empezaba a tener dificultades para contenerse, sobre todo viendo la agotada expresión de Eve, que sin duda había cargado con toda la responsabilidad de la enfermedad de la señora Robertson.

—Ellie se alegrará de verte —dijo Eve precipitadamente—. Está prácticamente confinada en su habitación desde que cayó enferma. Seguro que le encantará ver un rostro nuevo.

—Y muy atractivo —añadió Adam en torno sarcástico.

Pero Jake ya había tenido suficiente.

—¿Le causa algún problema que esté aquí, señor Robertson? —preguntó, ignorando el intento de Eve de intervenir—. Mantente al margen de esto —dijo sin apartar la mirada del otro hombre—. ¿Y bien? ¿Se lo causa, o no?

—No es eso —bufó Adam.

—¿De qué se trata entonces? Que yo sepa, usted no es dueño de esta casa, de manera que no es asunto suyo decidir quién pueda o no estar en ella, ¿no?

—Tampoco es ella quien puede decidirlo —replicó Adam a la vez que señalaba a Eve.

Pero Jake ya sabía que aquella no era la casa de Eve. Ella sólo trabajaba allí. A pesar de que Cassandra había dicho que era pariente lejana, era evidente que la trataban más como a una criada que como a un miembro de la familia.

—Eso ya lo sabe, Adam —dijo Eve mientras entregaba un vaso con whisky a Jake—. Además, ¿qué te pasa? Jake es un invitado, no un intruso. Y, te guste o no, le cae bien a Ellie.

—Si tú lo dices —murmuró Adam.

—Sí lo digo —Eve le entregó otro vaso—. Y ahora toma un poco de whisky y deja de comportarte como un idiota.

—¿A quién estás llamando idiota? —preguntó Adam, indignado, pero Jake se sorprendió al ver una reacia sonrisa en la comisura de sus labios. Después se volvió hacia él y añadió—: Lo siento, pero los admiradores de Cass suelen darme mala espina en general.

Jake se quedó desconcertado. No esperaba aquellas disculpas, y supuso que debería estar agradecido a Eve por haber arreglado la situación. Pero ya estaba lanzado y no pudo contenerse.

—Supongo que no han pasado una época precisamente agradable con la enfermedad de Ellie. Desde luego, Eve tiene aspecto de haber soportado casi toda la carga.

—¡Jake! —exclamó Eve.

—Tengo una granja de la que ocuparme, señor Romero —dijo Adam—. Ciento cincuenta acres que cuidar y doscientas vacas que ordeñar a diario. Eso no me deja tiempo para casi nada más.

—En ese caso, tal vez debería haberse tomado la molestia de contratar a una enfermera para que se ocupara de su madre —replicó Jake—. Eve no es una sirvienta.

—Eso ya lo sé —Adam volvió a subir el tono de voz—. Además, ¿qué más le da eso? Eve ya es mayorcita como para protestar por...

—¿Queréis dejar de hablar como si no estuviera aquí? —interrumpió Eve—. No me ha importado nada tener que ocuparme de Ellie, Jake, y Adam habría contratado a una enfermera si se lo hubiera pedido. De hecho, va a llevarse a Ellie a su casa en la granja un par de semanas para que yo pueda descansar un poco. La esposa de Adam trabajó de enfermera y podrá ocuparse de ella a la perfección. ¿Satisfecho?

—Supongo que sí —dijo Jake, reacio.

—Bien.

Eve tomó un sorbo del refresco que se había servido esperando que su intervención hubiera servido para calmar las cosas. Pero lo cierto era que aún no sabía realmente por qué estaba Jake allí.

—Voy a despedirme de mi madre antes de irme —dijo Adam de pronto mientras se levantaba para dejar su vaso. Luego se volvió hacia Jake—. ¿Por qué no sube conmigo a verla? Como ha dicho Eve,

probablemente se alegrará de tener alguien distinto con quien hablar.

Jake sólo dudó un momento. A pesar de que estaba deseando que Adam se fuera para poder hablar a solas con Eve, no podía ignorar la rama de olivo que le estaban ofreciendo.

—Gracias. Me gustaría verla.

Eve suspiró de alivio cuando Jake y Adam desaparecieron por la puerta.

Esperaba que la paz entre ellos durara al menos un rato.

Probablemente era cierto que Jake había acudido allí con la mera intención de asegurarse de que Ellie estaba bien después de su ataque, pero, en cualquier caso, ella no podía permitirse ningún momento de debilidad. No podía permitir que un momento de locura se convirtiera en algo aún más destructivo, decidió mientras recogía los vasos para llevarlos a la cocina.

Cuando regresó a la biblioteca Jake aún no había bajado y decidió acudir un rato al establo a ver a Storm Dancer. Le gustaba acudir allí para estar un rato con la solitaria yegua, y en aquella ocasión lo hizo además con la esperanza de que Jake captara el mensaje y se fuera antes de que ella regresara a la casa.

Llevaba ya unos quince minutos sentada sobre un fardo de paja junto a la casilla de la yegua cuando oyó que se abría la puerta del establo. Un instante después Jake aparecía ante su vista. Estuvo a punto de levantarse, pero él se lo impidió con un gesto de la mano.

—Quédate donde estás —dijo mientras se acercaba—. Este es un lugar tan bueno como cualquier otro para hablar.

Eve se movió inquieta en su improvisado asiento.

—Debería volver a casa.

—¿Porqué?

Eve puso la primera excusa que se le vino a la cabeza.

—Tengo frío. Llevo demasiado tiempo aquí sentada.

—Eso ya lo he notado —Jake se sentó a su lado, se quitó el abrigo y lo echó por encima de los hombros de Eve—. He estado esperando un buen rato a que regresaras.

Eve se estremeció, pero no a causa del frío.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

—La señora Blackwood me ha dicho que probablemente te encontraría aquí.

—Pensaba que te irías en cuanto hubieras hablado con Ellie. Después de cómo te ha tratado Adam, suponía que querrías alejarte de aquí lo antes posible.

—¿Por eso has venido aquí? ¿Para evitar volver a verme?

—No —mintió Eve—. ¿Por qué piensas eso?

—Sabes muy bien por qué —tras una pausa, Jake carraspeó y añadió—: Supongo que debería disculparme. No tenía derecho a

intentar besarte.

Eve sintió que la garganta se le cerraba a causa de la emoción.

—No debería haber reaccionado como lo hice —después, con una nerviosa mirada de reojo, añadió—. ¿Te hice daño?

—Si dijera que sí, ¿qué harías al respecto? —preguntó él con una sonrisa—.

¿Besarme para que se me pasara?

Intensamente ruborizada, Eve trató de levantarse, pero Jake se lo impidió apoyando una mano en su rodilla.

—Lo siento. No debería haber dicho eso. ¿Me disculpas? —notó que la rodilla de Eve temblaba bajo su mano y maldijo su estupidez. Ya había adivinado que algún hombre le había hecho daño en algún momento de su vida, y si quería volver a verla, más le valía dejar de hacer tonterías—. ¿Qué te parece si dejamos atrás el pasado y empezamos de nuevo?

—¡No hay nada que empezar de nuevo, Jake! —exclamó Eve—. Creo que me estás confundiendo con Cassandra.

—Eso no es cierto. Apenas he pensado en otra cosa que en ti desde que me fui de aquí.

—Supongo que estás bromeando, ¿no?

—Es la pura verdad.

—Sí, claro —replicó Eve en tono sarcástico—. ¿Y se supone que tengo que creer que mientras hacías el amor con Cassandra pensabas en mí?

—No me he acostado con Cassandra —espetó Jake, resentido por su sarcasmo

—. ¿Qué clase de miserable crees que soy?

—No tengo ninguna opinión al respecto. A fin de cuentas, apenas te conozco.

—Eso podemos remediarlo —a pesar de sus intenciones de ir despacio, Jake se permitió acariciar delicadamente la rodilla de Eve—. Quiero hacerlo.

—Pero yo no —dijo Eve, aunque no fuera cierto. La cercanía de Jake estaba ejerciendo un efecto sin precedentes en sus sentidos y, aunque quería retirarle la mano, la curiosidad, y una innegable tentación, le impidieron hacerlo.

Jake se inclinó hacia ella y susurró junto a su oído.

—¿De verdad?

—¡Jake! —protestó Eve, pero cuando se volvió se encontró con su rostro frente a frente.

Y entonces sucedió algo en su interior... algo que le hizo seguir mirándolo a pesar de saber que no debería hacerlo. Pero Jake tenía un rostro tan atractivo y masculino, y una boca tan sensual...

Cuando él alzó una mano y deslizó los nudillos con delicadeza por

su mejilla, el temblor que Eve sentía en su interior se transformó en un auténtico terremoto. Su respiración se volvió más agitada y sintió que el corazón le latía en los oídos.

Cuando Jake deslizó el pulgar por sus labios, los entreabrió y su lengua salió instintivamente a buscarlo. Su sabor era tan atractivo como él, pensó. Como intuyendo su sumisión, Jake presionó su dedo para hacerle separar más los labios y,

¡que el cielo la perdonara!, Eve rodeó su pulgar con la lengua y lo atrajo al interior de su boca.

La mirada de Jake se oscureció de un modo tan tentador, que tuvo que cerrar los ojos. Necesitaba tocarlo y, sin pensarlo, alzó las manos para apoyarlas contra su pecho. El calor de su piel atravesó el jersey que llevaba puesto, una prenda que de pronto se convirtió en un molesto obstáculo.

—Cuánto te deseo... —murmuró Jake con voz ronca, y la mirada que le dedicó Eve le hizo saber que quería que siguiera.

Deslizó una mano tras su nuca para atraerla hacia sí y besarla. El beso fue duro y deliberado, un beso con el que quería dar además de tomar, como si tuviera miedo de que ella fuera a huir antes de que hubiera acabado.

Pero Eve no huyó. No podía. El fuego del beso había quemado cualquier posible resistencia, algo que se evidenció en cómo separó instintivamente las piernas.

Apenas era consciente de nada excepto de las necesidades de Jake, de su calor, de la presión de su lengua para penetrar en su boca.

La besó una y otra vez mientras la tumbaba de espaldas sobre el fardo de heno a la vez que colocaba un muslo entre sus piernas, haciéndola consciente de su excitación. Al sentir la palpitación de su poderoso miembro, Eve se estremeció de deseo.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo llevo deseando hacer esto? —preguntó él mientras apartaba los labios un momento para besarla en el cuello—. Sabía que eras preciosa... y lo eres.

—No soy... preciosa —protestó ella, pero Jake ya no la estaba escuchando.

Había apartado las solapas de su jersey para dejar expuesta la camiseta que llevaba debajo y parecía en trance contemplando la generosa curva de sus pechos. Un instante después introdujo las manos bajo la camiseta para desabrocharle el sujetador.

Eve sintió que la cabeza le daba vueltas cuando las manos de Jake capturaron sus pechos. Cuando éste le acarició los sensibles pezones con los pulgares, se arqueó hacia él, impulsada por un deseo ya incontrolable. Se sentía viva, seductora, deseable y, aferrando el rostro de Jake entre sus manos, lo atrajo hacia sí para besarlo.

—Tranquila, pequeña —murmuró él contra sus labios.

Eve tembló. ¿Cómo iba a estar tranquila si todo aquello era tan nuevo para ella, tan excitante, tan diferente a todo lo que había experimentado hasta entonces?

—Tenemos toda la noche —murmuró Jake mientras deslizaba una mano entre sus piernas—. Nadie va a interrumpirnos...

«Nadie», pensó Eve, aturdida. Nadie... ni siquiera Cassie. Cassie...

Pensar en Cassie le hizo recordar quién era Jake y cómo lo había conocido.

¡Cielo santo! ¿Cómo podía estar permitiendo que sucediera aquello? ¿Tan desconcertada estaba por el descubrimiento de su propia sensualidad, que estaba dispuesta a hacer el amor con un hombre que, según había admitido, aún estaba viendo a Cassie y que por tanto estaba prohibido para ella?

Jake había inclinado la cabeza y estaba a punto de tomar uno de los pezones de Eve en su boca cuando ella se apartó.

—¡No! —exclamó, y el pánico de su voz resonó cercano a la histeria—. No. No, no puedes. No comprendes —añadió mientras se erguía y cerraba precipitadamente las solapas de su jersey—. No podemos hacer esto. No puedo hacerlo. No estaría bien.

Jake se quedó mirándola un momento. A pesar de que estaba obviamente excitado, su voz sonó anormalmente tranquila cuando dijo.

—Es por Cassandra, ¿no? Crees que debido a que ella nos presentó...

—No, no es eso...

—Entonces, ¿de qué se trata? —preguntó Jake en un tono más duro. Su paciencia no era infinita—. Ya te he dicho que no estoy interesado en Cassandra. Sé que es pariente tuya, pero eso no tiene remedio. Lo superará.

—¡No! No lo superará.

Por el tono de pánico de Eve, Jake comprendió que sentía algo más que mera ansiedad.

—¿Por qué te preocupa tanto lo que pueda pensar? A fin de cuentas, Cassandra no es tu guardiana, ¿no?

—Es mi madre —dijo Eve, con la respiración agitada a causa de la emoción—.

¿Comprendes ahora por qué no podemos seguir adelante? ¡Es mi madre!

Capítulo 10

JAKE condujo a Londres de un humor de perros. Se fue sin volver a ver a Eve y llegó a su hotel a primeras horas de la mañana. Sabía que tendría que pagar algún tipo de multa por haberse llevado el coche de alquiler hasta allí, pero le daba igual.

Estaba enfadado... y destrozado. No podía creer que se hubiera obsesionado con la hija de Cassandra. ¡La hija de Cassandra! No era de extrañar que no hubiera rastro de cariño entre ellas.

Ni entre Cassandra y su madre, pensó recordando la conversación que había tenido con la anciana antes de irse. ¿Con qué clase de monstruo había estado tratando? ¿Qué clase de mujer era capaz de abandonar a su hija sin ni siquiera decir a su madre que había tenido una hija?

Se lo había contado la señora Robertson, por supuesto. Eve no le había dicho nada. Tras soltarle aquella bomba, no se había quedado para responder a sus preguntas.

Jake aún no entendía por qué no le había dicho antes que era la hija de Cassandra, aunque podía imaginarlo. Era evidente que Cassandra nunca había reconocido a su propia hija y que, por algún motivo, Eve estaba dispuesta a seguirle la corriente hasta el punto de que le había permitido pensar que sólo estaba allí a causa de la benevolencia de la señora Robertson.

Jake apretó los dientes. ¡La mujer a la que Eve llamaba Ellie era su abuela! ¿De quién habría sido la idea de ocultar su relación?

Se negaba a pensar en ello en aquellos momentos cuando no podía hacer nada al respecto, pero tenía intención de ir a ver a Cassandra a primera hora de la mañana para que le contara su versión de la historia.

Además, después del viaje y de no haber dormido apenas la noche anterior, estaba agotado, y más le valía dormir un rato si quería tener la mente despejada.

Pero, a pesar del cansancio, le costó dormirse, pues no lograba apartar de su mente lo sucedido. Finalmente logró conciliar el sueño y, cuando volvió a abrir los ojos, ya había amanecido.

Se duchó y vistió rápidamente, desayuno varios cafés acompañados de un par de tostadas y salió del hotel tras pedir que se ocuparan de devolver el coche de alquiler al aeropuerto de Newcastle.

Aún eran las nueve de la mañana cuando tomó un taxi y dio al conductor las señas del apartamento de Cassie. Había llamado para cerciorarse de que estaba, pero había colgado en cuanto había escuchado su voz. Quería ver su expresión cuando tratara de explicarle por qué había vendido a su propia hija a unos desconocidos en cuanto había dado a luz.

Cassandra abrió la puerta a la tercera llamada, y Jake se sorprendió cuando vio que se volvía a mirar con expresión culpable por encima de su hombro.

—¡Jake! —exclamó en voz baja a la vez que entrecerraba la puerta —. ¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar. ¿Puedo pasar?

Cassandra volvió a mirar nerviosamente por encima de su hombro.

—No podemos hablar ahora, cariño. Me he acostado a las dos de la madrugada y estoy agotada. Ayer hubo una fiesta en el estudio y...

—No me importa dónde hayas estado ni con quién —dijo Jake a la vez que apoyaba una mano en la puerta y empujaba para abrirla—. Vamos a hablar, Cassandra... ¿o debería llamarte Cassie? Así es como te llama tu hija, ¿no?

Cassandra se quedó boquiabierta y no hizo nada por impedir que Jake entrara en el apartamento. Pero cuando se recuperó hizo un intento inútil de obstruirle el paso.

—No puedes entrar ahora. No... no estoy sola.

—¿Te da la impresión de que me importa? —dijo Jake mientras la apartaba de su camino con un mínimo de esfuerzo.

—¡No tienes derecho a entrar aquí a la fuerza! —exclamó Cassandra mientras se agachaba a recoger lo que parecía la camisa de un hombre y la guardaba rápidamente tras un cojín del sofá—. Esto no tiene gracia, Jake. Yo nunca he entrado en la habitación de tu hotel de ese modo...

—Pero yo he sido invitado aquí en muchas ocasiones —dijo él en tono despreocupado—. Digamos que por fin he aceptado tu invitación.

Cassandra volvió a mirar con expresión nerviosa la puerta del dormitorio.

—Quiero que te vayas.

—¿Y por qué iba a irme con lo acogedor que resulta tu apartamento? —

preguntó Jake mientras se sentaba tranquilamente en el sofá.

—¿Qué es lo que quieres? —espetó Cassandra sin ocultar su irritación.

—Eso está mejor —dijo Jake en tono complaciente—. ¿Por qué no te sientas y te lo cuento?

—No quiero sentarme. Dentro de una hora tengo que estar en el estudio.

—Eso nos da tiempo suficiente. Así que... ¿por qué no me hablas de tu hija?

Cassandra tragó con evidente esfuerzo.

—No tengo una hija.

—Mentirosa.

—No sé de donde te has sacado esa ridícula historia, pero...

—De tu hija.

—¿Te lo ha dicho Eve?

La expresión de Jake se endureció.

—¿He dicho yo que se llamaba Eve? —dijo con frialdad.

Cassandra apartó la mirada.

—¿Quién más podría haberte contado una historia tan ridícula?

—Tu madre, por ejemplo.

—¿Mi madre? Vamos, Jake... Ya sabes lo que piensa esa vieja bruja de mí. No puedes creer lo que te cuente...

—Entonces, ¿no es verdad? —preguntó Jake con aparente calma.

—No —respondió Cassandra, pero sin mirarlo—. Claro que no es verdad. Eve tiene veinticinco años. Eso supone que yo habría tenido que ser una adolescente cuando la tuve.

—Tu madre dice que tienes cuarenta y seis años —dijo Jake sin rodeos—. Es suficiente edad como para que tengas una hija de veinticinco años.

—¡No tengo cuarenta y seis!

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿el certificado de nacimiento que me enseñó tu madre es una falsificación?

—¿Qué certificado de nacimiento? —Cassandra entrecerró los ojos —. ¿Me estás diciendo que has estado en Watersmeet? ¿Sin mi permiso?

—No sabía que necesitaba tu permiso para visitar a una anciana enferma —dijo Jake con aspereza—. Así que, ¿es falso o no el certificado?

Cassandra dudó

—¿De quién era el certificado?

—Tuyo no, desde luego —dijo Jake en tono mordaz—. 0 sea que, según tú, tenías trece años en la época en que nació Eve. ¿Y crees que voy a creerme que con esa edad vivías y trabajabas en Londres?

—No creo que eso tenga nada que ver contigo —dijo Cassandra con amargura

—. Será mejor que te vayas.

—Quiero escuchar la historia completa de tus labios —dijo Jake con aspereza—.

Quiero saber cómo fuiste capaz de abandonar a tu hija al cuidado de unas personas de las que no sabías nada.

—¡No la abandoné! —exclamó Cassandra a la defensiva, aunque parecía haber decidido que ya no tenía sentido seguir mintiendo—. Lo cierto es que los Fulton fueron muy buenos conmigo. De no ser por ellos me habría visto en la calle.

—Pero en realidad no sabías nada de ellos. ¡Los conociste en un

pub, cielo santo!

—Sí, bueno... —Cassandra se encogió de hombros—. Podría haber abortado...

—¿Y ellos te persuadieron para que no abortaras?

—Estaba muy preocupada y dijeron que me ayudarían.

—¿Dónde estaba el padre de la niña? —preguntó Jake sin ocultar su desprecio.

—No quería saber nada al respecto. No volví a verlo después de decirle que estaba embarazada.

—Según las averiguaciones que hizo tu madre después de descubrir que tenía una nieta, le dijiste al funcionario del Registro que no sabías quién era el padre.

Cassandra se puso pálida.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Tenía que decir algo.

—¿Por qué no le dijiste a tu madre que estabas embarazada?

—¿Bromeas? ¿No imaginas lo que habría pasado si lo hubiera hecho?

—Tu madre dice que le habría gustado que volvieras a casa a tener el bebé.

—Sí, claro —dijo Cassandra en tono despectivo—. Me había pasado la vida deseando huir de Falconbridge. ¿De verdad crees que habría renunciado a todo lo que me había esforzado por conseguir durante cuatro años para volver a casa de mi madre porque había sido lo suficientemente estúpida como para quedarme embarazada? No, gracias.

—¡Ni siquiera le dijiste a tu madre que estabas embarazada!

—¿Cómo iba a decírselo? Habría insistido en que me quedara con la niña.

—¿Y tan malo habría sido eso?

—¿Bromeas? Hace veinticinco años las cosas no eran como ahora. Una madre soltera podía llegar a tener verdaderas dificultades sociales y económicas.

—Así que vendiste a tu bebé.

—No... no la vendí exactamente.

—¿No? ¿Y cómo llamarías exactamente a lo que hiciste?

—Después de que Eve naciera, los Fulton fueron al cuchitril en que vivía y sugirieron que podían ocuparse de ella. Llevaban años tratando de tener un hijo, pero no lo conseguían. Dijeron que le darían un buen hogar... y me ofrecieron una generosa cantidad de dinero si aceptaba que se quedaran con ella.

—De manera que la vendiste.

—Si insistes en expresarlo así, de acuerdo, la vendí.

—A un hombre que trató de abusar de ella cuando tenía doce años.

—Al menos según la versión de Eve —dijo Cassandra con evidente

desprecio.

—Huyó en tres ocasiones de la casa. —Muchos niños huyen de su casa.

—Las autoridades sí debieron creerla, porque la pusieron bajo la custodia de los servicios sociales.

—Lo hicieron porque era incontrolable. Después volvió a huir con un chico —

dijo Cassandra con evidente despecho—. Cuando mi madre los encontró, estaban viviendo en una casa ocupada en Islington.

—Eso me contó tu madre —dijo Jake, que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por controlar su ira—. ¿Cómo averiguó tu madre que tenía una nieta?

—¿No te lo ha contado?

—Sí. Pero me gustaría escuchar tu versión. Según tengo entendido, no te mostrarte tan reacia a volver a tu casa cuando pensaste que te estabas muriendo.

—Es realmente cruel que digas algo así —Cassandra volvió a mirar con expresión aprensiva la puerta del dormitorio, casi como si le preocupara más que su visitante averiguara que en otra época le diagnosticaron una enfermedad potencialmente mortal del riñón que el hecho de que hubiera sido capaz de vender su bebé—. Necesitaba ayuda.

—Claro que necesitabas ayuda —dijo Jake con desprecio—. Necesitabas un trasplante. Y como temías que el riñón de tu madre no fuera lo suficientemente bueno tuviste que decirle que en otra época tuviste una hija, pero que no sabías dónde estaba, ¿no?

—¿Por qué me lo preguntas? Pareces tener todas las respuestas.

—Sí —Jake se sentía enfermo. No había el más mínimo matiz de arrepentimiento en la voz de Cassandra—. Pero el riñón de tu madre sí fue lo suficientemente bueno, ¿no? Debiste sentirlo al darte cuenta de que habías hecho tu confesión inútilmente. No sé cómo eres capaz de vivir contigo misma.

La boca de Cassandra se tensó visiblemente.

—¿Qué piensas hacer al respecto? Espero que no pienses contárselo a nadie más.

—¿A quién iba a contárselo? —preguntó Jake en tono desdeñoso.

Cassandra se encogió de hombros.

—No sé. A nadie, supongo.

—Oh, ya caigo. Temes que cuente la historia a la prensa, ¿verdad? Pero no te preocupes, Cassandra. No voy a contar a nadie tu sucio secreto... pero no por hacerte un favor, sino porque hay otras personas implicadas en él.

Cassandra se quedó mirándolo un momento y luego asintió lentamente.

—Por supuesto. Debería haberlo imaginado. No fue la preocupación por la salud de mi madre lo que te llevó de regreso a Northumberland, ¿verdad? Fue por Eve. Mi santa hija —rió con aspereza—. ¡Cielo santo! No eres mejor que yo.

—Claro que lo soy. Puedes estar segura de ello —apenas capaz de controlar su furia, Jake se levantó del sofá—. En lo concerniente a Eve, tú eres su madre, lo que hace que cualquier posible relación entre nosotros sea tabú. Pero eso está bien, porque lo último que necesito es otra mujer como tú en mi vida.

Capítulo 11

EL avión aterrizó en San Felipe a última hora de la tarde. Eve llevaba horas volando, pero no estaba cansada. La excitación que sentía le impedía sentirse cansada. La excitación y la aprensión. Estaba dando un gran paso y, aunque su abuela la había animado a hacerlo, temía que Jake no fuera a alegrarse precisamente de verla.

Habían pasado muchas cosas en poco tiempo, y aún le costaba asimilar que su abuela hubiera decidido vender su casa para irse a vivir a la granja de su hijo Adam.

Este también le había ofrecido a ella su casa, pero Eve había decidido que ya había llegado el momento de independizarse.

Y entonces fue cuando le llegó la carta de las autoridades locales de San Felipe.

Al parecer había una pequeña escuela en la isla y necesitaban una profesora. Le ofrecían el puesto con un periodo de prueba de dos meses. Si al cabo de aquellos dos meses no le interesaba el trabajo, tendría a su disposición un billete de regreso a Inglaterra.

Eve había deducido de inmediato que Jake se hallaba tras aquella oferta. Lo que no entendía era por qué lo había hecho. No le había quedado ninguna duda respecto a su reacción cuando había descubierto que Cassie era su madre, y no le había sorprendido no haber vuelto a tener noticias suyas.

Sin embargo, su abuela no había dejado de animarla para que aceptara el puesto, al menos durante los dos meses de prueba.

—A fin de cuentas, ¿qué tienes que perder? —había dicho Ellie—. El hecho de que fuera lo suficientemente tonto como para implicarse en una relación con Cassie no lo convierte en una mala persona. Es evidente que le gustas, y cuando le dije que ibas a perder tu trabajo, debió preguntarse si te gustaría un cambio. Te mereces esta magnífica oportunidad, Eve, y si no te gusta vivir en las Antillas, siempre puedes volver a casa.

Eve se preguntaba si Ellie se habría mostrado tan dispuesta a enviarla a San Felipe si hubiera estado al tanto de lo sucedido en el establo. Ella no se lo había contado a nadie, por supuesto. De hecho, había ocasiones en que se preguntaba si no lo habría soñado... pero cuando despertaba por las mañanas abrazada a su almohada, empapada en lágrimas, comprendía que ninguna fantasía podría haber generado tal desesperación física.

Pero por imposible que fuera una relación entre ellos, quería volver a ver a Jake para demostrarle al menos que no se parecía nada a su madre.

El avión se detuvo en la terminal del pequeño aeropuerto y Eve y los demás pasajeros se dispusieron a salir.

—Que disfruten de su estancia en San Felipe —dijo la sonriente azafata que los despidió.

—Gracias —respondió Eve, que ya estaba mirando desde las escalerillas a las personas que esperaban en las puertas de entrada.

Pero no vio a nadie conocido, de manera que se echó la mochila al hombro y bajó las escaleras.

Estaba esperando su equipaje cuando alguien la tocó en el hombro.

—¿Señorita Robertson? —preguntó una delicada voz a sus espaldas y, al volverse, Eve se encontró con una atractiva joven de piel morena —. Jake me ha pedido que viniera recogerte. Soy Isabel Rodrigues.

Eve se quedó sorprendida.

—¿Tú eres la señorita Rodrigues? —sabía por la carta que había recibido de las autoridades locales que la directora del colegio se apellidaba Rodrigues, pero no esperaba encontrarse con alguien tan joven... y no pudo evitar preguntarse qué clase de relación mantendría con Jake—. Te agradezco que hayas venido.

—No es nada. ¿Qué tal ha ido el viaje?

—Ha sido largo, pero interesante. Nunca había hecho un viaje tan largo.

—¿Nunca habías estado en las Antillas?

—No —Eve se contuvo de aclarar que la mayoría de los profesores carecían de los medios necesarios para hacer aquel tipo de viajes—. Nunca había sido tan afortunada.

—Hmm —Isabel asintió—. Estoy segura de que no te costará acostumbrarte.

Puede que el calor ira un problema al principio, pero las clases suelen empezar bastante temprano y terminan a la hora de comer, de manera que no hay que trabajar durante las horas más calurosas del día.

—Eso está bien —dijo Eve, que ya se estaba abanicando con una mano.

—¿Cuántas maletas tienes? —preguntó Isabel al ver que llegaba un vehículo con el equipaje del avión.

—Oh... sólo una —dijo Eve, suponiendo que Isabel Rodrigues nunca viajaría con una sola maleta. El vestido que llevaba era sencillo, pero de seda, y su tono mezcla de naranjas y amarillos sentaba de maravilla a su oscura piel.

Unos minutos después, salían al exterior e Isabel se detenía junto a un Mazda descapotable.

—Éste, es mi coche —dijo con evidente orgullo, y Eve no pudo evitar admirar el elegante deportivo rojo.

Durante el trayecto, Eve agradeció que el coche fuera descapotable, pues así pudo disfrutar de la deliciosa y fresca brisa del océano y de las espléndidas vistas que se divisaban por todas partes.

—La isla no es muy grande =dijo Isabel mientras cruzaban un pequeño pueblo de pescadores—. Tan sólo tiene treinta kilómetros de largo y trece de ancho, pero nos gusta. Y los Romero no han permitido que se urbanice demasiado.

Los Romero. Eve recordó que Cassie había mencionado que los Romero eran dueños de la isla.

—Tengo entendido que la escuela en que trabajabas ha cerrado, ¿no? —dijo Isabel de pronto, y Eve se preguntó qué más sabría de ella.

—Cierra dentro de una semana —dijo, y sintió una punzada de nostalgia al recordar a su abuela y a la gente del colegio—. ¿Tu escuela tiene muchos alumnos?

—¿Mi escuela? —Isabel rió—. No es mi escuela. Mi madre es la directora del colegio.

—¿Y tú no das clases?

—¡Cielos, no! —Isabel hizo una mueca—. Trabajo para Jake en el astillero. Me ocupo de las reservas y de la correspondencia. Supongo que podría decirse que soy su secretaria personal.

Eve asintió, incapaz de pensar en algo positivo que decir ante aquella noticia.

Debería haber imaginado que un hombre como Jake Romero se rodearía de gente guapa, de bellas mujeres. Como su madre…

Se acercaban a lo que parecía una pequeña ciudad e Isabel redujo la marcha.

—Esto es San Felipe —explicó—. Aquí es donde vive la mayoría de la gente de la isla, pero la escuela está más o menos a un kilómetro, en la zona turística. Hay algunos hoteles pequeños, pero los turistas que suelen venir por aquí son pescadores de altura, submarinistas y gente así.

—Comprendo.

Eve se echó la coleta por un hombro para aliviar el calor de su nuca. El calor y el cansancio empezaban a hacer mella en ella. Lo cierto era que no había dormido demasiado bien desde que había aceptado el trabajo.

Una vez en las afueras de la pequeña ciudad, Isabel giró por un estrecho sendero que llevaba hacia el mar y las condujo hasta un grupo de casas de tejados blancos amontonadas tras un malecón de madera.

—Ya hemos llegado —dijo Isabel a la vez que saludaba con la mano a un grupo de niños que dejaron de jugar al verlas llegar—. La escuela está aquí mismo y tu casa un poco más allá.

—Mi casa —repitió Eve, sorprendida—. ¿Tengo una casa?

—Jake pensó que lo preferirías así —dijo Isabel, y Eve creyó captar un matiz de resentimiento en su voz—. La profesora anterior vivía con nosotras. Me refiero a mi madre y a mí.

—Comprendo —Eve no sabía qué decir—. Parece... estupendo. Nunca había tenido una casa sólo para mí.

—¿No? —Isabel sonrió—. Esta es muy pequeña. Tan sólo tiene cuarto de estar, cocina, dormitorio y baño. Es el diseño típico de San Felipe. Sencillo y práctico.

—Justo lo que necesito.

Una hora más tarde, la mayoría de las dudas de Eve habían quedado resueltas.

Isabel al llevó primero a ver a su madre, la directora del colegio. Como aquel día era festivo, la señora Rodrigues estaba en casa. La madre de Isabel no era muy distinta a la señora Portman, la directora del colegio en que Eve había trabajado hasta entonces, y enseguida quedó claro que quería que su nueva empleada se sintiera como en casa.

Sugirió que Eve se tomara un par de días para aclimatarse a la isla y la invitó a comer con su hija y ella al día siguiente.

—Encontrarás la nevera llena, y puedes beber el agua del grifo —continuó—.

Por suerte, en San Felipe tenemos agua de sobra y es totalmente seguro beberla.

Eve también se enteró de que tenía un pequeño coche a su disposición. Estaba aparcado en un lateral de su casa.

—Hay autobuses —dijo Isabel, que la había llevado hasta allí con el equipaje—, pero sus horarios no son de fiar. Además, supongo que querrás visitar la isla mientras estás aquí.

Aquellas últimas palabras ocuparon la mente de Eve mientras deshacía el equipaje. ¿Qué querían decir? ¿Había sido un mero comentario amistoso por parte de Isabel, o había pretendido implicar que no seguiría allí mucho tiempo? Y si era así,

¿por qué? ¿Tenía algo que ver con ello Jake? ¿Tenía algo que ver Jake con Isabel?

Pero aquellos pensamientos no iban a permitirle pasar precisamente una tarde relajada en su nueva casa, de manera que, tras tomar una refrescante ducha, fue a ver qué había en la nevera.

Se preparó una ensalada de aguacate que comió en la mesa de formica de la cocina y, tras servirse un refresco, salió a la galería que había en la parte trasera de la casa, donde encontró un par de desvencijadas sillas.

Ya casi había oscurecido y, aunque se escuchaba el sonido del mar, ya apenas podía verse. Pero las vistas del lugar la estarían aguardando por la mañana, pensó, incapaz de creer aún que estuviera realmente allí. Llamaría a su abuela por la mañana, pero en aquellos momentos quería empaparse de la paz y la tranquilidad de sus alrededores.

Debió quedarse dormida unos minutos porque el inesperado sonido

del motor de un coche hizo que se sobresaltara. El coche se detuvo y, unos momentos después, Eve oyó el sonido de unos firmes pasos en el lateral de la casa. Parpadeó y al mirar su reloj vio con asombro que eran las once. ¡Hacía rato que debería estar acostada!

Los latidos de su corazón se aceleraron. Intuía quién podía ser su visitante, pero eso no impidió que sintiera una oleada de pánico al pensar en volver a verlo.

Lamentó no haber apagado las luces de la casa cuando había salido al porche. Si no hubieran estado encendidas, el coche no se habría detenido.

Su corazón estuvo a punto de detenerse cuando vio a Jake girar en la esquina de la casa. Con la camiseta sin mangas y los pantalones cortos que llevaba puestos estaba tan atractivo como siempre y Eve comprendió que, fueran cuales fuesen las circunstancias, no tenía ninguna ventaja en lo referente a aquel hombre.

—Hola —saludó él a la vez que apoyaba una mano en la barandilla del porche

—. ¿Puedo subir?

Eve se encogió de hombros.

—Es tu casa —dijo.

Jake suspiró y subió las escaleras del porche, a pesar de que cada nervio de su cuerpo le estaba diciendo que no debería hacerlo. Cuando había salido de su casa lo había hecho con la intención de limitarse a pasar de largo para comprobar que todo iba bien. Al menos ésa era su excusa. Pero entonces había visto las luces encendidas y no había podido resistir la tentación de parar.

Lamentó que no hubiera más luz para poder ver mejor a Eve, pero lo que podía ver hizo que su pulso se acelerara.

—Suponía que ya estarías dormida a estas horas.

Eve trató de mirarlo con indiferencia.

—¿Por eso has esperado hasta ahora para venir? ¿Porque pensabas que estaría dormida?

—No —Jake metió las manos en los bolsillos de su pantalón para que Eve no viera el efecto que habían tenido en él sus últimas palabras —. Estaba dando una vuelta y he visto luz en tu ventana.

—¿No es un poco tarde para estar dando una vuelta?

Jake se encogió de hombros.

—Puede que normalmente sí, pero últimamente me cuesta dormir.

Aquello no era más que la verdad. Desde que había regresado de Inglaterra, apenas había podido dormir decentemente más de media docena de noches.

—Tal vez lo conseguirías si te acostaras pronto —murmuró Eve antes de llevarse el vaso a los labios. Al ver que Jake la observaba, añadió—: Supongo que debería ofrecerte algo de beber, ¿no?

Jake sabía que debería haber dicho que no, pero sucumbió a la tentación de verla más de cerca.

—Sería agradable. ¿Tienes cerveza?

Eve se levantó de su asiento y lo miró por encima del hombro antes de entrar en la casa.

—Pasa y comprobémoslo.

Hacía años que Jake no entraba en una de aquellas casitas y se quedó sorprendido al ver lo desvencijada que estaba. Tomó nota mental para hacer que se ocuparan de revisarlas y modernizarlas... pero se distrajo en cuanto volvió a mirar a Eve. Llevaba una falda rosa corta que dejaba expuestas sus largas piernas, lo que le hizo pensar que era una pena que normalmente las ocultara tras unos pantalones. El top a juego que vestía le hizo preguntarse si debajo llevaría sujetador. No creía que lo llevara. A fin de cuentas, no esperaba visitas...

Si Eve fue consciente de su intensa mirada, la ignoró mientras se volvía para sacar una lata de la nevera.

—Gracias —dijo Jake cuando se la ofreció. Tras tomar un largo trago, preguntó

—: ¿Qué tal ha ido el viaje?

Eve alzó una expresiva ceja a la vez que se apoyaba contra la nevera.

—¿No has hablado aún con tu espía?

—¿Mi espía? —preguntó Jake, desconcertado—. No tengo ningún espía.

—Pero has enviado a la señorita Rodrigues a recogerme, ¿no? —dijo Eve, y se cruzó de brazos.

El movimiento hizo que sus pechos se tensaran contra la delgada tela de su top, y Jake tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para apartar la mirada de ellos.

—Sí, he enviado a Isabel a recogerte. Estaba seguro de que no querrías ver mi fea cara nada más bajar del avión.

—Oh, vamos. Sólo alguien que no tuviera una «cara fea» diría algo así —dijo Eve en tono burlón.

—¿Es eso un cumplido?

—Es una mera observación —replicó Eve—. Estoy cansada, Jake. ¿Vas a decirme por qué has venido realmente?.

—Ya te lo he dicho. Pasaba...

—Pasabas por aquí y has visto la luz —interrumpió Eve con expresión irónica

—. Sí, ya me lo has dicho —tras una pausa, añadió—: ¿Estás esperando a que te dé las gracias por haberme ofrecido este trabajo?

Jake expelió el aliento.

—Eso ha sido un golpe bajo, incluso para ti.

—¿Por qué incluso para mí? ¿Porque soy la hija de Cassie? —espetó ella—. Por si te interesa saberlo, no me parezco nada a mi madre.

—¿Acaso crees que no lo sé? Después de lo que averigüé sobre tu madre, no se me ocurriría insultarte diciendo que te pareces a ella.

Eve frunció el ceño.

—¿Después de lo que averiguaste sobre ella? ¿Qué quieres decir? ¿Qué te contó?

—¿La verdad? —sugirió Jake con ironía—. Después de que tu abuela pusiera la bola a rodar, Cassie no tuvo más remedio que contarme lo demás.

Eve se sintió enferma.

—Entonces, ¿estás al tanto de lo de los Fulton... y de lo de Andy Johnson?

—Sé que no lo pasaste precisamente bien —dijo Jake con aspereza, molesto por la humillada mirada de Eve—. Pero esto no tiene nada que ver con tu pasado ni con tu madre. Al ofrecerte este trabajo sólo pretendía ayudarte. Eso es todo. Ello no implica que tengas ningún compromiso conmigo.

Cuando Eve bajó la mirada, Jake se fijó por primera vez en que estaba descalza, algo que le pareció increíblemente sexy. Pero lo que estaba diciendo le hizo alzar de nuevo la mirada.

—¿Fuiste a ver a Cassie antes de irte de Londres?

Jake se quedó sorprendido. No esperaba que Cassie hubiera aireado aquel encuentro.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué fuiste a verla?

—Ya sabes por qué. No puede arrojarse una piedra a un estanque sin esperar que las ondas se dispersen.

—Pero ese asunto no tenía nada que ver contigo.

—Claro que sí —dijo Jake, tratando de contener su genio—. Quería saber por qué había abandonado a su hija. Tu abuela sólo me contó parte de la historia. Quería oírla de labios de Cassie.

—¿Por qué? ¿A ti qué te importaba?

—Me importaba, y tendrás que limitarte a aceptarlo —dijo Jake con más sequedad de la que pretendía. Luego, con un suspiro, añadió —: Creo que ha sido un error venir aquí esta noche...

—No podías mantenerte alejado de ella, ¿verdad?

—¿Qué?

—De Cassie. Volviste a acostarte con ella, ¿verdad? —Eve se estremeció de pronto como si tuviera frío—. Cuando Ellie la llamó para decirle que iba a venir aquí a trabajar, Cassie le pidió que me dijera que no debía fiarme de ti. Entonces no comprendí a qué se refería, pero ahora sí. Aunque tampoco necesitaba que me advirtiera.

Tú...

Pero no llegó a terminar lo que estaba diciendo. Jake recorrió la distancia que los separaba de dos zancadas y la tomó por los hombros con tal fuerza que prácticamente la alzó del suelo. Luego la besó sin contemplaciones, con toda la habilidad de la que ella ya sabía que era capaz.

Y, a pesar de sí misma, se derritió entre sus brazos.

—Sabías que vendría, ¿verdad? —murmuró Jake contra sus labios —. Puedes acusarme de eso, pero sabías que vendría. Soy tan predecible...

Eve estaba teniendo dificultades para respirar y empezaba a sentirse mareada...

pero daba igual porque allí era donde quería estar.

—No eres nada predecible —susurró, pero dudaba que Jake pudiera oírla. El calor de su cuerpo y la evidencia de su poderosa excitación presionada contra su cadera le hacían sentir que estaba levitando a varios centímetros del suelo.

Cuando Jake deslizó una mano por su espalda, no pudo evitar arquearse contra él.

—No podía mantenerme alejado —dijo Jake casi salvajemente, apoyando una mano sobre le trasero de Eve para presionarla contra sí —. Tenía que verte. Es patético, ¿no? Especialmente porque pareces dispuesta a pensar lo peor de mí, haga lo que haga.

—No —Eve apenas era consciente de lo que estaba diciendo. No quería hablar.

No quería pensar. Sólo quería que Jake siguiera besándola hasta que su cerebro se fundiera con sus sentidos—. No importa, Jake...

—A mí sí me importa.

De pronto, Jake se apartó de ella y Eve se quedó balanceándose ante él, sin comprender por qué la estaba mirando con tanto desprecio cuando sólo un instante antes estaba seduciéndola con sus labios y sus manos.

—Jake...

—No me acosté con Cassandra —dijo él con aspereza—. Y si crees que lo hice, sólo estoy perdiendo el tiempo.

—Yo... no he dicho que...

—Olvídalo —interrumpió Jake mientras se encaminaba hacia la puerta—. Yo ya lo he hecho.

Capítulo 12

JAKE estaba repasando las cartas de navegación del nuevo barco de la empresa con uno de sus patrones cuando oyó el sonido de unos tacones altos en la cubierta superior.

Por un momento, pensó en la posibilidad de que fuera Eve, pero sabía que eso no iba a suceder. Aunque seguía allí, trabajando en la escuela y haciéndose popular entre la gente de la isla, no era probable que quisiera verlo.

De hecho, no había vuelto a hablar con ella desde la noche de su llegada, hacía casi cinco semanas. Había que tener en cuenta que él había estado de viaje en Japón y Sudamérica durante aquella temporada, pero sabía que Eve estaba haciendo lo posible por evitarlo.

—¡Jake! ¿Estás ahí?

Al reconocer la voz de su madre, Jake se disculpó con el patrón y se encaminó hacia las escaleras.

—Sí, estoy aquí —dijo mientras subía—. ¿Va todo bien?

—Sí. ¿Por qué no iba a ir todo bien? —dijo su madre desde la cabina del piloto

—. De manera que este es el nuevo barco, ¿no?

—Sí. ¿Te gusta?

La madre de Jake se encogió de hombros. A pesar de ser de Massachusetts, donde navegar era prácticamente una forma de vida, nunca le habían interesado los barcos.

—Es muy bonito —dijo, y Jake hizo una mueca ante su evidente falta de entusiasmo.

—De acuerdo. Así que no has venido por eso.

Lucy Romero se puso en pie y sonrió.

—No. El caso es que hace un tiempo que no te vemos y me preguntaba si estarías bien.

Jake dejó escapar una risa forzada.

—Supongo que estás bromeando, ¿no? Veo a papá a diario.

—Lo ves aquí o en la oficina, pero hace semanas que no vienes a comer por casa.

—He estado ocupado.

—Tu padre me ha dicho que te pasas casi todas las tardes solo. ¿Cuándo fue la última vez que aceptaste una invitación? Y hace meses que no ves a tu hermano y a su esposa.

—No sabía que me tuvieras tan controlado, mamá, pero debo recordarte que ya no tengo veintiún años.

—¿Qué quieres decir con eso?

—La última vez que te metiste en mis asuntos acabé casado con Holly Bernstein.

—Holly era una chica encantadora.

—Pero no para mí. Por mucho que tú y su madre tratarais de que siguiéramos juntos, Holly tiene la cabeza llena de pájaros. No tengo tiempo para mujeres como ésa.

—Ah, ¿no? —dijo su madre, poniéndose en jarras—. Puede que recientemente no, pero, por lo que he oído, solía ser la única clase de mujeres para las que tenías tiempo.

Jake suspiró.

—Déjalo, mamá. Estoy bien como estoy.

Lucy lo miró de arriba abajo con expresión dubitativa.

—Has perdido peso.

—¡Mamá! —protestó Jake.

—Lo único que queremos tu padre y yo es que seas feliz.

—En ese caso, dejadme tranquilo.

—Eso no puedo hacerlo —Lucy se mordió el labio inferior—. Ven a cenar mañana por la tarde. Por favor, Jake. Le pediré a Rosa que prepare tu postre favorito.

—No te rindes fácilmente, ¿verdad?

—¿Querrías que lo hiciera?

Jake sonrió.

—Supongo que no.

—Entonces, ¿vendrás?

—¿Tengo alguna opción?

—Oh, bien —Lucy se acercó a abrazar a su hijo—. ¿Te parece bien a las siete?

Jake frunció el ceño.

—Eso suena muy formal. No habrás organizado una fiesta o algo parecido, ¿no?

—Sólo vendrán un par de amigos —dijo Lucy—. Pero ahora ya no puedes echarte atrás, Jake. Has dicho que vendrás y te he tomado la palabra.

Eve suspiró y se miró en el espejo del baño sin demasiado entusiasmo. El vestido negro que su abuela le había regalado y que tanto solía gustarle en Inglaterra parecía totalmente fuera de lugar allí, y por ese motivo había salido a comprar otro.

Pero había empezado a tener dudas nada más ponérselo. ¿Qué debería haber elegido para asistir a una cena en San Felipe? Sobre todo a una cena en la que era posible que Jake estuviera presente.

Se estremeció. La chica de la tienda le había asegurado que el sencillo vestido de seda color marfil que vestía en aquellos momentos era perfecto para la ocasión, pero Eve ya no estaba tan segura. Le parecía demasiado corto y dejaba demasiado expuestos sus brazos. Lo único que le gustaba el cinturón dorado que rodeaba sus caderas. Tal vez distraería la atención de su redondeado trasero, pero lo dudaba.

Suspiró de nuevo. Tampoco estaba segura sobre su corte de pelo.

Isabel, de la que se había hecho amiga a lo largo de aquellas semanas, le había asegurado que el pelo demasiado largo no era práctico en aquel clima, y era cierto que se sentía más fresca con la media melena que se había dejado y que en aquellos momentos llevaba suelta.

Simplemente lamentaba haber sido invitada a la casa de los Romero. Pero sabía que Jake no había tenido nada que ver con ello. La señora Rodrigues, que sí había sido invitada, había caído con la gripe el día anterior y le había pedido que acompañara a Isabel en su lugar.

—Ya he hablado con Lucy Romero, la madre de Jake, y le ha encantado saber que vas a ir —le había explicado la directora del colegio—. Además, seguro que disfrutarás de la fiesta más que yo.

Eve oyó que llamaban a la puerta y fue a abrir, decidida a poner alguna excusa para no asistir a la cena si Isabel daba muestras de la más mínima duda al ver su atuendo.

Pero Isabel se quedó literalmente anonada al verla.

—¡Estás guapísima! —exclamó con total sinceridad.

Eve soltó el aliento que estaba conteniendo.

—¿En serio? —preguntó ansiosamente, y de pronto se dio cuenta de que, a pesar de lo que le había dicho, Isabel tenía el pelo bastante largo. Normalmente lo llevaba sujeto en un moño en la nuca, de manera que no había podido ver su longitud, pero aquella tarde lo llevaba suelto.

—Tienes un aspecto muy distinto al habitual —dijo Isabel, y Eve creyó percibir cierta aspereza en su tono—. Jamás te habría reconocido. Comparada con cómo sueles vestir para acudir a la escuela...

—¿No te parece adecuado? —a pesar de su repentina cautela respecto a la actitud de Isabel, Eve seguía sin fiarse de su propio— criterio.

—Yo no he dicho eso —la tensión de Isabel se hizo evidente cuando miró su reloj—. En cualquier caso, tenemos que irnos ya. No quiero llegar tarde.

Poco después, Isabel detenía su deportivo ante la casa de los Romero. En otras circunstancias, Eve se habría sentido intimidada, pero estaba tan ocupada admirando la magnífica villa de dos plantas que olvidó su preocupación.

—Impresionante, ¿verdad? —aunque Isabel apenas había hablado durante el trayecto, pareció recordar de pronto sus modales—. El abuelo de Jake la construyó poco después de la Primera Guerra Mundial.

—Es preciosa —dijo Eve mientras salía del coche—. Supongo que conoces bien a los Romero, ¿no?

—Los conozco de toda la vida —al ver que un camarero de

chaqueta blanca abría la puerta de la casa, Isabel añadió—. Vamos. Nos están esperando.

Acababan de entrar cuando se acercó a ellas una mujer madura y rubia de porte elegante.

—Isabel! —exclamó a la vez que tomaba las manos de ésta y la atraía hacia sí para besarla—. Cuánto me alegro de volver a verte. Es una pena que tu madre no haya podido reunirse con nosotros. Espero que se recupere pronto.

—Estoy segura de que así será, Lucy —dijo Isabel, de cuyo rostro había desaparecido como por ensalmo todo rastro de irritación—. Oh, deja que te presente a Eve Robertson, una de las profesoras de mi madre. Hace unas semanas que vino de Inglaterra.

—Ah, sí. Ya he oído hablar de la señorita Robertson —Eve se quedó sorprendida cuando la madre de Jake la tomó de la mano y la miró atentamente a los ojos—. Creo que mi hijo tuvo algo que ver con que le ofrecieran el puesto, señorita Robertson. Os conocisteis en Londres, ¿no?

—Así es —Eve decidió que no tenía sentido complicar las cosas explicando cómo se conocieron realmente—. Ha sido muy amable al invitarme, señora Romero.

Tiene una casa preciosa.

—Gracias. A nosotros nos gusta —la madre de Jake pareció sinceramente agradecida por el cumplido—. Ahora vamos a reunirnos con el resto de la familia.

Jake no está aquí, pero no espero que tarde.

Eve siguió a Isabel y a su anfitriona a un salón en el que un grupo de unas doce personas disfrutaba de la hospitalidad de los Romero. Sonaba música de fondo y el murmullo de conversaciones disminuyó palpablemente cuando la madre de Jake apareció con las dos jóvenes mujeres.

Un hombre de pelo gris, que resultó ser el padre de Jake, se reunió con ellas, y fue él quien presentó a Eve al hermano de Jake, Michael, y a su esposa Julie, que estaba embarazada de varios meses.

—¿Qué tal te encuentras viviendo en esta pequeña isla, Eve? —preguntó Julie

—. Recuerdo que al principio yo me sentí un tanto... recluida, diríamos.

—Es... diferente —empezó a decir Eve, pero Isabel la interrumpió antes de que pudiera continuar.

—Eso se debe a que no eres isleña —dijo desapasionadamente—. Pero si no te gusta siempre puedes volver a Inglaterra.

Mientras Julie ponía los ojos en blanco a espaldas de Isabel, Eve se preguntó si aquello habría sido una sugerencia o una advertencia.

—Todos sabemos lo mucho que te gusta San Felipe, Isabel —dijo

tras tomar un sorbo del agua mineral que estaba bebiendo—, pero probablemente seas tú la que debería plantearse desplegar las alas.

Los labios de Isabel se tensaron visiblemente y el hermano de Jake decidió aligerar el ambiente.

—¿Disfrutas con tu trabajo de maestra, Eve? Yo no tendría paciencia para ocuparme de un montón de niños.

—Pues más vale que te vayas acostumbrando —dijo su mujer, y todos rieron.

Entonces, mientras el padre de Jake decía algo, Eve se hizo repentinamente consciente de que alguien más había entrado en el salón. Unos momentos antes de que Michael saludara de lejos a su hermano, ella supo que estaba allí.

No pudo resistirse a mirarlo por encima del hombro. Tenía la sensación de que hacía toda una vida que no lo veía, y saber que estaba allí hizo que todos los sentimientos que creía tener bajo control afloraran de nuevo con más fuerza que nunca.

Era una ilusa si creía que iba a poder olvidarse de Jake ignorándolo, o simulando que lo que había sucedido entre ellos no significaba nada. Mucho se temía que sus sentimientos iban más allá de la mera atracción; lo cierto era que se estaba enamorando de él. Incluso la idea de tener que compartirlo con otra mujer era más soportable que la posibilidad de no volver a verlo.

Cuando sus miradas se encontraron y vio la expresión conmocionada de Jake al verla, contuvo el aliento. Evidentemente, su madre no le había dicho que ella iba a estar en la fiesta.

Cerró los ojos un momento y respiró profundamente para tratar de calmar los latidos de su corazón. Volvió a abrirlos un instante después al sentir que una firme mano la sujetaba por el brazo.

—Se supone que ahora es cuando debería decir ¿qué haces aquí?» —dijo Jake con aspereza—. Lo creas o no, no sabía que estabas invitada. Si lo hubiera sabido, habría puesto alguna excusa para no venir.

Eve sabía que podría haberle replicado con la misma frase, pero se contuvo.

—Yo tampoco sabía que ibas a estar aquí —murmuró, consciente de que estaban siendo observados por los demás—. Pero... esperaba que estuvieras. ¿Te importa?

Los ojos de Jake brillaron de rabia. A continuación, sin decir nada, tomó el vaso que sostenía Eve, lo dejó en una mesa cercana y la condujo hacia unas puertas correderas que llevaban al jardín de la casa.

Por un instante, Eve pensó que la estaba echando, pero, una vez fuera, Jake siguió tirando de ella y no se detuvo hasta llegar a una zona en penumbra del jardín.

Allí, bajo la luz de la luna, se encaró de nuevo con ella.

—¿Acaso disfrutas haciéndome quedar en ridículo? —preguntó ferozmente.

Capítulo 13

EVE parpadeó.

—No sé de qué estás hablando.

—Claro que lo sabes. La última vez que estuvimos juntos...

—Me dejaste plantada —interrumpió Eve a la defensiva.

—Y sabes muy bien por qué —replicó Jake—. Me acusaste una vez más de haberme acostado con tu madre —tras mascullar una maldición, añadió—: Nunca me he acostado con Cassandra. Nunca. ¿Por quién me tomas?

—Ella... dio a entender que sí.

—¿Y desde cuándo crees lo que dice esa mujer?

—Te fuiste —dijo Eve, impotente—. ¿Qué... qué querías que pensara?

—Tú quisiste que me fuera. Dijiste que nunca podría haber nada entre nosotros a causa de tu madre.

—Lo sé —Eve respiró temblorosamente—. Y tú no lo negaste.

—¿Y qué querías que hiciera? Sé realista, Eve. Estaba furioso. Con Cassandra, contigo... y sobre todo conmigo mismo.

—¿Porque pensabas que te había hecho quedar en ridículo?

—¿Me culpas por ello? Deberías haberme dicho quién eras. Pudiste hacerlo aquella noche en la biblioteca. Entonces tal vez habría entendido por qué te había afectado tanto que el tal Harry te hubiera besado.

Eve bajó la mirada.

—El beso de Harry me hizo recordar todas las noches que pasé durmiendo en el baño cuando vivía con los Fulton. Era el único lugar de la casa que tenía pestillo.

Jake dejó escapar un gruñido de frustración.

—¿No se lo contaste a nadie?

—Sí, se lo conté a Emily. Era la esposa. Pero no me creyó. Probablemente no quería enfrentarse a la realidad. Por eso me escapé.

Jake soltó una maldición.

—Lo siento, pequeña —dijo a la vez que inclinaba la cabeza para apoyar su frente contra la de Eve—. Cassandra tiene muchas cosas de las que responder.

Eve sintió que las rodillas se le debilitaban.

—La verdad es que ella no sabía nada de lo que estaba pasando —murmuró a la vez que apoyaba una mano en la mejilla de Jake, que volvió el rostro para besarla.

—Eso no la excusa. Y no me extraña que no quisieras saber nada de mí.

—Eso no es cierto... aunque es verdad que hiciste que me sintiera muy confusa.

Hasta que no te conocí no me había sentido atraída por ningún hombre. Creía firmemente que era algo que no me iba a suceder nunca. Creía que me bastaba con vivir con Ellie y dedicarme a mi trabajo para ser más o menos feliz... Pero lo que me hiciste sentir cuando apareciste hizo que todo cambiara.

La mirada de Jake se oscureció.

—¿Qué te hice sentir?

—Ya lo sabes...

—Puede que sí, pero quiero escucharlo de tus labios.

Eve negó con la cabeza.

—Sólo sabía que, fuera lo que fuese, no estaba bien. Pensaba que estabas con Cassandra y que yo no tenía derecho a sentir nada por ti.

—¿Pero sentías algo?

—Sabes que sí —dijo Eve tímidamente—. Incluso aquella noche en la biblioteca... Entonces supe que no te parecías a nadie que hubiera conocido.

—Ojalá me lo hubieras dicho —dijo Jake con un suspiro—. Cassandra y yo nunca llegamos a ser pareja. Creo que ése fue el motivo por el que me invitó a Watersmeet, para tratar de que las cosas avanzaran.

—¿Y por qué fuiste?

—Lo creas o no, yo mismo empecé a preguntármelo desde el momento en que salimos de Londres. No tengo excusa. Supongo que estaba aburrido y pensé que sería interesante conocer otra parte del país. Hasta que no te conocí no me di cuenta de que el destino debía haber guiado mis pasos.

Eve lo miró a los ojos.

—¿Lo dices en serio?

Jake sonrió.

—Claro que sí. Pero lo que quiero saber es si algo ha cambiado para ti desde aquel día en el establo...

Eve alzó los hombros en un gesto de impotencia.

—Todo. Nada... ¿Pero por qué estamos teniendo esta conversación? ¿Por qué me ofreciste este trabajo? ¿Fue sólo porque querías ayudarme, como dijiste... o por algo más?

Jake deslizó las manos por sus brazos y ella se estremeció.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé...

Jake la interrumpió con un largo y delicado beso.

—Vamos, Eve —murmuró cuando apartó sus labios de los de ella —. Sabes muy bien cómo me sentía la noche que llegaste a la isla, cuando pasé a saludarte. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para marcharme.

—¿Lo dices en serio?

—Nunca he dicho nada más en serio en mi vida.

—¡Oh, Jake! —Eve lo rodeó con los brazos por el cuello y lo miró a los ojos con expresión incrédula—. Temo tanto que esto sea sólo un sueño del que voy a despertar en cualquier momento...

Jake estaba a punto de decir algo cuando alguien lo llamó desde la casa.

—¡Jake! ¡Jake! ¿Dónde estáis? Os estamos esperando para cenar.

—Es mi madre —dijo él en tono irónico—. ¿Tienes hambre?

Eve rió suavemente.

—Yo sí —murmuró él junto a su oído—. Pero no precisamente de comida —

añadió antes de darle un rápido beso—. Espérame aquí.

Cuando regresó unos minutos después, Eve lo miró sin ocultar su ansiedad.

—¿Está muy enfadada?

—¿Mi madre? —Jake rió—. No, claro que no. ¿Por qué iba a estarlo? Ha organizado la cena para tratar de hacerme salir de mi cascarón. Le encantará saber que ha tenido éxito.

—Pero... no me conoce

—Pronto te conocerá —Jake la tomó de la mano y se encaminó con ella hacia la salida del jardín que daba a la playa—. Creo que su objetivo original era Isabel, pero si se hubiera molestado en preguntarme le habría aclarado que estaba perdiendo el tiempo —bajó la mirada—. Será mejor que te quites los zapatos. La arena está mojada.

Eve hizo lo que le sugería mientras contemplaba el mar bañado por la luz de la luna.

—Es un lugar maravilloso —murmuró, y cuando Jake la tomó de la mano, preguntó—: ¿Vamos a dar un paseo?

—Para empezar —contestó él enigmáticamente mientras tomaba en su mano libre las sandalias que sostenía Eve—. Y antes de que tu ágil mente empiece a hacer conjeturas sobre mi relación con Isabel, deja que te aclare que nunca hemos sido más que amigos.

—Te creo.

—Más te vale —Jake alzó la mano de Eve y le dio un beso en la palma—. Lo cierto es que mi madre sabe que algo anda mal desde que regresé de Inglaterra.

Supongo que no te habrás fijado, pero he perdido peso y apenas logró dormir últimamente. Ya no sabía qué hacer.

—Podrías habérmelo dicho.

—Sí. Y lo creas o no, estaba pensando hacerlo. Pero cuando he llegado hoy a casa y te he visto... —Jake pasó una mano por la cintura de Eve y la atrajo contra su costado—. ¿Te extraña que haya reaccionado como lo he hecho?

Eve apoyó la cabeza contra su hombro.

—No. ¿Pero qué te ha dicho tu madre cuando has hablado con ella? ¿No nos espera de vuelta?

—No de forma inmediata —dijo Jake y, tras una pausa, añadió—: Se ha limitado a preguntarme «¿es ella?» , y yo le he dicho que sí.

Eve apenas podía respirar. Sentía una excitación tan intensa, que la asombraba poder caminar. Estaba a punto de pedirle que se pararan para sentarse un rato cuando Jake señaló una casa que se hallaba semioculta tras unas dunas.

—Vamos —dijo—. Quiero enseñarte dónde vivo.

—¿Ésa es tu casa?

Jake asintió mientras seguían caminando.

Unos minutos después estaban instalados en su cuarto de estar, una espaciosa habitación con una enorme chimenea que, según aseguró, utilizaba de vez en cuando. El suelo era de madera de teca, el sofá y los sillones de una mezcla de cuero y ante y la mesa baja que se hallaba ante la chimenea descansaba sobre una gruesa alfombra china.

—Es un salón precioso —dijo Eve mientras se sentaba en el sofá—. ¿Vives aquí solo?

—Aparte de Luigi, sí —Jake le había presentado al italiano que tenía empleado al llegar—. ¿Por qué lo preguntas? —añadió con una sonrisa—. ¿Acaso creías que tenía escondido un harén para divertirme en los ratos libres?

Eve suspiró.

—No. Pero recuerdo que mencionaste que habías estado casado.

—Oh, sí. Durante unos seis meses —Jake hizo una mueca—. Pero nunca vivimos aquí. Por entonces tenía un piso en San Felipe.

—Me alegra —Eve se mordió el labio—. ¿No vas a venir a sentarte?

Jake señaló el mueble bar.

—¿Te apetece beber algo?

—No quiero beber nada —Eve respiró profundamente antes de añadir—: Lo único que quiero es que me beses.

—Yo también quiero besarte —dijo Jake con expresión seria—, pero no es eso todo lo que quiero, y no sé si seré capaz de contenerme.

—¿He dicho yo que quiera que te contengas?

—Tenemos que hablar —Jake se sentó junto a ella en el sofá y la tomó de la mano.

—Hablaremos luego —prometió ella.

Un instante después estaban abrazados, besándose. La lengua de Jake invadió la boca de Eve, cálida, exigente. Eve anhelaba aquello desesperadamente, anhelaba demostrarle que no tenía miedo cuando estaba con él, que él y sólo él podía aliviar el dolor y el sufrimiento del pasado.

—No tienes idea de cuánto deseaba hacer esto —murmuró él mientras le deslizaba los tirantes del vestido por los hombros—. Pero no quiero hacerte daño.

—No me estás haciendo daño —protestó Eve—. No podría soportar que cambiaras de opinión ahora.

—¡Cielo santo! —murmuró Jake mientras tiraba del vestido hacia abajo para dejar expuestos sus pechos, cubiertos por un pequeño sujetador de encaje—. Yo tampoco podría soportarlo.

Con manos torpes a causa de la emoción, desabrochó el cierre del sujetador y luego hizo tumbarse a Eve de espaldas en el sofá. Cuando tomó entre sus labios uno de sus pezones, ella gimió suavemente y alargó las manos hacia él para acariciarle el pelo.

Al sentir el anhelo y el temblor de sus manos, Jake se preguntó cuánto tiempo llevaría sin estar con un hombre. ¿Habría mantenido relaciones con Andy Johnson, el joven con el que escapó?

Cuando Eve se movió sinuosamente contra la tensa evidencia de su excitación, Jake temió perder el control. Su reacción, su evidente predisposición, le estaban haciendo desear ir más rápido de lo que pretendía.

—Oh, Eve —murmuró cuando ella separó las piernas y, sin poder contenerse, deslizó una mano bajo su vestido para acariciarla íntimamente.

Estuvo a punto de enloquecer cuando ella se arqueó contra su mano. Deseaba tanto estar dentro de ella, sentir sus tensos músculos en torno a él...

Eve sentía que la cabeza le daba vueltas. Cada vez sentía más humedad entre las piernas y estaba segura de que Jake lo había notado. Estuvo a punto de dejar de respirar cuando sintió que deslizaba dos dedos hacia su interior.

Instintivamente, alargó la mano hacia el abultamiento de su pantalón y comenzó a acariciarlo, maravillándose de su dureza y tamaño.

—Espera —dijo Jake con voz ronca—. Si sigues así, no sé qué va a pasar. No estoy hecho de piedra.

—Yo tampoco. Te deseo, Jake. Quiero hacer el amor contigo. No quiero seguir siendo un bicho raro.

—¿Un bicho raro? —Jake la miró con expresión desconcertada—. No eres ningún bicho raro.

—Sí lo soy —Eve respiró profundamente—. Nunca había dejado que un hombre se acercara tanto a mí...

Jake movió la cabeza. Cassandra tenía muchas cosas por las que responder.

—Ven —dijo a la vez que se levantaba y le ofrecía una mano—. Vamos al dormitorio—. No quiero correr el riesgo de que Luigi nos

interrumpa.

Eve apenas notó el cambio, pues Jake la tomó en brazos y un instante después estaba sobre la amplia cama de su dormitorio, temblando de placer mientras él lamía y mordisqueaba sus pezones.

Al sentir su temblor, Jake alzó el rostro y la miró atentamente.

—No te preocupes. Me gusta que no seas sofisticada, y que no seas consciente de lo sexy que eres.

—Nadie me había llamado nunca eso…

—En ese caso, es que debían de estar ciegos —dijo Jake, que a continuación deslizó la lengua desde un pecho de Eve hasta su ombligo.

Eve volvió a temblar cuando sintió que le quitaba las braguitas, y dio una involuntaria sacudida cuando Jake deslizó la lengua entre sus piernas.

—No… no puedes… no debemos… —empezó.

Pero, mientras la acariciaba, Jake vio cómo se oscurecía su mirada a causa del deseo y cómo se agitaba su respiración.

Unos instantes después, Eve alcanzó el clímax y Jake reprimió su gemido de placer bajo la hambrienta presión de su boca. Le agradó enormemente que fuera tan receptiva, y en aquella ocasión no trató de retenerla cuando alargó la mano hacia la cremallera de sus pantalones.

Tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol cuando tomó su palpitante erección en una mano, pero lo que deseaba por encima de todo era estar dentro de ella cuando alcanzara su propia liberación y, aunque Eve dejó escapar un gemido de protesta, se apartó de ella para desvestirse.

Un momento después estaba de nuevo junto a ella. Eve pasó un momento de pánico al ver su tamaño, pero separó las piernas dócilmente cuando él se situó entre ellas.

—¿Te he dicho ya lo preciosa que eres? —murmuró él, y Eve sintió el calor de su erección presionando contra la parte más íntima de su cuerpo.

La penetró de un solo movimiento, frenado tan sólo brevemente por la inconfundible barrera que Jake encontró a su paso. Eve, que no estaba preparada para el dolor después de la delicadeza con que Jake la había acariciado con su lengua, trató de reprimir un gemido de dolor sin conseguirlo. No había pensado en cómo se rebelaría su cuerpo ante aquella desconocida invasión; no había anticipado que fuera a dolerle tanto.

A pesar de todo, no le hizo ninguna gracia que Jake se retirara.

—¡No! —protestó, pero Jake ya la estaba mirando con expresión incrédula.

—¡Eras virgen! —dijo con voz ahogada—. ¡Cielo santo! ¿Por qué


no me lo has dicho?

Capítulo 14

YA te había dicho que soy un bicho raro —susurró Eve.

—¡No eres ningún bicho raro! —protestó Jake.

—¿Cómo llamarías tú a una virgen de veinticinco años?

—Inocente. ¡Cielo santo! ¿Cómo puedo haber sido tan idiota. Pensaba... después de lo que pasaste...

—¿Te refieres a Graham Fulton? Lo intentó, pero, como ya te he dicho, me pasé las noches durmiendo en el baño. Y Andy Johnson sabía lo que sentía y me cuidó —

Eve sonrió—. Hasta que te conocí no podía soportar que un hombre me tocara —

confesó—. Desde... desde que aquel hombre vino a mi habitación he mantenido a todos los hombres a raya...

Jake gimió.

—Oh, cariño. Qué tonto he sido...

—No importa —dijo Eve y luego preguntó, insegura—: ¿Aún me deseas?

—Por supuesto que te deseo. Ahora más que nunca. Pero...

—Nada de peros —Eve tomó una mano de Jake y le hizo apoyarla sobre su pecho—. Te deseo hace tanto tiempo, que no podría soportar que tú no sintieras lo mismo.

Jake la besó con infinita ternura.

—Claro que te deseo. Creo que he estado esperando toda la vida a que aparecieras. Pero no quiero volver a hacerte daño.

—No me lo harás. Por favor —Eve deslizó una mano hacia abajo y tomó en ella la erección de Jake—. No puedes parar ahora.

Delicadamente, Jake le hizo separar las piernas de nuevo y, mientras la besaba para alejar cualquier posible ansiedad que sintiera, volvió a penetrarla.

Asombrosamente, Eve lo recibió en aquella ocasión sin ninguna dificultad, y Jake estuvo a punto de enloquecer a causa de su conmovedora dulzura.

Para ella también fue conmovedor. Ahora que ya sabía qué esperar, dio la bienvenida a su sexo. Casi instintivamente, mientras un delicioso cosquilleo empezaba a recorrer todo su cuerpo, rodeó con las piernas las caderas de Jake. Este respiró profundamente para tratar de controlar su deseo de moverse más rápido, pero no fue fácil cuando empezó a sentir que los músculos del sexo de Eve se tensaban en torno a él a causa de su cercano orgasmo.

Y de pronto de dio cuenta de que estaba a punto de cometer otra estupidez. El preservativo que debería llevar puesto seguía en la mesilla. En su afán por hacer el amor con Eve lo había olvidado.

Pero cuando trató de apartarse ella lo sujetó firmemente con sus

piernas.

—No... —susurró, jadeante.

—No comprendes... —empezó Jake, pero ella lo interrumpió.

—Sí comprendo —insistió Eve contra sus labios y, aunque Jake era consciente de lo que debería haber hecho, la tentación de acceder fue irresistible.

Además, Eve había empezado a hacer unos ruiditos que lo estaban volviendo loco. Estaba empapado de su aroma, de su esencia y, cediendo a una fuerza superior, liberó su cálida semilla dentro de ella.

Tras un intenso y prolongado orgasmo, se desmoronó sobre ella, agotado, pero también saciado.

—Debo estar aplastándote —murmuró, pero cuando fue a retirarse, Eve lo rodeó con los brazos.

—No me importa. Y antes de que digas nada más, tampoco me importa si me has dejado embarazada.

—Eve...

—Lo digo en serio, Jake. Y no quiero que pienses que es tu responsabilidad. Sé que eres un hombre honorable, pero esto ha sido decisión mía...

—¡Basta! —Jake la silenció con un beso—. ¡Cielo santo! ¡Te quiero Eve! Creo que te amado desde el primer momento que te vi. Y si crees que ahora voy a dejar que te vayas sin pelear, estás equivocada.

Eve se quedó momentáneamente paralizada.

—Has... has dicho que me amas.

—Así es.

—¿Pero cómo es posible?

—¿Y por qué no iba a serlo? Eres todo lo que siempre he deseado, eres deliciosa.

Eve se estremeció.

—No soy deliciosa.

—Claro que lo eres. Deliciosa, dulce y muy deseable —Jake volvió a besarla—.

Así que, ¿qué vas a hacer al respecto?

—¿Cómo que qué voy a hacer?

—Podrías decirme qué sientes por mí.

—¡Sabes que te quiero! —dijo Eve con auténtico fervor—. Pero ni siquiera ahora puedo creer que me desees.

—Pues créelo —dijo Jake roncamente—. Desde que viniste a la isla me has estado volviendo loco. Sabía que tenía que darte tiempo, pero apenas he podido comer, dormir o pensar en otra cosa que en nosotros.

Eve se quedó aturdida por la urgencia de su tono... y asombrada al sentir como volvía a excitarse de nuevo contra ella.

—¿Me... me deseas de nuevo? —susurró, tratando de contener el

júbilo que le produjo la evidencia de su poder sobre él.

—Constantemente —Jake deslizó una mano entre sus piernas para acariciarla

—. Oh, nena, no sabes hasta qué punto...

Horas más tarde organizaron una fiesta de medianoche con fresas y champán.

Cuando Jake dijo que era lo menos que podían hacer para celebrar su compromiso extra oficial, Eve lo miró con expresión incrédula.

—¿Nuestro compromiso extra oficial?

—Vas a casarte conmigo, ¿no?

Eve aceptó la copa de champán que le ofrecía.

—Antes tengo que hablarte de mi padre.

—¿De tu padre? —Jake frunció el ceño—. Creía que tu madre no sabía quién era.

—Oh, claro que lo sabía. Mi abuela le obligó a contarle la verdad cuando me estaba buscando. Era cubano, y Cassie no quiso decírselo a los Fulton por si me rechazaban.

—¿Y llegaste a conocerlo luego?

—No. Ellie averiguó que había muerto en un accidente de avión en Cuba pocas semanas después de que yo naciera. Al menos, Cassie no mintió cuando dijo que mi padre no quería saber nada de mí.

—Oh, cariño —Jake se inclinó para besarla en la frente—. Tu vida no ha sido precisamente fácil.

Eve lo miró con cautela.

—¿Te importa?

—¿Por qué iba a importarme?

—Oh, no sé. A Harry parecía importarle que fuera medio cubana.

—¿Al idiota del reverendo de Falconbridge? ¿Fue eso lo que te disgustó tanto aquella noche?

—Fue cómo lo dijo. Y el hecho de que pensara que sólo le estaba dando largas porque me sentía atraída por ti.

—Vaya. Parece que el tipo tenía algo de cerebro después de todo —bromeó Jake.

Eve se acurrucó contra él.

—Te quiero —susurró.

—Lo sé —dijo él, ufano—. Por eso vas a casarte conmigo y no con él.

Seis meses más tarde, Eve estaba sentada en la terraza de la villa con Julie Romero, que estaba amamantando a su pequeña de cuatro meses.

Eve se llevó una mano al vientre mientras la contemplaba. Ya faltaba poco para que ella estuviera haciendo lo mismo, pensó, emocionada.

—Menos mal que ha terminado —dijo Julie mientras apoyaba la

niña contra el hombro para que eructara—. No sabía que las mandíbulas de un bebé podían ser tan fuertes.

Eve sonrió y se levantó para tomar a la niña en brazos.

—Dámela.

—Pesa más de lo que parece.

Eve hizo caso omiso y tomó a la niña en brazos.

—¿A qué hora vuelve Mike, preguntó?

—Espero que pronto —dijo Julie, que añadió enseguida—: Aunque agradezco mucho que me hayáis acogido en vuestras casa mientras ha estado fuera. Pero lo cierto es que lo echo mucho de menos, aunque sólo hayan pasado tres días.

—Lo sé —dijo Eve, aunque también ella agradecía que Jake hubiera delegado parte de sus viajes al extranjero en su hermano. Así tenían más tiempo para estar juntos.

Y, como si pensando en él lo hubiera atraído hacia allí, Jake salió en aquel momento a la terraza.

—Mike acaba de llamar —dijo—. Ha aterrizado hace unos momentos y viene directamente para aquí.

—¡Qué bien! —exclamó Julie, que casi se puso en pie de un salto —. Voy a prepararme. Jake sonrió mientras su cuñada salía prácticamente corriendo de la terraza. Luego se acercó a Eve y la besó tras acariciar con ternura la mejilla de la niña.

—Tener visitas puede resultar bastante molesto —murmuró—. Llevó casi una semana sin hacerte el amor en ningún sitio excepto el dormitorio.

Eve sonrió.

—¿Y eso supone un problema?

—¿Tú que crees? Prefiero tenerte a mi disposición en cualquier sitio.

—Pero cuando nazca nuestro bebé...

—Le dará igual lo que hagan sus padres. Al menos durante unos años.

—Aún faltan seis meses para que nazca. Puede que para entonces ya te hayas cansado de hacerme el amor.

—Nunca me cansaré de hacerte el amor —dijo Jake con firmeza—. Me siento como si hubiera estado sonámbulo casi toda mi vida. Sólo después de conocerte me he dado cuenta de lo que me estaba perdiendo. Sin ti no estaba completo.

Eve apoyó la cabeza en su hombro.

—Qué cosas más bonitas dices.

—Es la pura verdad.

—Y yo soy la mujer más afortunada del mundo por tenerte —Eve sonrió—. Me alegra tanto que Ellie te llamara y te pusiera al tanto de lo que estaba pasando.

—A mí también me alegra —dijo Jake con auténtico fervor—. Aunque no sabía si ibas a aceptar el trabajo en la escuela. Si no lo hubieras hecho, supongo que habría tenido que buscar algunas excusa para ir a Falconbridge.

—También me alegra que no tuvieras que hacerlo. Mi abuela disfrutó tanto viniendo para la boda... Y también mi tío Adam y su familia. Seguro que aún están hablando del viaje.

Jake pareció un poco avergonzado.

—Sí, aunque no puede decirse que tu tío Adam y yo comenzáramos nuestra relación precisamente con buen pie.

—El día que os conocisteis fuisteis un poco desagradables el uno con el otro.

—¿Sabes por qué? —Jake hizo una mueca—. Pensé que era otro de tus amigos.

Y el pobre Adam pensó que yo era otro de los amantes de Cassie.

Eve también hizo una mueca al escuchar.

—Me temo que a Cassie no le va a hacer ninguna gracia enterarse de que va a ser abuela.

—Me da lo mismo lo que piense —dijo Jake con aspereza.

—Al menos hizo el esfuerzo de enviarnos un regalo de boda —dijo Eve caritativamente—. Y yo soy tan feliz, Jake... No puedo olvidar que sin ella nunca nos habríamos conocido.

Jake suspiró.

—De acuerdo. Pero yo tampoco puedo olvidar el modo en que te trató de pequeña. Puedes pedirme que la perdone, pero nunca olvidaré.

Ni ella tampoco, pensó Eve mientras Jake apoyaba una mano en su vientre. El bebé que llevaba dentro iba a ser querido, no sólo por Jake y por ella, sino por toda su nueva familia.

Como debía ser, pensó mientras apoyaba el rostro contra el cálido hueco del cuello de su marido.

Fin